

# BRUNEQUILDE

Y

## LA SOCIEDAD FRANCO-GALO-ROMANA

*EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO VI.*

---

ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO

LEIDO EN LAS SESIONES DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS, DEL 7 DE FEBRERO Y 6 DE MAYO DE 1870

POR SU AUTOR

D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS,

*Socio de número,  
y actualmente decano y presidente de la misma.*

---

## ADVERTENCIA.

---

De pocos personajes históricos se habrán emitido, acerca de sus hechos, juicios tan encontrados, y se leerán tan opuestos fallos, como de Brunquilde. De algunos años á esta parte, sin embargo, son más y de más valia los que, si bien con más ó ménos reservas, hallan en sus actos no pocos dignos de loa, que sus detractores. A la manera de una bola de nieve, habia ido creciendo contra ella el catálogo de los cargos, cada vez que un nuevo cronista, á partir de Jonás y de Fredegario, se habia ocupado en sus hechos. Desde que Le-Cointe llevó á ellos algunos rayos de luz al través del lente de su crítica, multitud de aquellos cargos quedaron desvanecidos. Pero si para muchos no quedó sino la huella que dejaron aquellos cargos en las páginas de narradores sin crítica; para otros permanecen todavía en pié algunas acusaciones que son, y serán siempre un borron para la fama de quien, de verse libre de ellas, mereceria el dictado de mujer de génio que le dió Chateaubriand, y seria una de las mayores glorias de la España visigoda que le dió el sér, y de la Francia austrasiana, sobre la cual en nombre de sus hijos y de sus nietos reinó realmente.

Inclinándome, desde que empecé á penetrar más adentro de á donde llegara antes en la historia francesa en la época merovingia, al dictámen de los que en la rival de Fredegunda veian á la soberana de levantados propósitos y de ingenio y energia necesarias para realizarlos, bien que con tamizada por la rudeza de costumbres, y por la atmósfera de ignorancia, y por la ferocidad del pueblo á quien le cupo la triste suerte de gobernar, y del tiempo en que tuvo la mala fortuna de vivir, fui adquiriendo más adelante el convencimiento,—no sé si dejandome llevar demasiado del interés que despertó en mí el verla tan torpemente calumniada por sus enemigos, y con tan escaso calor defendida por no pocos de sus encomiadores;—fui, repito, adquiriendo el convencimiento de que se debian de justicia mayores desagravios á su fama, como reina y como mujer, de los que se le habian concedido; y hasta llegué á creer que se le hacia

una ofensa en unir siempre su nombre al de Fredegunda, con grave riesgo de que las negras y repugnantes sombras que proyecta sobre su siglo esta odiosa figura, oscureciesen y afeasen, como por desgracia ha sucedido a los ojos de muchos, la suya; y que era por lo tanto un deber de conciencia, y para un español de patriotismo, el demostrar, que si hay por desgracia que dar cabida en la historia de la reina de Austrasia al enojoso capítulo de ódios entre ella y la princesa neustrasiana, provocados casi siempre y alimentados, en lo que á Brunequilde se refiere, por las violencias y asechanzas de ésta, ocupan la mayor parte de dicha historia sucesos y propósitos que hubieran bastado á dar á nuestra princesa visigoda ilustre y envidiable renombre, á haber salido victoriosa en la lucha entablada para realizar los segundos, ó á haber vivido en época ménos bárbara para que hubiesen sido más fecundos los primeros.

Al emprender mi tarea, árida por demás desde el momento que formé el empeño de estudiar la historia de los sucesos en que iba á ocuparme en sus propias fuentes, únicamente sabia de un escritor francés, Monsieur Huguenin, hijo, cuyo trabajo (1) habia visto citado en César Cantú, que se hubiese ocupado ex-profeso en escribir una defensa de la esposa y viuda de Sigeberto. Por mucho que deseé verla y estudiarla, no me fué dado satisfacer mi curiosidad hasta algunos años despues de haber leído este mi estudio á nuestra Real Academia; gracias á haberme proporcionado un ejemplar de aquel trabajo mi distinguido amigo el doctísimo conde de Puymaigre, á quien tanto deben las letras españolas. Cumplo con un deber de justicia y de gratitud declarando que, al revisar este mi estudio, me he aprovechado del de Mr. Huguenin para dar más fuerza á alguno de los argumentos por mí usados, enriquecer este mi escrito con algun nuevo dato, y corregir algun ligero descuido que en él se habia deslizado.

Ya empeñado en mi tarea, tropecé, hojeando los Bolandos, en una nota á la vida de San Niceto, obispo de Besanzon, con la siguiente noticia: «*Brunehildis celera exaggerans Gallici scriptores, qui imperantibus Clotarii II posteris vixerunt. Alioquin reperitur sæpe laudata á Sto. Gregorio et aliis. Joannes Floydus e societate nostra vir eruditissimus, integro volume (quod nondum tamen lucem vidit) (2) ejus innocenciam et sanctitatem asserit.*» Indudablemente el Rdo. Padre, por ventura el más antiguo, al par que el más desconocido apologista de Brunequilde, quiso llevar

(1) *Brunehild et les Austrasiens*. Publicado en las *Memoires de l'Academie Royale de Metz*, 1833—1834, ante la cual fué leído por su autor.

(2) Esta obra que quedó inédita por haberle sido negada su aprobacion por el P. Visitador de la Compañía por los años de 1649, fué escrita por el eruditísimo P. Floyd, nacido en Cambridge en 1572, con el título de *Vita Brunehildis, Francorum Regina: liber primus*, en un libro en fól. de 619 hojas. Para más detalles del autor y de esta obra V. la *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus*, par le R. P. de Baeller.

demasiado lejos su defensa, ya que se creyó prudente negarle el permiso para darla á luz.

De la que hizo Le Cointe, vindicándola de los diez asesinatos de que por boca de Clotario II le acusa Fredegario, creo debo no hacer mencion en este sitio. Es demasiado conocida, ya que en ella han basado las suyas cuantos despues de él se han propuesto rechazar las calumniosas imputaciones del cronista borgoñon, para que tenga necesidad de declarar que la tuve presente desde que puse la mano en mi trabajo.

Por último, hace pocos años, un tal Flobert escribió una monografía destinada tambien á la defensa de la famosa reina de Austrasia, con el título de: *Brunehaut, etude historique*, impresa en Colmar en 1852. Hace mencion de ella el abate Darras en su *Historia universal de la Iglesia*, monumento notabilísimo de escogida y vasta erudicion y de sana critica, que una muerte prematura y por demás sentida de cuantos conocemos su obra, le ha impedido llevar á feliz término. Siento tener que confesar que no conozco de aquel trabajo más que el título.

Algunos de nuestros autores de historias de España consideraron como cuestion de honra nacional defender la memoria de la hija de Atanagildo y madre de Ingunda, la interesante cuanto desgraciada esposa de Hermenegildo, distinguiéndose entre ellos Mariana, y más que todos el erudito Masdeu, quien no contento con poner en buen lugar los hechos de su vida y enaltecer su memoria en el cuerpo de su obra, consagró á su defensa contra los escritores que la calumñaron, una de sus más extensas ilustraciones á la historia de la España goda, escrita con gran copia de datos y argumentos, sacados, segun su costumbre, de las más recónditas y autorizadas fuentes. Antes que nuestro paisano el docto jesuita catalan, cuya expulsion de nuestro suelo con ocasion de la del orden á que pertenecia, y en la cual brillaban á la sazón los hombres más eminentes en letras y ciencias, que eran adorno y orgullo del reinado de Carlos III, será un eterno borron á la memoria de este mal aconsejado monarca, habia defendido tambien á la famosa Reina austrasiana de las acusaciones de Jonás, Fredegario y Aimoinio el doctísimo beneditino Feijoo, apoyándose principalmente en testimonios de autoridad tan recomendables y de tanto peso como los de los dos santos Gregorio el Magno y el Turouense, coetáneos de aquella princesa; y de tiempos más recientes, lo de Estéban Pasquier, el ya citado Le Cointe y Cordemoy, diligentísimos investigadores, como les llama el mismo escritor, de las antigüedades galicanas (2).

(1) V. el tomo X de su *Historia crítica de España*, § LXXII y siguientes, y la ilustracion IV. intitulada: *Apologia de Brunehilde, Reyna de Francia, insigne princesa española, calumniada por algunos historiadores; y defensa del P. Mariana contra Baronio y Valesio*; 242 á 283.

(2) FEJOO, *Teatro crítico* t. VI, § 58.

Confieso que no recordé que se hubiese por tan sabios escritores vindicado la memoria de la hija de Atanagildo hasta despues de terminado mi trabajo, y cuando iba á emprender su revision para darlo á la estampa. Por ventura á haberlo tenido presente antes de engolfarme en tan árdua tarea, hubiera ocupado en otro sugeto de más fácil desempeño y de más general interés y amena lectura mis ocios literarios. Hoy, sin embargo, no tengo por qué arrepentirme de haberla emprendido; pues amen de haber logrado mi propósito de estudiar más detenidamente, á fin de conocerla más á fondo, la sociedad franco-galo-romana en el primer período de la época merovingia,—que fué uno de los más poderosos incentivos que pusieron la pluma en mi mano,—y de haber enriquecido mi memoria con una multitud de conocimientos históricos, que de otra suerte no hubiese jamás adquirido, estoy en la conviccion,—y no se atribuya á vanidad,—de haber completado con la monografía que doy á la estampa, los trabajos de nuestros escritores nacionales, y hasta el del mismo Huguenin, por demás erudito é interesante bajo no pocos conceptos; ya que con haber dado más extension á mi trabajo, y estudiado el personaje histórico á quien me proponia juzgar, examinándole desde más numerosos y variados puntos de vista, debia por necesidad acumular en él mayor copia de datos, esforzar más los argumentos conocidos y presentar otros nuevos, y emitir juicios que no se hallan en ninguno de los escritores citados, incluso el ilustre académico de Metz, por la sencillísima razon que se encerraron dentro de más estrechos límites; y no se pararon á examinar más que algunas,—las que creyeron más necesarias,—piezas del proceso. Acaso parecerá que procediendo ellos con más timidez, fiaron demasiado poco en sus fuerzas, mientras que yo, por el contrario, obrando con sobrado arrojo; cuento con exceso en las mias. Debo declarar, sin embargo, que no es así, y que si con desconfianza empecé mi trabajo, con mayor desconfianza aun lo entregó á la censura de los que lo lean.

Enero de 1880.

---

# BRUNEQUILDE

Y

## LA SOCIEDAD FRANCO-GALO-ROMANA

EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO VI.

---

### PARTE PRIMERA.

---

#### I.

1. Corría el año de gracia 566, cuando un poeta, discípulo aventajadísimo de la escuela de Ravena, que pasaba á Francia para en devota romería visitar sus más celebrados santuarios, deteníase en la ciudad de Metz, capital del reino de Austrasia (1), en ocasión en que se celebraba en su palacio con desusado aparato el enlace de su monarca con una princesa visigoda. El poeta, generosamente acogido en la corte, pagaba su hospitalidad celebrando en magestuosos exámetros el régio himeneo, ante un auditorio compuesto en su mayor parte de leudes francos, alemanes, bávaros y turingios, que escuchaban sus pomposos y sobradamente enco-

---

(1) *Oster-riche*, ó reino de Oriente.

miásticos versos, cual hubiera podido hacerlo, al decir de su autor, un público compuesto de Romanos en el foro Trajano (1). El monarca era uno de los hijos del primer Clotario, Sigeberto; la princesa, Bruna, por los francos, para más honrarla, llamada más adelante Brunehilde ó Brunehilde, la *heroína de morena tez*, que lo era del rey visigodo Atanagildo (2), y el autor del epitalamio Clemencio Honorio Clemenciano Fortunato (3). Por esta vez el representante, en medio de aquella sociedad semibárbara, de la antigua cultura romana podía, sin grave ofensa de la verdad y sin rebajar su musa á la condición de torpe cortesana, celebrar las peregrinas virtudes del real esposo y la sin par hermosura de la noble desposada; pues Sigiberto se casaba para no seguir la torpe conducta de sus hermanos «que se unían á mujeres indignas de ellos y, cosa altamente reprehensible en un monarca, tomaban por esposas hasta sus sirvientas (4);» y Brunequilde, rica perla traída de las playas de España, á la cual el poeta compara á Vénus, y á quien pinta más hermosa que las Nereidas que nadan en sus mares (5),

(1) Vix modo tam nitido pomposa poemata cultu  
Audit Trajano Roma verenda foro.

FORTUNATI *opera*, lib. X.

(2) Porro Sigebertus cum videret fratres suos uxores viles accipere, Gorgonem causa legationis ad Athanagildum regem direxit, petens ut ei filiam suam, Brunam nomine, conjugio traderet, quam Athanagildus cum multis thesauris Sigiberto ad matrimonium transmisit. Ad nomen ejus ornandum et augendum est determinatum vocaretur Brunehildis. — *Hist. Francorum epitomata per FREDEGARIIUM*. § VLII, pág. 570. — Lutetiae Parisiorum, MDCXCIX.

(3) Nacido en Trevisa ó en sus inmediaciones por los años de 530.

(4) . . . . . et per vilitatem suam etiam ancillas in matrimonium sociarent. . . GREG. TURONENSIS, *Hist. Franc.* lib. IV, § XXVII, pág. 167. — Lutetiae Parisiorum, MDCXCIX.

(5) Nullaque Nereidum de gurgite talis Hiberno  
Oceani sub fronte natat, non ulla Napea  
Pulchrior.

FORTUNATI *opera*, lib. IV. (V. el apéndice I)

era, según afirma el Obispo de Tours, «elegante en sus maneras, de rostro agraciado y gallardo continente, en su conducta honesta y noble, por demás discreta y de ameno trato (1).» Fortunato y con él la población galoromana, que echaba de menos la antigua civilización latina, podían alimentar la esperanza de que la rudeza germánica de la corte de Austrasia iría desapareciendo al roce suave, por decirlo así, y á la influencia de la que había sido educada en los usos y en la cultura medio romana, medio bizantina del palacio de Toledo; y que por consiguiente la joven princesa visigoda, al renunciar, ganado el corazón por la ternura de su joven esposo, y vencida la mente por las razones de Villicus, obispo de Metz, á la heregía arriana, de que hallábase inficionada, podría muy bien ser para los francos austrasianos lo que para los salios había sido una centuria ántes la reina Clotilde, á saber dechado perfecto de reinas y limpio espejo de virtudes cristianas. Y sin embargo, lejos que así fuese ¡qué de guerras y de males, parte por espíritu de venganza, parte por ambiciones personales; ora por antiguos ódios de raza, ora en suma por el choque, acaso demasiado brusco, de las tradiciones romanas con los hábitos todavía agrestes de la tribu dominadora, no debía ocasionar aquel enlace bajo tan felices auspicios y con tan lisonjeros augurios, según el poeta italiano, celebrado (2)!

(1) *Erat enim puella elegans opere, venusta adspectu, honesta moribus atque decora, prudens consilio, et blanda conloquio.*—GREG. TURON, *ibid.*

(2) *Auspiciis vestris cunctorum gaudia surgant,  
Pacem mundus amet, vixit concordia regnet.*

FORTUNATI, *op. ibid.*

Según Fredegario existía una profecía que anunciaba, por el contrario, á Francia grandes males á causa de aquel enlace. «Tanta mala et effusionis sanguinum, dice, á Brunichildis consilio in Francia facta sunt, ut profetia Sibyllæ impleretur, dicens: Veniet Bruna de partibus Spaniæ, ante cuius conspectum multæ gentes pe-



2. Por el momento produjo un resultado que, según el orden natural de los sucesos, parecía que debía ser nuncio de grandes venturas para la Neustria (1). El ejemplo de Sigeberto obró favorablemente en el ánimo de su hermano, el rey de Soissons, Hilperico; quien después de haber repudiado á su esposa Andowera, vivía á la sazón torpemente, entregado á las caricias de una de sus sirvientas, llamada Fedregunda, de alma tan ruin como agraciada de rostro. Entróle el deseo de imitar la noble conducta del monarca austrasiano, compartiendo cual él, tálamo y trono con una doncella de régia stirpe; y como le quedase aun á Atanagildo otra hija, por nombre Galsuinda ó Galeswintha (2), pensó en pedírsela por esposa. Temeroso sin embargo de no ser atendido, pues había llegado hasta la córte visigoda la fama de su desordenada y criminal conducta, después de jurar una y cien veces que respetaría en adelante la santidad del matrimonio, ya que no considerase fácil cautivar el corazón de la que debía darle su mano, propúsose ganar el amor propio, ó por ventura satisfacer la codicia de sus padres, con el aparato, por demás ostentoso, de la embajada que envió á Toledo para ir á buscar á su novia; con la abundancia de los regalos de que eran los régios emisarios portadores; con la promesa de dar á la que había de ser su esposa, en calidad de *morghengabe* (3) ó don de la mañana, las ciudades de Limoges,

---

ribunt.—*Hist. Franc. epitom. per. FRÉDEGARIIUM, loc. cit.* « El cronista Borgoñon escribió estas líneas mucho tiempo después de transcurridos los hechos que narra en su libro.

(1) *Neoster-rike*, ó reino de occidente.

(2) Según la forma propia del lenguaje gótico, que corresponde al Galeswinda ó Galeswinda del franco.

(3) *Morghengabe* ó *morgané-ghiba*, según los diferentes dialectos de las lenguas teutónicas, ó sea dádiva del día siguiente, regalo de la mañana, era el que, según

Chaors, Burdeos, Bearne y Bigorra con todo su territorio, ó sea la propiedad de los dominios reales de dichas ciudades.

3. La princesa Galsuinda, ménos ambiosa ó de ánimo más apocado que su hermana, ó no tanto como ésta confiada en sus prendas personales, de que no hacen mencion especial ni Fortunato ni el Turonense (1), vió con secreta angustia, y lleno el corazón de tristes presagios, llegar el día en que debía desprenderse de los brazos de su madre, la reina Goiswinta para ir á esos frios países del norte, que su fantasía le representaria por ventura como muy lejanos y agrestes, á fin de unirse con un esposo desconocido, y en cuya fidelidad no podia tener, apesar de sus promesas de alejar de su lado á sus mancebas, entera confianza. Triste, y como triste breve y conmovedora, es la historia de esta princesa, transmitida á la posteridad en una elegía donde asoma á trechos dulce melancolía y sentimiento verdadero, por el mismo poeta que pocos meses ántes habia celebrado la belleza de su hermana y su enlace con el monarca austrasiano.

4. Después de algunos lugares comunes acerca de lo incierto de los humanos sucesos y de la ignorancia de nuestros futuros destinos, ya que

Nescia mens hominum, quid sit nescit, atque salutis,  
Lucifer an vita, mors sibi vesper erit, (2)

describe el dolor de la madre y de la hija al saber que

---

costumbre de casi todos los pueblos germanos, hacia el marido á su esposa el día siguiente al de la boda, como en premio de su virginidad.

(1) Este se contenta con advertir que era de más edad que su hermana: Nam Galsuintha ætate senior quam Brunichildis erat.—GREG. TURON. lib. iv § 28, pág. 168.

(2) FORTUNATI opera, lib. VI.—(V. el apéndice n.º II.)

quedaba concertado el enlace de ésta con el rey de Soissons. Los enviados francos se presentan á la que ha de ser su soberana, á fin de recibir de ella órdenes para el viaje, recordándole lo largo del camino; mas enternecidos al ver la afliccion de aquellas dos mujeres, conceden á la madre los plazos que les va sucesivamente reclamando. No siendo ya dable retardar la partida, Goiswinta, que no acierta á resignarse á tan cruel separacion, que hacen más amarga el recuerdo de sus cariñosos abandonos con su hija y la triste idea de que va á perderla para siempre,

*Cur nova rura petas, illic ubi non ero mater? (1)*

la acompaña un buen trecho léjos de Toledo, de cuya ciudad, que ha no de ver nunca más, se despide la angustiada princesa con sentidas palabras, y á la cual dice, entre otras cosas, que hubiera deseado que «ménos piadosa con ella, y convirtiéndose toda en alto muro, la hubiese impedido abandonarla, aprisionándola con fuerte cintura de piedra (2).» Bien quisiera la acongojada madre volver á su palacio; mas no se siente con fuerzas para separarse tan pronto de la que llevó en su seno, y pide por favor que la permitan acompañarla un día más, prometiendo no ir más léjos; pero transcurre aquel y otro día; la cabalgata deja ya detrás de sí las tierras llanas, y se interna en lo más fragoso de los montes, y sin embargo aquella no sabe resignarse á desprenderse de los brazos de su hija. Pero llegó el momento en que no era posible ya alejarse más de Toledo, y las dos prin-

(1) *Ibid.*

(2) *Urbs pia plus fueras si murus tota fuisses,*  
*Me ire ut ne sineres, cingeret alta silex.*

*Fortun! op. ut supra.*

cesas se separaron, dirigiéndose la una hácia el norte, llena el alma de fatídicos presentimientos, y hácia el mediodía la otra con el corazón henchido de lágrimas, no sin detenerse antes cien y cien veces para acompañar con la vista á su hija idolatrada, hasta que desapareció el brillante cortejo de nobles y guerreros francos y visigodos entre las revueltas del camino.

5. Las ciudades de Francia se esmeraron en festejar á la princesa extranjera que iba por ventura á trocar el corazón de su monarca, y á apartar al torpe mancebo de su vida de desórdenes. La ciudad de Poitiers la recibió en carrozá de plata en forma de torre; y si bien en el retiro de su celda y en la intimidad de sus amorosas confidencias la esposa repudiada de Clotario I, Sta. Radegunda, abadesa del monasterio de aquella ciudad, pudo predecir la triste suerte que aguardaba á una princesa jóven y virtuosa, cual lo era ella, en el palacio de los monarcas merovingios; quizás al penetrar en el de Soissons y al saber que habian sido despedidas las concubinas; cuando vió la pompa, no inferior acaso á la que se desplegara en las bodas de su hermana, con que se celebró las suyas; cuando recibió el juramento de fidelidad que, á la manera de los antiguos germanos (1), le prestaron los francos de la Neustria, leudes, fieles y antrustiones (2), la dulce y confiada Galsuinda pudo, olvidando los fatídicos anuncios de aquella ex-reina de Francia, llegar á creer que iba á ser tan venturosa al lado de Hilperico en su nueva córté, como en la compa-

---

(1) *Utque fidelis ei sit gens armata per arma*

*Jurat, jure suo se quoque lege liget.*

*Fortun, op. ut supra.*

(2) Nombre que se daba á los nobles que estaban al servicio de la casa del rey, go-

ña de su madre lo habia sido en su palacio de la capital del reino visigodo.

6. Mas por su desgracia vivia bajo el mismo techo que ella la que ántes de su llegada habia reinado en el corazon del jóven monarca neutrio, y compartido con él su manchado lecho. Fredegunda, resignándose al parecer á su adversa fortuna, habia pedido como último favor á su amante que no la despidiera de palacio, y le permitiese continuar en su servicio. La antigua manceba era hermosa y Galsuinda, si de alma angelical, tal vez no podia por desgracia suya competir con su rival en belleza. No tardó la nueva reina en advertir que su esposo le escaseaba las atenciones que hasta entónces le guardara: creyó notar frialdad en sus intimidades, y pronto no le quedó ya duda de que las que á ella le negaba, las prodigaba á la que era ya de nuevo su manceba. Ofendida en su dignidad de mujer y lastimada en su orgullo de soberana lloró primero en silencio; luego despues atrevióse ya á quejarse, acabando por fin por pedir á Hilperico como una gracia, que le permitiera volverse á su país, ofreciendo abandonarle en cambio los tesoros que trajera en dote (1). Todo fué inútil. Temeroso el monarca de perder las riquezas de su esposa, rompiendo abiertamente con ella, acudió á la astucia. Manifestóse arrepentido; volvió á las antiguas consideraciones y á las usadas caricias. La desgraciada reina gozábbase por ventura con la esperanza de que en el amor de su esposo podia aun disfrutar de nuevos dias de

---

zando del privilegio de sentarse á su mesa, ó como vulgarmente se decia, de formar parte de su *truste*.

(1) Quumque se regi quereretur assidue injurias perferre, diceretque nullam se dignitatem cum eadem habere, petit, ut relictis thesauris quos secum detulerat, liberam redire permitteret ad patriam.—GREG. TURON., lib. IV, § XXVIII, p. 168.

placentera dicha, cuando vino á poner fin á sus ilusiones una muerte desastrosa (1). Una mañana los primeros rayos del sol, al penetrar en la régia cámara de la soberana de Neustria, se posaron en su lívido y helado semblante. Aquella noche habia sido estrangulada en su propia cama. No era ciertamente difícil adivinar quien habia dirigido la mano de los asesinos. Ello es que Hilperico, despues de llorar la muerte de Galsuinda, dice Gregorio de Tours, contrajo á los pocos dias nuevo enlace con Fredegunda (2). Fortunato dedicó á la malograda princesa visigoda la elegía de la cual hemos sacado gran parte de los pormenores de esta triste historia, á que pone fin el poeta pintando el dolor de su hermana Brunquilde y la desesperacion de su madre Goiswinta al saber la trágica muerte de su querida hija, bien que, callando, á fuer de cortesano, lo que pudiera inducir á despertar sospechas acerca de quien pudo haber sido el causante de aquella catástrofe. Pero el pueblo, que cuando otra cosa no puede, manifiesta sus afecciones rodeando de cierta aureola de grandeza ó de santidad á las inocentes víctimas del crimen, y que, aficionado en todos los tiempos á lo maravilloso, se complace en dar cierto tinte religioso al respeto mezclado de compasion que aquellas le inspiran, dió en pregonar que una lámpara de cristal que ardia delante del sepulcro de la que fué su reina, rota la cuerda, cayó al suelo, el cual, con ser de mármol, cedió como si fuese de cera blanda, al golpe de la frágil lámpara, que se hundió en él sin romperse (3).

---

(1) Quod ille per ingenia dissimulant, verbis eam lenibus demulsit. Ad extremum eam suggillari jussit a puero, mortuamque reperit in strato.—GREG. TURON. *ibid.*

(2) Rex autem quem mortuam deflesset, post paucos dies Fredegundam recepit in matrimonio.—GREG. TURON. *ut supra.*

(3) Lynchnus enim ille, qui fune suspensus coram sepulchro ejus ardebat, nullo

7. En un país por los odios de raza dividido; en una sociedad todavía ruda y en la cual se consideraba casi como un deber la venganza, y en una familia donde se había hecho del hacha de dos filos el medio más expedito de poner fin á sus intestinas contiendas, la muerte de aquella víctima pura é inócete debía ser un nuevo y poderoso motivo para avivar la llama, nunca del todo extinguida, de los antiguos rencores. Fácil era por lo tanto preveer que debía salir del sepulcro de la infeliz Galsuinda la guerra que había de vengarla. Mas quién dará esta vez el grito que llame á los pueblos á las armas? Será la España visigoda excitada por Goiswinta quien, según el poeta Fortunato, no acertaba á consolarse de la ausencia de su hija, y que acababa de perder con su muerte toda esperanza de que aquellas manos que acarició tantas veces peinasen de nuevo su cabellera (1)? Los visigodos eran enemigos de los francos por espíritu de raza, por antiguos agravios, todavía no vengados, y por la diversidad de sus creencias: aguijoneaba á unos y á otros el deseo de dominar solos en el mediodía de Francia, tan bello por la fertilidad de su suelo, tan rico por sus ciudades medio romanas: y sin embargo no fueron ellos los que se encargaron de castigar al impúdico matador de la hija de sus monarcas. Acaso en los días en que acaecía en el palacio de Soissons la trágica muerte de Galsuinda hallábase vacante el trono de los visigodos por

---

tangente, fune disrupto in pavimentum conruit: et fugiente ante eum duritia parimenti, tanquam in aliquod molle elementum descendit, atque medius est suffusus, nec omnino contritus: quod non sine grandi miraculo videntibus fuit. —GRÆC. TUNON. *ibid.*

(1) Qua rogo, nata, manu chera hæc coma pexa nitebit?

fallecimiento de Atanagildo (1); y sibien su viuda, «mujer de brava condicion,» como la llama Mariana, y de ánimo no inclinado á perdonar ofensas, según lo probó más tarde en su conducta con Hermenegildo, su hijastro, volvió á ejercer el oficio de reina, como segunda esposa de Leovigildo, cuando podia estar vivo aun en su pecho el recuerdo doloroso de la hijá asesinada (2); debia hallarse á la sazón por demás atareado el nuevo esposo en someter á los bizantinos, en mal hora traídos por Átanagildo á nuestro suelo, y en rechazar á los siempre inquietos vascos, para poder llevar la guerra allende los Pirineos á fin de satisfacer una venganza que, por otra parte, poco ó nada debia interesar á sus pueblos. Porque no hay que olvidar,—y lo que vamos á decir puede servir por ventura para explicar por qué quedó tambien sin vengar otro ultraje que de un monarca franco, Teodorico II, recibió más tarde otro de los nuestros, Viterico,—que ni por parte de los visigodos, ni por parte de los hispano-romanos debia ser grande el interés que por la honra de uss soberanos se tomaran; aquellos, porque extinguida la noble y gloriosa estirpe de los Baltos, obedecian á reyes que debian su encumbramiento al trono al crimen ó al voto de unos cuantos y acaso comprados parciales; los segundos porque veian en ellos los caudillos de un pueblo á quien debian mirar cuando ménos con desvío por su triple condicion de dominador, de bárbaro y de hereje.

### 8. El grito de venganza y con él, aunque algo más

(1) Thierry pone la muerte de Galsinuda en 568, y nuestros escritores fijan en 567 la de Atanagildo, á la cual siguió un interregno, según la más autorizada opinion, de cinco meses.

(2) Según el Viclarensis el casamiento de Leovigildo con Goiswinta tuvo lugar en 569.



tarde, el de guerra, partió del otro lado del Mosa. La reina de Austrasia que veía sentarse en el trono de Soissons, y ocupar el que fué tálamo nupcial de su hermana la hija de unos villanos francos, fué segun se dice,—nuestros lectores juzgarán si con bastante fundamento,—la que despertó los mal dormidos ódios de Sigeberto contra su hermano de padre, Hilperico (1), renovando las antiguas luchas entre las dos Francias teutónica y romana.

9. Opinamos que por punto general los escritores franceses, copiándose unos á otros, segun de ordinario acontece, han abultado con exceso la influencia que pudo en aquella ocasion ejercer Brunequilde en el ánimo de su esposo; siendo no pocos los que se adelantan hasta á considerar á ella sola como causante de la guerra que estalló entre los dos países. Sus habitantes, á cuyas antiguas enemistades ofrecian harto débiles vallas los rios que los separaban, se habian encontrado ya más de una vez en los campos de batalla; y antes de que los dividieran las rivalidades de sus respectivas esposas, los dos hijos de Clotario habian venido dos veces á las manos en sendas guerras provocadas por Hilperico, el más codicioso y turbulento de los monarcas francos. La paz por consiguiente que existia entre la Austrasia y la Neustria ántes del doble enlace de los dos reyes francos con las dos princesas hermanas visigodas, y que aquel debia al parecer asegurar, no era más que una tregua.

10. Esta vez sin embargo pudo creerse que no serian

---

(1) Éste, nacido en 531 era hijo de Aregunda, al paso que el primero, que nació en 535, lo era de Ingunda, hermana de la anterior. Creemos que esta circunstancia, en la cual no hacen hincapié los escritores franceses que hemos estudiado, debe tenerse muy en cuenta al apreciar los hechos en que vamos á ocuparnos. V. en el ap. III, el árbol genealógico de los descendientes de Clotario I.

unicamente la Austrasia y la Neustria las que iban á desencadenar los horrores de sus salvajes guerras sobre Francia. La Borgoña terció en la contienda en favor del que tenia de su parte la justicia. En aquella especie de juicio de Dios la framea del rey á quien llaman las crónicas el bueno, el piadoso Gonthram, no podía ménos de ponerse al servicio de los vengadores de una víctima inocente. Gregorio de Tours, único que hubiera podido proporcionarnos detalles de aquella lucha entre los tres hermanos, como testigo ocular de los hechos que narra, sin decirnos siquiera si fué de corta ó larga duracion, limitase á dar cuenta de su resultado, escribiendo con el laconismo usado en las antiguas crónicas, y que des-  
espera al que anda á caza de pormenores, que Hilperico fué lanzado de su reino (1).

11. No falta sin embargo quien suponga que aquella no llegó á estallar, no tanto por haberla evitado con su astucia Hilperico, como por la flojedad con que habia tomado el asunto, ó, segun la opinion de otro escritor que vivia en época bastante lejana ya dela en que tuye-

(1) Post quod factum est, reputantes ejus fratres quod sua emissione antedicta regina (Galsuinda) fuerit interfecta, eum de regno dejiciunt.—GRSG. TURON. lib. IV § XXVIII, pág. 169.

Agustin Thierry, á quien pocos historiadores igualan como cronista, y al cual nadie por ventura aventaja en el arte, del cual abusó alguna vez dejándose llevar demasiado de su fantasia, de dar movimiento é interés dramático á sus narraciones, no solo da por supuesto que hubo guerra, sino que señala el contingente y, si vale decirlo así, la parte de odios que llevó á ella cada uno de los combatientes. «La guerra quedó declarada, dice y las hostilidades comenzaron, bien que con desigual ardor de parte de los dos hermanos contra el tercero. *Excitado por los gritos de venganza de su esposa Brunequilde*, que ejercia sobre él un dominio absoluto, y cuyo carácter violentamente apasionado acababa de manifestarse de repente, Sigeberto queria llevar la guerra á todo trance, sin retroceder ni aun ante la idea del asesinato; pero Gonthram, sea por inspiracion cristiana, sea por la flojedad de carácter, que era uno de sus rasgos distintivos, no tardó en abandonar su papel de compañero de armas por el de amigable componedor. A fuerza de ruegos... etc. *Recite des temps Merovingiens. Deuxième recit.*

ron lugar á aquellos sucesos, á causa de la intervencion pacífica de Gonthram y de la nobleza franca (1).

12. El crimen sin embargo no debía quedar impune, y puesto que se desistia por de pronto de fiar su castigo á las armas, era preciso que el acusado compareciese ante la asamblea de los hombres libres para contestar á los cargos que se le hacian, y someterse á la pena que aquéllos, constituidos conforme la costumbre germánica en tribunal de justicia, en *mall* (2) en Andlau (569), creyeron deber imponerle. Segun la ley franca en caso de homicidio el reo debía satisfacer á los herederos ó parientes inmediatos del muerto una cantidad de dinero ó compensacion pecuniaria, *wer-gheld* (3), proporcionada á la condicion de éste. Mas cómo no hubiese en los códigos bárbaros ley alguna por la cual se señalase la tasa ó

(1) Es curioso ver en los pasajes de Aimoin y Adriano de Valois, que copiados del mismo Thierry vamos á transcribir, como cada uno de ellos va añadiendo nuevos pormenores al desahogado relato de Gregorio de Tours, asomando en el segundo la idea que tanto han glosado despues todos los historiadores del vecino imperio, de que la guerra que estalló entre Sigiberto ó Hilperico habia sido provocada por Brunequilde.—Non tulerunt fratres, dice Aimoin monje historiador del siglo x, *tanto scelere maculatum consortem esse suum; sed conjuncti simul regno pellere moliti sunt. Quod consilium non tam astu Chilperici, quam ipsa levitate qua coeptum fuerat, dissipatum est.*—AIMOIN *de Gest. Franc.* lib. III, cap. V, apud, *Script. rer. gallicæ et francicæ*: t. III, p. 68.—Y el segundo, que escribia su *Historia de los francos* á mediados del siglo xvii, añade: *Tamen bellum Chilperico à fratribus, præsertim à Sigiberto, qui mistigante Brunichilde uxore sororem ejus Gailleswintham ulcisci cupiebat, denuntiatum puto, et priusquam ad arma veniretur, Gunthramni Francorumque decreto pacem inter ambos compositam discordiamque dijudicatam esse.*—ADRIANI VALESSI, *Gesta francorum* etc. Paris 1646—1658, t. II, lib. IX.

(2) Que equivale á consejo. Dábasele tambien el nombre de *Mal-berg*, en latin bárbaro *Malbergum*, *Mallebergum*, *Malleberquim*, montaña del consejo, porque esas asambleas de justicia se celebraban ántes de la conquista al aire libre, y en colinas consagradas segun los antiguos ritos germánicos.

(3) *Wer-gheld* ó *Vidrigild*, atasa de salvaguardia, porque lo era de que una vez satisfecha, no podía haber guerra privada entre el ofensor y el ofendido. V. Guizot, *Essais sur l'histoire de France; Essai III*, donde pone una multitud de ejemplos de la tasa ó *wer-gheld*, que debía satisfacerse por varios delitos ú ofensas, segun la condicion ó estado de las personas contra quienes se cometiesen.

compensacion que debia pagarse por la muerte de las personas reales, «que en aquella especie de tarifa de la vida humana, dice Thierry, estaban fuera y por encima de toda estimacion legal,» la asamblea, procediendo sin duda por arbitraje, condenó á Hilperico á que devolviese á Brunequilde, como parienta más cercana, para tenerlas en propiedad ella y sus herederos, las ciudades de Burdeos, Limoges, Cahors, Bearne y Bigorra (1), que como queda dicho, habian sido cedidas por aquel á Gal-suinda en *Morghengabe* ó regalo de la mañana.

13. Mas si los reyes de Austrasia, cuñado y hermana de la víctima, se dieron por pagados de la muerte de ésta con la cesion de algunas ciudades, escasa compensacion á tan horrendo crimen, el monarca neustrio, con ser el ofensor, fué sin embargo el que rompió el pacto establecido. Habrian transcurrido unos cuatro años despues de aquella sentencia, cuando de improviso y sin declaracion de guerra, Hilperico lanza á sus leudes y á sus hombres de armas á las órdenes de Clodoveo, el más jóven de sus tres hijos, sobre los estados de Sigeberto. A la noticia de este ataque repentino acude á su hermano Gonthram, y confia de acuerdo con éste el mando de sus tropas á Mummolo, quien recobró en breve espacio de tiempo las ciudades de que se habia aquel apoderado (2). Clodoveo tuvo que volver al lado de su

(1) Conocemos esta sentencia por uno de los artículos del famoso tratado de Andelot ó Andelay, como le llaman otros, de que tendremos ocasion de hablar más adelante, y que nos ha sido conservado por el Turonense, y en el cual se lee: *De civitatibus vero, hoc est Burdegala, Lemovica, Cadurco, Benarno et Begorra, quas Gailleswindam germanam dominæ Bruichildis, tam in dote quam in morganegebâ, hoc est, matutinali dono, in Franciam venientem certum est adquisisse. Quas etiam per iudicium gloriosissimi domini Guntchramni regis vel Francorum, superstitionibus Chilperico et Sigiberto Regibus, domina Brunichildis noscitur adquisisse, etc.*—GREG. TURON. lib. IX, § XX, p. 442.

(2) ..... Conjunctus Rex ipse cum Guntchramno fratre suo, Munmololum eligunt,

padre, arrojado de Burdeos y perseguido por cierto Sigulph, del partido de Sigeberto, quien puesto al frente de los suyos, fué tras él acosándole de cerca con gran ruido de trompetas y cuernos de caza, cual acosa al fugitivo ciervo el cazador con su jauría de perros (1).

14. El poco halagüeño resultado de esta primera campaña parece que debía retraer á Hilperico de tentar otra vez la suerte de las armas: mas ora fuese que se sintiera lastimado en su orgullo; ora que le aguijonease el mal apagado y criminal deseo de recobrar las ciúdades que habia tenido que ceder al monarca austrasiano, llama de nuevo á sus hombres á la guerra, y pone el mando del nuevo ejército en manos del mayor de sus hijos Teodeberto. Gonthram, constituyéndose otra vez en mediador entre los dos hermanos, reúne en París á todos los obispos de su reino, á fin de que decidiesen en favor de quien estaba la justicia: mas «habiéndose enconado, dice el prelado cronista, la lucha, los reyes cometieron el pecado de cerrar los oídos á sus consejos (2).» Esta vez la guerra, que de nuevo habia salido de la Neustria, arrojóse sañuda como nunca á devastar las ciudades y las ricas campiñas de la Aquitania. Ni fueron únicamente las ciudades de Tours, Poitiers, Limoges, Cahors las que sufrieron todos sus estragos, sino que ni aun los más respetados santuarios se vieron libres del saqueo y del incendio. El ejército de Teodeberto, dice el Turonense con

---

qui has urbes ( se refiere á las de Tours y Poitiers de que se habia Clodoveo apoderado) ab eorum dominium revocare deberet. — *GRÆG. TURON.* lib. IV, § XLVI, p. 188.

(1) Quam (Chlodovechum) fugientem cum tubis et buccinis, quasi labentem cervum fugiens, insequabatur. — *Ibid.* § XLVII, r. 190.

(2) Guntchramnus Rex apud Parisios omnes episcopos regni sui congregat, ut inter utrosque quid veritas haberet, edicerent. Sed ut bellum civile in majore pernicitate cresceret, eos audire peccatis facientibus distulerunt. — *Ibid.*

una rapidez y viveza de estilo que contribuyen á aumentar el horror del cuadro que describe y de que debió ser testigo, «invadió, devastó, asoló aquellas ciudades y sus comarcas; quemó iglesias, interrumpió los divinos misterios, mató á los sacerdotes, destruyó los monasterios de hombres, profanó los de las vírgenes y lo pasó todo á sangre y fuego; por manera que hubo en la Iglesia mayor duelo que en tiempo de la persecucion de Diocleciano (1).»

15. Si sangrientos eran los agravios no ménos lo fueron esta vez las represalias. Sigeberto llama á la guerra, notan solo á sus leudes y á los habitantes libres de sus reinos, sino á todas las tribus medio salvajes aun y casi paganas establecidas al otro lado del Rhin, *gentes illas quæ ultra Rhenum habentur*, y que le estaban sometidas, invitándolas al saqueo de la Francia galoromana, cuyos habitantes pudieron creer que habian vuelto los tiempos de Atila y de Clodoveo al ver hollado su suelo, y devastados sus campos, y entradas á saco sus ciudades por aquellos feroces guerreros de largos vitotes rubios, de hosco semblante, con los cabellos recogidos en forma de penacho encima la cabeza, y que arrojaban su hacha á la faz del enemigo, ó disparaban contra él de léjos su arponado dardo. Asustado Hilperico ante aquel nublado preñado de horrores, que él mismo con su desleal conducta habia atraído sobre sus pueblos, acude en demanda de auxilio al rey de Borgoña. «Los enviados de Hilperico tuvieron una entrevista con Gonthram, y haciendo alianza, prometieron ayudarse mutuamente

---

(1) Commoto autem exercitu, Lemovicinum, Cadurcinum vel reliquis illorum provincias pervadit, vastat, evertit, ecclesias incendit, ministeria detrahit, clericos interficit, monasteria virorum dejicit, puellarum deludit, et cuncta vastat. Fuitque illo in tempore pejor in ecclësis gemitus, quam tempore persecutionis Diocletiani.—*Ibid.*

para que ninguno de los dos pereciese por falta de socorros (1).»

16. Mas esta alianza, efecto del miedo fué por el miedo deshecha. Gonthram, que se disponia á cerrar el paso á las hordas de Sigeberto, recibió al poco tiempo de parte de éste el siguiente breve, pero enérgico mensaje: «Si no me permites pasar este rio (el Sena) por tu tierra, vendré sobre tí con todo mi ejército (2).» El aviso no era para desatendido, sobre todo cuando se presentaba á su fantasía el espantable cuadro de sus campos y ciudades devastadas por las tribus transrenanas; y como el cumplimiento de las promesas, aun cuando hubiesen sido con juramento confirmadas, no era la virtud de que se mostrasen aquellos reyes más celosos guardadores, el de Orleans se puso de parte del que creyó más fuerte y por lo tanto más temible. Hilperico abandonado á sí mismo, acosado sin cesar por su hermano que le pedia que señalase campo de batalla donde combatir, *campum sibi præparari petit*, debió ceder; y Sigeberto á quien pintan siempre los historiadores respirando venganzas, excitado por Brunequilde que le tiene avasallado, acepta la paz con que le brinda su hermano, aun con grave riesgo de su vida, que se vé amenazada por las feroces é indisciplinadas hordas que, atraídas por la esperanza del pillaje, ven que se les priva de él cuando más próximos se creían á alcanzarlo (3), y que como tigre

(1) Quod audiens Chilpericus, ad fratrem suum Guntchramnum legatos mittit. Qui conjuncti pariter fœdus ineunt, ut nullus fratrem suum perire sineret.—GREG. TURON. lib. IV, § L, p. 192.

(2) Fratri suo Guntchramnum, mandatum mittit, dicens: «Nisi me permiseris per team sortem hunc fluvium transire, cum omni exercitu meo super te pergam.»—*Ibid.*

(3) No siempre sin embargo le fue posible á Sigeberto refrenar los instintos de ferocidad y rapiña de sus auxiliares; más si por algun tiempo aparentó llevar los in-

que se vuelve contra el domador que le arranca de entre las garras el pedazo de carne que empezaba á devorar, por igual manera se volvian airadas contra el que así les quitaba la presa de entre las manos.

17. Mas no habia transcurrido un año cuando el turbulento y nunca domado Hilperico, al ver que su hermano habia despedido á sus auxiliares extranjeros, provocaba una nueva guerra. Tambien esta vez Gonthram comenzó por ponerse al lado del agresor, para abandonarle despues, en lo más récio de la lucha, cediendo por ventura tambien al temor de que su hermano Sigeberto lanzara sobre sus tierras las devastadoras hordas germánicas, á quienes habia de nuevo llamado al saqueo de la Francia.

18. Al principio y contando con el apoyo de su hermano el rey de Borgoña, Hilperico envia parte de sus tropas hácia el Loira al mando de su hijo Teodeberto, mientras que él con su ejército se mete, devastándolas á su paso, por las comarcas de la Champaña hasta Reims. Precedido por el terror, y dejando detrás de sí incendiados los pueblos y las campiñas devastadas, adelantábase aquel por las fértiles regiones de la parte de acá de dicho rio, cuyos habitantes sufrían todos los horrores de la guerra, sin osar declararse ni en favor del monarca austrasiano, ni del de Neustria, cuando saliéndole al encuentro Godegiselo y Gonthram Rosse, á quienes se atrevió á hacer rostro con la escasa hueste que llevaba, fué vencido y muerto en las orillas del Charente, delante de los muros de Angulema. Su cadáver, á pesar de la

---

sultos con paciencia, y procuró apaciguar á los más turbulentos con palabras suaves, cuando llegó á su país hizo morir apedreados á un gran número de ellos. «*Sed omnia patienter ferebat, donec redire posset ad patriam... multos ex eis postea lapidibus obrui precipiens.*—GREG. TURON. lib. IV, § L, p. 193.



larga cabellera, distintivo de su noble alcurnia, fué despojado de sus vestidos, y abandonado en el ensangrentado campo de batalla; y allí se quedara para ser pasto de las aves de rapiña, si un austrasiano llamado Arnulfo, horrorizado ante aquella que consideraba una profanacion, levantándole del sitio donde yacia, y lavándole y cubriéndole con ropas dignas de su elevada clase, no le hubiera llevado á aquella ciudad y dádole allí honrosa sepultura (1).

19. Entre tanto Sigeberto marchaba sobre París y se apoderaba de esta ciudad. Este atrevido golpe de mano, la muerte de su hijo Teodeberto y el abandono de su hermano Gonthram, en cuya alianza confiara, ponen á Hilperico en apuradísimo trance; y conociendo que no le queda ya más que hacer sino ver como pueda salvar su vida, se encierra en Tournai con su esposa, entonces en cinta del que fué despues Clotario II, sus hijos y los pocos leudes que se le mantuvieron fieles. Sigeberto se lanza en su persecucion, y mientras envia parte de sus tropas á poner sitio á dicha ciudad, ve llegar á su campamento enviados de los nobles y hombres libres de la Neustria, antiguos vasallos de su hermano, que la invitan á que vaya á sus tierras, donde, abandonando á Hilperico, le levantarán por su rey. Sigeberto acepta su ofrecimiento; más antes de que fuese al punto donde debia ser alzado sobre el pavés y proclamado monarca de la Francia occidental, llega con régia pompa á París Brunequilde (2)

(1) Theodebertus evictus in campo prosternitur, et ab hostibus, quod dici dolor est, spoliatur. Tunc ab Arnulfo quodam collectus, ablutusque, ac dignis vestibus est indutus, et ad Engolismensem civitatem sepultus.—GREG. TURON. Lib. IV, §. II, p. 194.

(2) Quare Lutetiam adventantem reginam, cum opidani obviam egressi pro se quisque salutare properarent, Germanus Parisiacæ Ecclesiæ Episcopus, vir sanctissimus, adventoria excepit.—ADRIANI VALESII. *Rer. Francic.* lib. IX, t. II.

con sus dos hijas Ingunda y Clodeswinda y con su hijo Hildeberto, ó porque creyera seguro el triunfo de su esposo y quisiese gozarse en la humillacion de su odiada rival; ó para evitar que, vencido de nuevo por el cariño de hermano, dejase otra vez sin castigo el reciente agravio; ó por ventura porque presumiera que le habia de ser ménos difícil acabar de vencer con el oro, que en abundancia traia consigo, la fidelidad de los leudes neustrios, á quienes ni los halagos ni el temor hubiesen logrado apartar aun de la fe que debian á su soberano.

20. Cortemos por breves momentos el hilo de la narracion histórica para ver, puesto que la ocasion nos brinda á ello, qué parte habia tomado Brunequilde en los sucesos que dejamos apuntados, á fin de mejor apreciar la parte de responsabilidad que le corresponde. Durante el relato de las dos primeras guerras de Hilperico contra su hermano, ni una sola vez se le ocurre á Thierry hacer mencion del nombre de la hija de Atanagildo; más al empezar á hablar de la tercera, cual si quisiese desquitarse de tan largo olvido, dedica un apartado á hablar de las iras, y de los deseos de venganza de aquella princesa. Dice así:

21. «A un mismo tiempo llegan á oídos de Sigeberto la noticia de aquellas devastaciones (las de Hilperico en el territorio de Reims) y la de la nueva coalicion formada contra él. Habia perdonado á su hermano y *resistido á las instancias de su esposa, que no consentia paz ni tregua con el asesino de Galsuinda* (1); «y su indignacion fué la de un hombre de corazon

---

(1) Si Sigeberto resistia á las instancias de su esposa, ¿á qué queda reducida la influencia de ésta?; y si realmente la ejercia, ¿cómo se explica que no consintiendo paz ni tregua con su enemiga, las hiciera con tanta frecuencia su esposo con el esposo de aquella?

«bondadoso, pero de carácter arrebatado, que descubre  
 «que se han burlado de su buena fe. Rompió en invecti-  
 «vas y en imprecaciones; mas aquella cólera fogosa, aque-  
 «lla fiebre cuyo acceso podia de nuevo calmarse con la su-  
 «mision del enemigo, no eran bastantes para satisfacer  
 «á Brunequilde. *Empleó por lo tanto cuanta influencia po-  
 «dia ejercer sobre su esposo para insinuarle en el alma  
 «un deseo de venganza más reflexiva, y dirigir todos sus  
 «resentimientos hácia un objeto único, el fratricidio. Aca-  
 «bar de una vez con el asesino de Galsuinda: tal era el  
 «grito de la hermana de esta desgraciada reina,»* y esta  
 vez fué escuchado por Sigeberto. La guerra proclamada  
 entre los Francos orientales y los pueblos de allende el  
 Rhin contra Hilperico debia ser y fué un duelo á  
 muerte (1).»

22. Nuestros lectores comprenderán fácilmente por  
 qué citamos á este historiador con preferencia á otros.  
 Más que ninguno de los contemporáneos ha bebido en  
 las fuentes originales, de suerte que una buena parte  
 de su obra no es más que una versión parafrástica de  
 la de Gregorio de Tours. La narracion de la tercera  
 guerra entre los dos reyes hermanos de las dos Fran-  
 cias oriental y occidental, se encuentra en este ca-  
 so, tanto que apenas cita más que á aquel prelado en  
 sus notas. Y sin embargo ¿dónde encontró lo de las su-  
 gestiones y deseos de venganza de Brunequilde? Supli-  
 camos á nuestros lectores que se tomen la molestia de  
 leer de la obra del Turonense el relato de esta guerra  
 en el pasaje que se refiere á ella, y que transcribimos al  
 pié de estas líneas (2), y verán cuánto hay de falto de

(1) *Recit des temps Mérovingiens. Recit deuxième.*

(2) Sigibertus vero obtentis civitatibus illis, que citra Parisios sunt positæ, usque

sólido fundamento histórico en el apartado del autor de las *Leyendas Merovingias* que dejamos transcrito. Verdad es que de un pasaje de la carta que el obispo de París, S. German, dirigió á Brunequilde, rogándole que calmara el enojo del rey, y que le persuadiera á que aguardase con paciencia el juicio de Dios, se desprende que la voz pública la acusaba de ser ella la que con sus consejos é instigaciones enconaba la ira de Sigeberto contra su hermano(1): pero además de que en su carta el santo Prelado parecía referirse únicamente á aquella última guerra, á su actual propósito de llevar la desolacion á aquel pais, ¿tan manso de condicion, de temperamento tan flojo, de carácter tan apático y tan flaco de memoria, hemos de suponer á Sigeberto, que no pudiese moverse, ni supiera enojarse, ni fuera capaz de hacer la guerra sino á instigacion de su esposa; cuando amen del interés que

---

Rothomagensis (Ruan) urbem accessit, volens easdem urbes hostibus cedere. Quod ne faceret, á suis prohibitus est. Regressus inde, Parisios est ingressus: ibique ad eum Brunichildis cum filiis venit. Tunc Franci, qui quondam ad Childeburtum adpexerant seniores, ad Sigibertum legationem mittunt, ut ad eos veniens, derelicto Chilperico, super seipsum regem stabilirent. Ille vero hæc audiens, misit qui fratrem suum in supra memorata civitate (Tornacensi) obsiderent, ipse illuc properare deliberans. Cui Sanctus Germanus episcopus dixit: Si abieris et fratrem tuum interficere noveris, vivus et victor redibis: sin autem aliud cogitaveris, morieris. Sic enim Dominus per Salomonem dixit: *Foveam quam fratri tuo parabis in eam conruet*. Quod ille, peccatis facientibus, audire neglexit. Veniente autem illo ad villam, cui nomen est Victoriacum, collectus est ad eum omnis exercitus, impositoque sui per clypeo sibi Regem statuunt. Tunc duo pueri cum cultris validis, quos vulgo scramasaxos vocant, infectis veneno, maleficati á Fredegunde regina, cum aliam causam se gerere simularent, utraque ei latera feriunt..... Obiit autem quatordecimo regni sui anno, ætati quadragenaria...—GREG. TURON. lib. IV. §. LII.

(1) Vulgi verba iterantes, quæ nos maxime terrent, vestræ pietati in notitiam deponimus, quæ ita disseminata eloquentium ore detrahunt, quasi vestro voto, consilio et instigatione dominus gloriosissimus Sigebertus Rex tam ardue hanc velit perdere regionem. Non propterea hæc dicimus quasi a nobis credatur, etc..... Y más adelante: Ad hoc vos hæc regio suscepisse gratuletur, ut per vos salutem non interitum percipere videatur. In hoc populi restringitis verba, si mitigatis furorem, Dei facitis expectare iudicium.—V. esta carta en Thierry, *pieces justificatives*, § II, p. 326 y siguientes.—En DARRAS, *Hist. de l'Église*, t. XV, pág. 100 y siguientes.

podía tener en vengar en su hermano una afrenta que recaía sobre toda la familia, había sido hasta tres veces villanamente burlado por aquel, embestido en sus propias tierras sin provocación de su parte, ni declaración de guerra de la de su enemigo; y que generoso una vez con el vencido, se había visto expuesto la segunda á parecer víctima de las tumultuadas tribus del Rhin, que le pedían en son de amenaza la guerra y el saqueo, con cuya esperanza habían venido á servirle (1)? Y si en aquella ocasión iba resuelto á llevar la venganza contra Hilperico hasta el fratricidio, ¿no debían impulsarle á ello tanto ó más que las sugerencias de su esposa, el llamamiento de los nobles neustrasianos, quienes desde el momento en que rompían con su rey, debían exigir de aquel á quien iban á proclamar su señor que los pusiese al abrigo de las venganzas del que abandonaban? No negaremos que en estas guerras, que además de serlo de raza, lo eran igualmente de familia, y en especial en la última, entrasen por algo las sugerencias de Brunequilde; pero no podemos convenir en que fuese ella su única y ni aun siquiera su principal instigadora. Los que tanta parte atribuyen en dichas guerras á la princesa visigoda, reducen, sin apercibirse de ello y contra la verdad histórica, á su esposo, Sigeberto, á la condición de uno de esos monarcas de la segunda serie de los Merovingios, á quienes la historia ha calificado con el expresivo dictado de indolentes (*fainéants*), y á los cuales mejor que la acerada túnica del soldado, hubiérales sentado el tosco sayal del monje, y más la tonsura clerical que la larga cabellera de rey franco.

23. Pero volvamos ya á nuestra historia. Después de haber abrazado á su esposa y á sus hijos, Sigeberto salió de París más que nunca decidido á acabar de una vez

aquellas guerras. El santo prelado que acababa de ver desatendidas por la reina sus pacíficas amonestaciones, abandonando el lecho donde le tenía postrado una enfermedad, que debía ser la última, pálido el semblante, largas las barbas y en actitud entre humilde y severa, á la manera de los antiguos profetas ante los reyes de Israel, preséntase al monarca que iba á ponerse en marcha escoltado por sus nobles armados de sus escudos pintados y de sus lanzas con banderolas, con la esperanza de lograr de él con proféticas amenazas lo que con ruegos no había alcanzado de su esposa: «Rey Sigeberto, le dice, si vas á la batalla sin intencion de matar á tu hermano, volverás vivo y vencedor; mas si llevares ese propósito, morirás: pues el Señor lo ha dicho por boca de Salomon. La hoya que preparares para tu hermano, ésta será la tuya.» «Pero el monarca, mal pecado para él, dice el Turonense, cerró los oídos á sus palabras, y habiendo ido á un pueblo llamado Vitry, cerca de Tournai, reunió todo su ejército el cual, levantándole sobre un escudo, le proclamó su señor (1)».

24. Mientras que en aquel pueblo Sigeberto, creyendo asegurada la victoria, era tal vez festejado por sus nuevos vasallos, «Hilperico, flotando entre la vida y la muerte, dice el obispo de Tours, aguardaba, sin saber que partido tomar, el fin de aquellos sucesos. Mas hé aquí que ve llegar de repente á dos mensajeros, anunciándole la muerte de su hermano (2).» ¿De dónde había partido el golpe? De Fredegunda, la cual, diestra en el

---

(1) Véase la nota anterior.

(2) Chilpericus autem in ancipiti casu defixus, in dubium habebat an evaderet, an periret, donec ad eum missi veniunt de fratris obitu nuntiantes.—GREG. TURON. Lib. IV, § LII, p. 195.

arte de los maleficios, había seducido á dos de sus servidores, y poniendo en sus manos dos *shrama-saxas*, ó *schamsachs*, (cuchillos de defensa), cuyas hojas había ella misma envenenado: «Id, les había dicho, al campamento de Sigeberto... y asesínadle. Si volveis vivos colmaré de honores á vosotros y á vuestra posteridad; mas si sucumbieseis distribuiré limosnas por vuestras almas... (1).» Los asesinos consumaron su crimen. Cada uno de ellos clavó su cuchillo en un costado de Sigeberto. Éste cayó al suelo sin sentido, exhalando al poco tiempo su último suspiro; pero sus matadores no pudieron disfrutar de los honores que les habían sido ofrecidos en pago de la vida del rey, pues fueron muertos en el acto (2).

25. Así pereció el esposo de Brunequilde en el año décimo cuarto de su reinado, y á los cuarenta de su edad. Por aquellos días (3) dormíase en el ósculo del Señor á la edad de ochenta años el santo obispo de París, el pontífice German, á quien llamaba Fortunato en una de sus poesías, «el padre de los levitas, modelo de sacerdotes, y nuevo Aaron, cuyas virtudes brillaban más que los diamantes que enriquecían sus vestidos de oro (4).» Hilperico, en cuanto tuvo noticia de la muerte de su hermano, salió de Tournai con su mujer y sus hijos, y habiendo ido á donde yacía su cadáver le mandó enterrar, cubierto

(1) *Tunc Frédegundis memor artium suarum inebriavit duos pueros Tarwanenses, dixitque eis: «Ite ad cuneum Sigiberti, ... eumque interficite. Si evaderitis, vivi, ego mirificè honorabo vos et sobolem vestram; si autem corrueritis, ego pro vobis elemosynas dabo...»—Gesta reg. Franc. t. II, p. 562.*

(2) *Græc. Tur. Loc. cit.—Frédegundis duobus pueris dolo transmissis, Sigibertum interficiunt et ipsi interfecti sunt.—Hist. Franc. epitomata, § LXXI, p. 575,*

(3) Unos fijan la muerte de Sigeberto en 575 y otros en 576. De S. German sabemos que pasó á mejor vida el 28 de mayo de 576.

(4) *Fortunat., Ad clericum Paris., Miscellan., lib. II, cap. XIII.*

de su más rico traje, en el pueblo de Lambres (1). Desde entónces la corona de Neustria, bien que manchada con la sangre de un rey y de un hermano, quedaba asegurada en las sienes de Hilperico.

26. La muerte de su esposo dejaba á Brunequilde sola, en medio de un pais enemigo y en el mayor abandono, pues muchos de sus leudes, aun de aquellos en quienes creyó por ventura que podia tener mayor confianza, pasábanse, achaque por demás comun en las mudanzas de fortuna, al bando de su cuñado. Por uno de esos cambios repentinos en la vida, y en la de los grandes tan frecuentes, la reina de Austrasia que acaso soñaba pocas horas ántes con la humillacion de su odiada rival, se veia á la sazón expuesta á ser su víctima. Brunequilde, sin embargo, más que en sí misma debió pensar en los medios de salvar á su hijo Childeberto, niño de cinco años. En cuanto á ella, ó porque temiese ménos á Hilperico que á los leudes austrasianos, ó porque pensase por ventura que el codicioso hermano de su difunto esposo tendria más prisa en poner las manos en sus tesoros que en apoderarse de su persona, á quien debia por otra parte respetar por temor á sus parciales, permaneció en París. El tierno príncipe fué salvado por un noble fiel, el duque Gondobaldo, quien metiéndole en una gran banasta, le descolgó por una ventana y lo llevó á Metz, donde el dia de Navidad fué proclamado rey sobre los dominios y los vasallos que habian sido de su padre (2). Brunequilde

---

(1) Tunc egressus a Tornaco cum uxore et filiis, eum vestitum apud Lambros vicum sepelivit.—GREG. TUR. lib. IV, § LII, p. 195.—El cadáver del monarca austrasiano fué despues trasladado á la basilica de S. Medardo en Soissons, donde se le dió sepultura cerca de su padre Clotario I.

(2) Gondobaldus, dux, dice simplemente el Turonense, adprehensum Childebertum filium ejus parvulum furtim abstulit; ereptumque ab imminente morte, collectisque



fué desterrada á Ruan por Hilperico, que habia acudido á Paris en cuanto llegó á su noticia la de que su sobrino habia sido puesto en salvo, y que debió consolarse de aquel contratiempo, que le quitaba toda esperanza de reunir al suyo el reino del hermano asesinado, con las riquezas que dejaba en sus manos la viuda de éste. Reclamada más adelante por los Austrasianos en nombre de su rey Childeberto, trasladóse á Meaux, en cuya ciudad se hallaban guardadas sus dos hijas Ingunda y Chlodowinda, y de allí á Metz, á donde llegó sin contratiempo alguno, si con gran contentamiento de una no escasa parte de la poblacion galo-romana, con no menor disgusto de los nobles que temian perder la tutela, y con ella la influencia que ejercian sobre su jóven monarca.

27. Depuesta la espada de la guerra, pues apenas merecen el nombre de tal las siempre desgraciadas tentativas de Hilperico para recobrar las ciudades que fueron de su esposa, la infeliz Galsuinda; ni la más desgraciada aun de un noble austrasiano llamado Godewin, para, al frente de una banda de champañenses, apoderarse por sorpresa de Soissons, donde se hallaba Fredegunda; depuesta, decíamos, la espada de la guerra, Austrasianos y Neustrios se retiran detrás de los lindes de sus respectivas tierras, á la manera de dos ejércitos que despues del combate se ponen al abrigo de sus atrinchemientos, los primeros para ocuparse en las largas cuanto reñidas contiendas interiores entre la aristocracia

---

gentibus super quas pater ejus regnum tenuerat, regem instituit, vix lustro etatis uno jam peracto.—GREG. TURON. Lib. V. § I, p. 201.—Los demás pormenores acerca de la fuga del príncipe están sacados de Fredegario.—Sed factione Gundualdi ducis Childebertus in pera positus, per fenestram a puero acceptus est, et ipse puer singulus eum Méttis exhibuit.—FREDEG. *Hist. Franc. Epitomata*; GREG. TURON. opera, § LXXII, p. 575.

y el espíritu de turbulenta independencia, que era uno de los rasgos característicos de las tribus germánicas, y las tradiciones imperiales y el genio del orden administrativo que distinguía á la raza latina; contien- das que debian terminar con el doble triunfo de aque- lla, primero bajo los débiles sucesores de Dagoberto, des- pues bajo los degenerados descendientes de Carlomagno: y los Neustrios para presenciar con fúnebre estupor los repugnantes dramas de familia, no ménos horribles que los que ensangrentaron, segun la fábula, el palacio de los Atridas, ejecutados con repugnante crueldad y san- gre fria por Fredegunda, y en los cuales debia figurar más tarde como una de sus víctimas el mismo Hilpe- rico.

28. Pasarémos de prisa los ojos, y creemos que nos lo han de agradecer nuestros lectores, sobre las ensan- grentadas páginas de la historia de Francia en la época que estudiamos. Quedábanle todavía al rey de Neustria, despues de la desgraciada muerte de Teodeberto, dos hijos de su matrimonio con Andowera, Meroveo y Clodoveo, á quienes amaba con verdadero cariño: dos motivos de celos para la iracunda madrastra; para la ambiciosa reina dos estorbos puestos entre el trono de Neustria y sus hijos. Meroveo tuvo la desgracia de ver y hablar en Ruan á su tia Brunequilde. La viuda de Sigeberto era jóven, seduc- tora, y en aquella ocasion debia dar mayor realce á estas cualidades el interés que, en especial en pechos juveni- les, inspira la desgracia. Meroveo cometió la ligereza de dar su mano á su tia y ésta la de aceptarla, trocando sus apenas usados vestidos de viuda por las galas nupciales, y Pretextato, obispo de aquella ciudad, ya más que la li- gereza, el grave error, que no bastaba á disculpar el cariño como de padre que profesaba á Meroveo, á quien había

bautizado (1), de bendecir, faltando á las leyes canónicas, aquel enlace. Fredegunda supo aprovecharse de esta circunstancia para armar la mano del padre contra el mal aconsejado mancebo, y de enconar los odios todavía vivos del monarca contra su imprudente rival. A fin de evitar las consecuencias del primer arrebató de su despecho, los dos esposos se acogen al sagrado del asilo en la basílica de S. Martin de Ruan, construida de madera sobre sus viejos muros, de donde salen algun tiempo despues, ya reconciliados con Hilperico, que les sentó en su mesa,—prenda segura entre los germanos de verdadera y cordial concordia,—y mediante la promesa de aquel de no obligarles á separarse, para trasladarse, Brunequilde á Metz, como dejamos hace poco apuntado, y Meroveo con su padre á la corte de Neustria.

29. La tentativa de los champañenses contra Soissons, de que hablamos tambien más arriba, ofrece á Fredegunda ocasion para introducir la desconfianza en el ánimo de su esposo, y envenenar sus odios contra el hijo de Andovera; el cual, en castigo de haber dado su mano á Brunequilde y de supuestos proyectos de venganza, en que acaso ni siquiera pensó, es condenado á perder la cabellera; que era lo mismo que excluirle de la familia de los merovingios, y á ser encerrado en un convento (2). Meroveo tuvo que resignarse á ver caer á sus piés, cortado por la tijera, lo que era el distintivo de su régia alcurnia; pero al llevarle al monasterio donde de-

---

(1) Proprium mihi esse videbatur, quod filio meo Merovecho erat, quem de lavacro regenerationis excepi.—*GRÆC. TURON. lib. V, § XIX, p. 227.*

(2) Post hæc Merovechus quum in custodia á patre reteneretur, tonsuratus est, mutataque veste, qua Clericis uti mos est, Presbyter ordinatur....—*Ibid. § XIV. p. 214.*

bía pasar el resto de sus días, pudo evadirse y ponerse bajo la protección de S. Martín, en la basílica de este santo, que abandonó más adelante para ampararse en Metz de su esposa y tía, Brunequilde (1). Mas arrojado de dicha ciudad por los nobles austrasianos, que gobernaban entonces en nombre de Childeberto, sin que aquella, que no tenía á la sazón de reina más que el nombre, pudiese impedirlo, tuvo que huir, ocultándose en lo más escondido de los bosques, é internándose por sitios despoblados, á manera del javalí á quien acosan los cazadores, perseguido de cerca por las tropas enviadas por su padre en su busca, y expuesto siempre á caer en poder de los asesinos asalariados lanzados en su seguimiento por su implacable madrastra, hasta que entregado traidoramente y con engaño al puñal de los sicarios de ésta, y acorralado en una alquería á donde se había refugiado, se hizo dar muerte por un tal Gaileno, el más fiel de sus compañeros de desgracia (2).

30. Méroveo no bajó solo al sepulcro. En su sed de venganza, Fredegunda no se contentaba jamás con una sola víctima. Sus iras caían sobre sus enemigos como un puñado de dardos que, al dirigirse al parecer á uno solo, alcanzaban á todas las personas que la rodeaban. De los compañeros del desafortunado príncipe dos de ellos, el citado Gaileno y Grind ó Grindion perecieron en medio de los más atroces suplicios: respecto del tercero, Gucilion ó Gokil, más venturoso que ellos, contentáronse sus verdugos, ó más humanos ó cansados de hacer el oficio

(1) *Merovechus prope duos menses ad ante dictum basilicam residens, fugam inijt, et ad Brunichildem reginam usque pervenit.* GREG. DE TOURS, lib. V. § XIV, p. 219.

(2) *Vocato ad se Gaileno familiari suo, ait. «Una nobis usque nunc anima ad consilium fuit: rogo ne patiaris me manibus inimicorum tradi; sed accepto gladio inruas in me.» Quod ille nec dubitans, eum cultro confodit.* Ibid. § XVIII.

de tales, con descabezarle (1). Y sin embargo, éstas y las demás víctimas inmoladas sobre el cadáver de Meroveo, con ser tantas, no llegaban todavía al número de las con que se proponía la reina de Neustria satisfacer su venganza. Faltaba la más ilustre, y para ella, la más odiada. Pretextato era culpable ante Fredegunda de haber benedecido el enlace de su hijastro, y de haber guardado parte de los tesoros de Brunequilde, que le dejó ésta confiados al salir de Ruan. Siete años de destierro impuestos por Hilperico, despues de haber agotado su ingenio en infames maquinaciones para lograr que fuese condenado por el concilio de París (2), no habian bastado á amortiguar en el corazon de aquella mujer su odio al santo prelado. Un dia en que, vuelto de Jersey, lugar donde habia sido confinado despues de la muerte del monarca austrasiano, habia bajado á su iglesia muy de mañana con motivo de la celebracion de la Pascua (580), en el momento en que estaba rezando postrado en su reclinatorio, un asesino, apostado al objeto, le clavó su largo cuchillo más abajo del sobaco. Pretextato pudo todavía, recogiendo sus fuerzas, subir las gradas del altar, y extendiendo en él las manos, dar gracias á Dios; ó segun se lee en los Bolandistas, coger la sagrada Eucaristía y tomarla en viático (3). La Iglesia considerando su muerte

---

(1) Gallenum vero adprehensum, abscissis manibus et pedibus, auribus et narium summitatibus, et aliis multis cruciatibus adfectum, infeliciter necaverunt. Grindionem quoque, intextum rota, in sublime sustulerunt. Gucilionem, qui quondam comes palatii Sigiberti Regis fuerat, abscisso capite interfecerunt.—GREG. TURON. *ibid* p. 229. Para la historia de Meroveo, V. THIERRY, loc. cit. troisième recit.

(2) GREG. TURON. Lib. V, § XIX.

(3) Quumque inter psallendum formulæ decumberet, crudelis adfuit homicida qui Episcopum super formulam quiescentem, extracto balthei cultro, sub absclla percutit. Ille vero vocem emittens, ut clerici qui aderant adjuvarent, nullius auxilio de tantis adstantibus est adjutus.... At ille plenas sanguine manus super altarium extendens, orationem fundens, et Deo gratias agens, in cubiculum suum inter

cual expiación sobrada á su anterior falta, y tomándole en cuenta sus grandes virtudes, puso al obispo de Ruan en el número de sus santos y de sus mártires.

30. Muerto Meroveo no quedaba ya más que uno solo de los hijos de Andovera, el menor de ellos, Clodoveo. Ocurriósele un día, para él en infausta hora, decir: «Hé aquí que mis hermanos han muerto, con lo cual serán míos todos los estados de mi padre, y mio todo el reino. Me estarán sometidas las Galias, y gracias á la fortuna, gobernaré sobre todas ellas. Tendré en mi mano á todos mis enemigos y haré de ellos lo que me plazca (1).» Y al mismo tiempo que soltaba tan imprudentes palabras, denostaba con torpes dichos á su madrestra. Á tan temerario reto del mal aconsejado mancebo vino á añadirse el veneno de la calumnia. No faltó quien dijese á Fredegunda: «Si pierdes á tus hijos es por las malas artes de Clodoveo, quien, puesto su amor en la hija de una de tus sirvientas, se vale de los maleficios de la madre y de la hija para que mueran (2).» La reina lo creyó ó fingió creerlo: Clodoveo fué asesinado en un cortijo, á donde había sido llevado por orden de su padre. Sus supuestos cómplices perecieron, la madre quemada, y la hija, causa inocente de tanto daño, despues de azotada y decalvada, que era el castigo de las adúlteras, fué colgada de un poste delante de la morada de aquel príncipe.

---

manus fidélium deportatus.—GREG. TURON. lib. VIII, § XXXI, p. 403.—V. THIERRY, loc. cit. Quatrième recit.

(1) «Ecce mortuis fratribus meis ad me restitit omne regnum: mihi universæ Gallicæ subjicientur, imperiumque universum mihi fata largita sunt. Ecce inimicis in manu positis inferam quæcumque placuerit.»—GREG. TURON. lib. V, § XL, p. 250.

(2) Post dies vero aliquot adveniens quidam ait reginæ: «Ut orbata filiis sedeas, dolus hic Chlodovechi est operatus. Nam ipse concupiscens unius ancillarum tuarum filiam, maleficiis tuos per matrem ejus filios interfecit....»—Ibid.

32. Y en efecto, la divina justia permitia que Fredegunda viesse sucumbir á sus hijos á medida que ensangrentaba su puñal en nuevas víctimas, ó que meditaba nuevos asesinatos para abrirles el camino al trono. Antes del suplicio de Clodoveo y hallándose en la alquería real de Braine, sus dos hijos Dagoberto y Clodoverto fueron atacados de una enfermedad á la sazón reinante. Ante el temor de que pudiese la muerte arrebatárselos, la esposa de Hilperico se sintió herida en su corazón de madre, y de rechazo, y por más que la tuviese muy embotada por tantos crímenes, en su conciencia de cristiana; y considerando aquella doble amenaza de muerte como un castigo del cielo, sintió el cruel torcedor de los remordimientos. Esta vez los pueblos de la Neustria oprimidos por las exacciones fiscales hasta la desesperación, ya que muchos padres se veían reducidos á la dura necesidad de vender á sus hijos para poder satisfacerlas, pudieron bendecir al Dios de justicia, que llena á veces del temor de sus enojos el corazón de los inicuos. «Hace mucho tiempo, dijo llena de sobresalto á su esposo, que andamos por los caminos del mal, y que sin embargo la bondad divina nos tolera. Más de una vez nos ha azotado con calenturas y otras enfermedades, sin que por esto nos hayamos corregido. Hé aquí que perdemos á nuestros hijos; muertos sin duda por efecto de las lágrimas de los pobres, los lamentos de las viudas, y los suspiros de los huérfanos... Atesoramos sin saber para quien, puesto que no habrá quien posea nuestras riquezas amontonadas á fuerza de robos y llenas de maldiciones... Ven; quememos, si te place, esos registros de inicuos impuestos, y baste para nuestro fisco lo que bastó á tu padre, el rey Clotario (1):»

(1) Ait ad regem: Diu nos male agentes pietas divina sustentat; nam sepe nos fa-

y esto diciendo y golpeándose el pecho, *pugnis verberans pectus*, arrojaba aquellos registros á las llamas, é incitaba á su esposo á que la imitase. «Y arrepentido tambien el monarca, añade el prelado cronista, entregó á las llamas aquellos papeles, y prohibió que se percibiesen en adelante más impuestos (1).» Sin embargo la justicia divina se cumplió, y los dos jóvenes príncipes bajaron al sepulcro (580) en medio de las lágrimas de todos, y de las muestras de dolor de que suele ir acompañada, dice el Turonense, la muerte de un padre ó de un esposo (2).

33. Al asesinato de Clodoveo siguió el de su madre Andowera, á la cual no pudieron librar de las iras de la que habia sido su sierva y despues su rival, ni el abandono de su esposo, ni la santidad del claustro donde habia quince años que vivia retirada. Andowera tenia una hija llamada Hildeswinda, más conocida por el sobrenombre de Basina (la buena), que se habia criado y crecido al lado de su madre á la sombra de las paredes de su monasterio. La madre fué entregada á las *shramasaxa* de los sicarios de Fredegunda. Basina, la hija de Hilperico, fué violada, segun el Turonense, por los asesina-

---

bribus et aliis malis corripuit, et emendatio non succesit. Ecce jam perdidimus filios: ecce jam eos lacrymæ pauperum, lamenta viduarum, suspiria orphanorum interrimunt: nec spes remanet cui aliquid congregemus. Thesaurizamus, nescientes cui congregemus ea. Ecce thesauri remanent á possessore vacui, rapinis ac maledictionibus pleni. . . . Nunc, si placet, veni et incendamus omnes descriptiones iniquas: sufficiatque fisco nostro quod sufficit patri regique Chlotario.»—GREG. TURON. lib. V, § XXXVI, p. 243 y 244.

(1) Tunc rex compunctus corde tradidit omnes libros descriptionum igni, conflagratisque illis, misit qui futuras prohiberent descriptiones.—*Ibid.*

(2) En aquella ocasion el poeta Fortunato, que hacia trece años que vivia en Poitiers en la intimidad de Rodegunda, compuso dos epitafios dedicados á la memoria de los dos malogrados principes, y una elegía á Hilperico y Fredegunda, tan llena de alabanzas á los dos esposos, que el lector siente tanto disgusto en verlas escritas, como vergüenza por el poeta que se atrevió á estamparlas.—Vide THIERRY, loc. cit. —Notes justific.



nos de su madre, y llevada al monasterio de Poitiers, que embalsamaba con el olor de sus virtudes Radegunda la esposa repudiada de Clotario I.

34. No debía transcurrir mucho tiempo sin que se aumentara con otra nueva víctima el largo catálogo de las sacrificadas por la reina de Neustria. Ésta vez le tocó el turno al mismo que había sido dócil instrumento las más de las veces, espectador indiferente algunas, y cómplice inhumano otras de sus crímenes. Hallándose aquella cierto día en el baño, sintió una mano que se posaba con cariñosa familiaridad sobre su desnuda espalda. «¿Eres tú, Landerico?» exclamó con amoroso acento la esposa adúltera. Mas al volver la cabeza se encontró, no con el amante á quien por ventura aguardaba, sino con Hilperico, al cual aquellas imprudentes palabras revelaban que había quien compartía con él las caricias de su antigua manceba. Era preciso salvar á Landerico, que era ministro del rey. Pronto tuvo aviso del peligro que le amenazaba. Fredegunda tenía que escoger entre el esposo y el amante, y éste entre su muerte y la de su soberano. «Cierta día, dice el Turonense, que Hilperico volvía de la caza á su mansión real de Chelles, y en ocasión que había ya anochecido, al apoyarse en la espalda de uno de sus servidores para apearse del caballo, se acercó á él un hombre, y le hirió con un largo cuchillo debajo del sobaco, y reiterando el golpe, le atravesó el vientre. Y arrojando sangre con abundancia, así por la boca como por la herida, exhaló su alma inícuo. Hilperico, continua diciendo el prelado cronista, no había amado jamás á nadie, y de nadie era amado. En cuanto murió, abandonáronle todos los suyos. Únicamente el obispo de Senlis, Mallulfo, que hacía tres días que se hallaba en Chelles solicitando en vano una audiencia

del rey, en cuanto tuvo noticia de su muerte, acudió á su lado, lavó su cuerpo, vistióle como convenia á un monarca, pasó la noche orando por él, y al dia siguiente dispuso que fuese transportado en una barca á la iglesia de San Vicente (Saint-Germain-des-Prés), donde se le dió sepultura cristiana (1).»

35. Si bien este trágico suceso pasaba léjos de la alquería de Braine, sin embargo nos parece que no estará de más recordar aquí la especie de vision profética por medio de la cual, en presencia de aquella régia morada, habia anunciado el santo obispo de Alby, Salvio, las desgracias que habian de caer sobre la familia real de Neustria. «Despues del sínodo de que he hablado, dice Gregorio de Tours (2), habíame despedido del rey y me disponia á volver á mi palacio; mas no queriendo marcharme sin dar un abrazo á Salvio, fui en su busca. Encontréle en el patio de la quinta. Díjele que iba á volverme á mi iglesia, y habiéndonos separado un poco para hablar con más libertad: «No veis, me preguntó, »encima del techo de esta casa lo que veo yo?—Veo, le »contesté, un segundo cuerpo de edificio que el rey ha »mandado construir recientemente. —Y nada más?—Y »suponiendo que se chanceaba, añadí:—Si veis vos algu- »na otra cosa decídmelo.—A cuyas palabras exhalando »un profundo suspiro:—Veo, exclamó, la espada de la »cólera divina suspendida sobre esta casa (3).»

(1) GREG. TURON. lib. VI, § XLVI, p. 324.

(2) Habia sido reunido por órden de Hilperico para juzgar al obispo de Tours, Gregorio, victima de una calumnia ideada por Fredegunda para vengarse de él por el interés que habia manifestado en el concilio de Paris en favor de Pretextato. El resultado de aquella asamblea fué quedar declarada la inocencia del prelado del grave cargo que se le hacia, y ser condenados á muerte el subdiacono Riculfo y el conde Laudaste, autor éste y falso testigo el primero de aquella infame calumnia.

(3) Igitur cum valde post synodum memoratam Regi jam dicto, ad propria redire

36. Hilperico dejaba un niño de cuatro meses, que fué despues Clotario II. Frédegunda, quien con la muerte del rey quedaba sin defensa contra sus enemigos, comprendió la necesidad de buscar quien sirviese al tierno príncipe de amparo y ayuda; y el rey de Borgoña, el buen Gonthram, que se habia constituido en protector del hijo de Sigeberto, no tuvo inconveniente en serlo del de Hilperico. Más adelante fué preciso hacer reconocer la legitimidad, harto dudosa, del niño Clotario. Algunos obispos y trescientos nobles juraron, segun la costumbre germánica, que era realmente hijo de Hilperico; despues de lo cual ya nadie pudo legalmente dudar de su legitimidad. Con aquel juramento quedaba la madre absuelta ante la ley, aunque no lo quedase ante la historia, de toda sospecha de adulterio, y el príncipe, su hijo, libre de la mancha que con que hubiera afeado su reputacion y estorbado acaso su advenimiento al trono aquella sospecha.

## II.

37. Hilperico habia sido asesinado en 584. Poco tiempo ántes de su muerte la ciudad de París habia visto llegar al palacio de sus reyes una aparatosa embá-

---

vellemus, non ante discedere placuit, nisi hunc virum (Salvium) libátis osculis linqueremus. Quem quæsitum in atrio Brinnacensis domus réperi. Cui dixi, quia jam eram ad propria rediturus. Tunc remoti paululum, dum hinc inde sermócinaremur, ait mihi. Videsne súper hoc tectum quæ ego suspicio? Cui ego: Video enim super tegulum quod nuper Rex póni præcepit. Et ille: Aliud, inquit, non adspicis? Cui ego: Nihil aliud, inquam, video. Suspiciabár enim quod aliquid joculariter loqueretur. Et adjeci: Si tu aliquid magis cernis, enarra. At ille alta trahens suspiria ait: Video ego evaginatum iræ divinæ gladium súper domum hanc dependentem. GRÆD. TÜRÓN. lib. V, § LI, pág. 268.

ada que enviaba Leovigildo al objeto de pedir para Recaredo la mano de la princesa Rigonta, hija del monarca neustrasiano y de Fredegunda. No referiremos aquí los lances, ni las idas y venidas de embajadores enviados por uno y otro monarca, el visigodo y el franco, á que dió lugar el proyectado enlace que, por fortuna para nuestro príncipe, atendida la índole brava y la liviandad de que dió más adelante muestras aquella princesa, no llegó á verificarse: ni hablaremos de como fuéron violentamente arrancadas de las casas del rey, *domus fiscales*, un gran número de personas (1), para el servicio de la novia y mayor ostentacion de su poderío, separando al hijo del padre, y á la madre de la hija, con tanto llanto de todos, que fué comparado el que hubo á la sazón en la ciudad, dice el Turonense, al que en otros tiempos hubo en Egipto. Ni haremos tampoco especial mencion de las riquezas de oro y plata, y de la muchedumbre de objetos preciosos que le fueron dados por sus padres y por los leudes, y con los cuales pudieron llenarse, según el cronista francés, hasta cincuenta carros: ni de como por el camino fueron abandonando y despojando á la princesa franca de sus tesoros los mismos que le habian sido dados en su amparo y defensa, y que añadiendo el robo al saqueo, dejaron devastadas las comarcas por donde

---

(1) Los reyes, dice Guizot, poseían cerca y quizás en el interior mismo de las ciudades, lo propio que en los distritos rurales, un gran número de habitaciones ó dominios poblados por familias que no eran en realidad de condicion servil, pero que fueron cayendo en ella con el transcurso del tiempo, y á consecuencia de una serie de actos de violencia parecidos á los que en el pasaje de su obra, de donde hemos extractado estas noticias, refiere el Turonense. *Notas de la traduccion á la obra de éste.*—Véase igualmente la nota de la edicion de las obras del prelado cronista de Ruynart, pág. 321 y siguientes. Puede consultarse además en el apéndice n.º IV el olvidado pasaje y otros relativos á la historia de España, que hemos creído oportuno publicar, á fin de desvanecer algunas inexactitudes de pormenores en que han ocurrido varios de nuestros autores, incluso Lafuente, que han copiado á Romey.

pasaban: ni recordaremos, en suma, el completo abandono y aislamiento en que se vió cuando, encontrándose en Tolosa, llegó á su noticia la muerte de su padre; y su regreso al verse despreciada de todos, y no sabemos si desairada por el mismo príncipe que pidiera su mano (1). Pero como estos sucesos y los que vamos á referir, están asaz relacionados con los que son objeto de nuestro trabajo, y no han sido siempre, á nuestro humilde parecer, satisfactoriamente explicados ó referidos con la exactitud ó la imparcialidad debidos, creemos que nuestros lectores nos han de permitir que, apartando por breves instantes la vista del ensangrentado teatro donde se sucedían con espantosa rapidez y con toda la apariencia de aterradora pesadilla, las trágicas escenas que acabamos de indicar, y otras no ménos horribles, pero extrañas á nuestro asunto, que traen á la turbada fantasía el sombrío recuerdo de las que, segun las tradiciones de los pueblos germanos, tuvieron lugar en la córte de los Nibelungos, fijemos nuestra atención en la de nuestros monarcas visigodos, donde por aquellos tiempos se representaban otros dramas, que si bien no eran de mucho tan sombríos y repugnantes como los que tenían lugar en las moradas reales de la Neustria, debían, como aquellas, engendrar ódios de familia, servir de ocasion á banderías, producir guerras de pueblos, y ser causa de que un padre y un hijo desembainasen el uno contra el otro el acero, para terminar todo ello, después de seis años de sitios y tomas de ciudades, talas de campiñas, devastaciones, incendios y otros horrores, en la muerte de un hijo ordenada por él mismo que le diera el sér.

---

(1) Hállanse indicados la mayor parte de esos hechos en FLOREZ, *Reinas católicas*, t. I, pag. 11 y 12. Los narra con más detenimiento y exactitud, ROMKY, t. I, pág. 225 y 226, édic. de Barcelona.

36. No hay para que indicar que aludimos á las tristes desavenencias que tuvieron lugar entre Leovigildo y Hermenegildo, y que hubieran podido evitarse á haber escuchado la que de ellas fué causante los consejos de la prudencia; ó hácer que tuvieran un desenlace ménos horriblemente trágico á haber dado oídos el que salió vencedor de ellas á la voz de la piedad, ya que los tuvo cerrados á la de la sangre. No hay quien ignore, y nosotros lo dejamos apuntado ya, que Leovigildo, viudo de su primera esposa (1), de la cual tuvo

---

(1) No andan acordes nuestros historiadores sobre quien fuese la primera mujer de Leovigildo, si bien los más, y entre los modernos Romey y Lafuente, suponen haber sido Teodosia ó Teodora, hija del duque y gobernador de las comarcas que poseían en España á la sazón los bizantinos, Severino, llegando algunos hasta afirmar ser aquella señora hermana de S. Leandro. El P. Florez en sus *Reinas católicas* t. I, pág. 5, y más adelante en su obra de *La España sagrada*, t. IX, pág. 213, fué el primero que sepamos (\*), que adelantándose, no ya tan solo á dudar, sino á negar en aquella obra suya que hubiese sido Teodora la esposa primera de aquel monarca, aseguraba en la segunda, fundándose en la autoridad de Adon (\*\*), que fué Richilde hija de Hilperico y Fredegunda. Esta cuestión ha sido extensamente dilucidada en su *Historia crítica de la literatura española*, por el que fué nuestro amigo, el señor Amador de los Ríos, quien se colocó resueltamente, despues de examinadas y pesadas las razones de sus adversarios, al lado del docto agustino autor de aquellas dos obras.

Por respetable que sea la autoridad del P. Mtro. Florez, podemos admitir que no se conozca cual fuese el nombre de la primera mujer de Leovigildo, y hasta negar que se llamara Teodosia; pero no que fuese Richilde, hija de Hilperico y Fredegunda, apoyándonos para ello en los siguientes argumentos: Primero en el silencio de Gregorio de Tours y de Fredegario, tan diligentes en apuntar los sucesos pertenecientes á las familias reinantes en la Francia merovingia, y en especial del segundo, que no pierde ocasion de ensalzar á la rival de Brunequilde, hasta darla como inocente de casi todos sus asesinatos para atribuírselos á esta princesa. Segundo en el poco crédito que merece Adon, el cual escribió su crónica más de dos siglos y medio despues del tiempo en que acaecian los hechos relativos á los personajes en quienes nos ocupamos en este nuestro trabajo. Tercero porque en la época en que pone este cronista el casamiento de Leovigildo, Hilperico no estaba casado con Fredegunda (I, n.º 2), y no es probable que nuestro monarca, por más que todavia no lo fuera entonces, fuese á buscar para esposa una jóven nacida de adulterio; y en suma

(\*) Mariana que habia dado aquel hecho por cierto en el lib. V, cap. XI de su historia, manifiesta más adelante (lib. VI, cap. VII) dudar de él.

(\*\*) Este cronista decia en el año 564 de su *Chronicon*: «Leovigildus rex filiam Chilperici et Fredegundis, nomine Richildem duxit uxorem.»

dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, había vuelto á sentar en el trono de Toledo en 569 á Goisuinta, que lo ocupara ya ántes como mujer de Atanagildo. Hacia cosa de diez años que los dos esposos vivian en paz entre sí, y la madrastra con los hijos de Leovigildo, cuando movidos sin duda por razones de conveniencia política, ó acaso por el cariño que profesase aquella á su hija, pensaron en casar á Hermenegildo con Ingunda, que lo era de Sigeberto y Brunequilde. Ni Leovigildo, ni sobre todo su esposa, que tal vez seria más que él intolerante en materias de religion,—olvidando anteriores y no muy remotos sucesos, á saber las guerras que atrajo sobre la Península el enlace de Amalarico, arriano, con la católica Clotilde, hija de Clodoveo,—dieron toda la importancia que merecia á la circunstancia de ser también católica la princesa cuya mano destinaban para Hermenegildo; á ménos que creyesen que, atendida la escasa edad de la nóvia, que debia frisar á lo más en los trece años de su edad (1) en la época en que se celebró el matrimonio, le seria fácil á Hermenegildo ganarla á su creencia. Mas si tal presumieron no tardaron en ver fallidas sus esperanzas: que no la princesa franca fué la que renunció á la verdad por el error, sino Hermenegildo el que cerró los ojos á las tinieblas del arrianismo para abrirlos á la luz de los dogmas católicos; con

---

porque en el año, en que pone el mencionado cronista el casamiento de Leovigildo, Richilde, caso de ser verdad que fuese hija de Hilperico y Fredegunda, no podia haber llegado á la edad nubil, pues Hilperico, habia nacido en 543, en cuyo año ponen también los escritores franceses el nacimiento de la que, aunque de baja abstraccion, pasó de manceba á ser esposa de aquel monarca (\*).

(1) Habiéndose verificado en 566 el enlace de Sigeberto y Brunequilde y en 579, segun el Viclarensis, el de Hermenegildo con Ingunda, ésta debia tener de 12 á 13 años al dar su mano al principe visigodo.

(\*) BOUILLET, *Atlas d'Histoire et de Géographie*.—Histoire de France.—Les Merovingiens; II Tableau.

lo cual, Goiswinta, mujer, como la llama Mariana, de condicion brava, depuesto el cariño de abuela, para tan solo acordarse de que era madrastra y suegra, y olvidados el decoro y su dignidad de reina para solo tener presente que era arriana, dió principio á aquella série de malos tratamientos y persécuciones que, comenzando por sinsabores domésticos, separacion de voluntades y ódios dentro de la misma familia, acabaron por disidencias exteriores y guerras civiles. Harto conocidas son de todos aquellas luchas religiosas,—pues tal color les dieron los de uno y otro bando,—que ensangrentaron durante unos seis años las más ricas y bellas provincias de la Península, y que terminaron con la prision y suplicio en Tarragona del que era considerado cual representante del partido católico en la España visigoda. La Iglesia, perdonándole antiguos yerros á que fué arrastrado, más por las circunstancias que por inclinacion de su voluntad, ha colocado á Hermenegildo en el número de los mártires, ya que puesto en el durísimo trance de recibir la comunión segun el rito arriano ó entregar su cuello á la cuchilla, no dudó en preferir la muerte á la apostasia.

39. No ignoramos con cuanta diversidad ha sido juzgada la conducta de Hermenegildo. Muchos son los autores que, cerrando los oídos á toda disculpa, suponiendo que no puede haberla en el levantamiento de un hijo contra su padre, condenan severamente el proceder del príncipe visigodo. San Isidoro reprueba su levantamiento y le dá el epíteto de tirano (1). Gregorio de Tours se adelanta hasta acusarle, bien que sin pruebas, de que

---

(1) Hermenegildum deinde filium (Leovigildi) imperi sui tyranisantem, obsessum exuperavit. *Hist. Visogothorum*, cit. por A. de los Rios, t. I, p. 311.



buscaba, no tan sólo el medio de rechazar, sino hasta el de matar á su padre, «no sabiendo, el desdichado, añade, que el juicio de Dios amenaza al que anda en tales maquinaciones contra el que le dió el sér, siquiera sea éste hereje (1).» Sin embargo nos duele que Romey, á quien tanto debe nuestra historia, atendiendo más á sus prevenciones de sectario que á sus deberes de cronista, se ensañara tanto contra el hijo de Leovigildo, y pusiese tan grande empeño en deslustrar, ya que no podía arrebatársela, la esplendente corona con que ciñó su frente é inmortalizó su memoria el respeto de los hispano-romanos católicos á sus virtudes y á su cristiana constancia. Para el historiador francés Hermenegildo es un ambicioso vulgar que, más que á la de mártir, aspiraba á la corona de rey; un hijo desagradecido, perjuro á su monarca, y que no obraba nunca á impulsos de un verdadero celo religioso; sin echar de ver que si tanto le atormentaba la sed de poder y de grandeza, le era más fácil alcanzar uno y otra manteniéndose fiel á las creencias de su padre, que renegando de ellas; y que con esperar algunos años, pues no era la edad de Leovigildo para cansar la impaciente ambicion de un hijo, le seria dado ceñir con más seguridad aquella corona, que podia trocarse fácilmente en la del martirio al intentar recogerla del suelo en algun ensangrentado campo de batalla. Hasta llegó á hacerle un crímen que buscarse alianzas entre los bizantinos, francos y suevos, sin advertir que una vez convertidas en banderías y guerras las disensiones domés-

---

(1) ..... patrem ad se cum exercitu venire cognovit, consiliumque inuit qualiter venientem aut repelleret, aut necaret: nesciens miser iudicium sibi imminere divinum qui contra genitorem, quamlibet hæreticum, talia cogitaret. GREG. TURON. lib. VI, § XLIII, p. 319.

licas, y llevadas al terreno de la fuerza cuestiones que debieron haberse ventilado y resuelto ante el tribunal de la razón, era natural que cada partido, el católico y el arriano, pues eran ellos los que daban calor á la lucha, buscasen valederos donde quiera que pudiesen hallarles; y sin traer á la memoria de sus lectores, además de que fué el monarca visigodo el que primero desenvainó su acero contra su propio hijo (1), que lo que hacia éste lo practicaba por igual manera su padre, con la circunstancia ofensiva á su fama, y esta consideracion se ha escapado á la de todos nuestros historiadores á quienes hemos consultado, que Leovigildo, el esposo de la madre de la infeliz Galsuinda iba á buscar, acaso no de muy buena fé (2) y con una amistad más aparente que real,

---

(1) El Turonense que, como dejamos apuntado, tan severo se muestra con Hermenegildo, supone sin embargo haber sido Leovigildo quien empezó las hostilidades. Despues de hablar de la gran persecucion suscitada en el año 580 por Goiswinta contra los católicos, del casamiento de Ingunda con Hermenegildo y de la conversion de éste al catolicismo, añade: *Quod cum Leuvichildus audisset, cœpit causas querere qualiter eum perderet. Ille vero hæc intelligens, ad partem se Imperatoris jungit, ligans cum prefecto ejus amititias, qui tunc Hispaniam impugnabat. Leuvichildus autem direxit ad eum nuntios, dicens: Veni ad me, quia extant cause quas conferamus simul. Et ille: Non ibo, quia infensus es mihi pro eo quod sum catholicus. At ille datis prefecto Imperatoris triginta millibus solidorum ut se ab ejus solatio revocaret, commoto exercito contra eum. venit.*—Lib. V, § XXXIX, col. 248.

(2) No sin fundamento nos arrojamus á dudar de la buena fé con que fueron entabladas las relaciones entre los dos monarcas visigodo y franco. Las negociaciones para el casamiento de Recaredo con la hija de Hilperico debieron entablarse al poco tiempo de haberse roto las hostilidades entre Hermenegildo y su padre, pues por los años de 582 fueron enviados á España por Hilperico dos comisionados, á saber, Ansovaldo y Domegesilo, para saber la dote que, segun la costumbre germánica, señalaba el padre de Recaredo á la que debía ser esposa de su hijo. Sin embargo, no parece que debió darse mucha prisa Leovigildo en despacharles á gusto del monarca franco, dando por pretexto la guerra que á la sazón sostenia con su hijo, como así lo asegura terminantemente Gregorio de Tours. Más adelante, en 584, Leovigildo, á quien acaso convenia por aquel tiempo tener más propicio á Hilperico, le envió una embajada con ricos presentes para fijar la época en que debía celebrarse el proyectado enlace; pero cabalmente en la época señalada se les murió á los monarcas de Neustria un hijo, y dando por pretexto el desconsuelo en que aquella desgracia les

la alianza del monarca y de la feroz princesa á quienes tanto debia odiar la reina visigoda, y á pedir una esposa para Recaredo á los asesinos de la hija de Goiswinta; y una esposa que, siendo católica, ó debía manchar su alma y envilecerse con una apostasía, ó dar lugar á que se renovasen por tercera vez en la córte de los monarcas visigodos escenas de familia como las que eran á la sazón motivo de que anduviese tan turbado el reino.

40. Los reyes francos de Austrasia y Borgoña no consintieron que quedasen sin venganza ni la muerte de su pariente, el católico Hermenegildo, ni el cruel desamparo en que quedaban su desgraciada y jóven viuda y su tierno é inocente hijo. Childeberto y Gonthram lanzaron sus ejércitos sobre la Septimania, esa provincia goda fronteriza de los estados de éste, y para la cual consideraba el monarca borgeñon ser un baldon el que estuviese todavía en poder de los feroces visigodos (1), y

---

dejaba sumidos, propusieron á los enviados, que iban ya la vuelta de España, que en vez de Ringonta, darian á Recaredo la mano de la hija de Andowera, la desgraciada Basina, de que hemos hablado más arriba. No por haber fracasado este proyecto se interrumpieron las relaciones que entre las dos cortes de Soissons y de Toledo existian, ya que más adelante fué enviada otra embajada á Hilperico llevándole muchos presentes. Por esta vez, segun el testimonio del Turonense, obraba con miras interesadas. Halagaba al rey de Neustria, porque temia, dice el cronista, que Childeberto se moviese con su ejército para vengar la injuria de su hermana, que, preso su esposo Hermenegildo, se hallaba en poder de los bizantinos. Llegó por fin, despues de tantas dilaciones, tropiezos, é idas y venidas de embajadas, el tiempo en que debia llevarse á debido efecto el tan manoseado proyecto de matrimonio. Hemos visto como á consecuencia de la muerte de Hilperico la prometida esposa de Recaredo dió la vuelta desde Tolosa para reunirse con su madre Fredegunda, sin que el novio ni su padre lo tomasen á desaire, ni diesen pruebas de enojarse por ello; grave indicio de que eran otros móviles que el amor, los que habian aconsejado aquel enlace.—Nos hemos detenido á esclarecer este punto, porque haciéndolo llenábamos un vacío que notábamos en nuestras historias, ó-esplicábamos lo que algunos escritores, tales como por ejemplo, Romey, no dejaban más que indicado. — V. en el apéndice los pasages de Greg. de Tours relativos á estas negociaciones.

(1) Igitur Guntchramnus rex commoveri exercitum in Hispanias præcipit, dicens: Prius Septimaniam provinciam ditioni nostræ subdite, quæ Gallis est propinqua; indignum est ut horrendorum Gothorum terminus usque in Gallias sit extensus.— GREG. TURON. lib. VIII, § XXX, p. 309.

aquella rica comarca sufrió dos ó tres devastaciones como acostumbraban hacerlas los hombres del otro lado del Ródano y del Mosela, quienes en el manejo del hacha ó de la tea incendiaria no iban en zaga á los soldados de Atila y Genserico. Aquellas invasiones fueron victoriosamente rechazadas por Recaredo en persona, mientras vivió su padre, y por Cláudio despues que subió á ocupar el trono que dejara vacante la muerte de éste. Mas eso lo saben cuantos han hojeado siquiera nuestras historias, y por lo tanto, sin detenernos á hablar de ellas, cosa agena á nuestro propósito, ponemos aqui fin á esta parte episódica de nuestro estudio para reanudar el hilo de nuestro relato.

### III.

41. Durante el espacio de tiempo transcurrido entre los asesinatos de los dos monarcas hermanos Sigeberto é Hilperico, y mientras que la sanguinaria reina de Neustria llenaba de espanto esta porcion de Francia con los crímenes que dejamos apuntados, y otros muchos que pasamos en silencio por ser extraños á nuestro intento, Brunequilde, puesta su atencion en mayores empresas, y obrando más como soberana que aspira á realizar la monarquía hasta donde, segun sus ideas, debía ésta remontarse, que como mujer que, llevando el corazon preñado de agravios, limita sus propósitos á idear la manera de vengarlos, inauguraba y proseguía con inquebrantable constancia y con arrojo varonil su lucha con los leudes austrasianos en la cual

debía en verdad quedar vencida, pero de donde, además de la gloria de haberla intentado, debía sacar para el brillo de su nombre,—si con algunas manchas deslucido, con hechos de no escasa valía realizado,—fama de mujer de alto ingenio, y de soberana de levantados pensamientos, de vigoroso temple de alma, y de corazón animoso. Si en sus propósitos entró por más la ambición ó el egoísta placer del mando que el deseo del bien general; si trabajó más para satisfacer sus pasiones que para remediar los males de la sociedad en que vivía y prevenir los que amenazaban á Francia en lo porvenir, como arcanos que son de la conciencia solo de Dios conocidos, ni lo afirmaremos ni lo negaremos; pero sí diremos que de haber salido triunfante en la contienda con la nobleza empeñada; la raza varonil de Clodoveo no se hubiera extinguido, ahogada ó condenada al raquitismo por una aristocracia ambiciosa y fuerte, bajo las bóvedas de un monasterio.

42. Al penetrar la viuda de Sigeberto en su palacio de Metz, después de los sucesos que en otra parte dejamos bosquejados, halló sentado en el trono del que fué su esposo á su hijo Childeberto; pero aquel rey de cinco años no lo era, ni podía serlo más que de nombre. La nobleza austrasiana al levantar por monarca á aquel niño, contra el espíritu de la constitución franca, que daba á sus reyes por trono un escudo y por cetro una lanza, obraba únicamente en provecho propio, y con esperanza de mayores medros. Ella era la que gobernaba por él; la que haciendo de un empleo de palacio, de un destino de confianza un cargo político (1), había puesto á su

---

(1) Hasta entónces, dice M. Martin, el mayordomo de palacio había sido hechura del rey y su representante cerca de los leudes: la aristocracia austrasiana acababa

lado un ministro ó *mayordomo* hechura suya; ella la que, al volver Brunequilde al lado de su hijo, le regateaba la influencia que como madre y como reina viuda pudiese ejercer en el ánimo de éste y en el gobierno de sus vasallos, y la que arrojaba de la córte al nuevo esposo de su soberana, Meroveo, en quien debía ver un auxiliar poderoso al par que un temible enemigo para ella.

43. A su pesar, sin embargo, apoderase Brunequilde de la regencia (576), y nombra su ministro al romano Lupo: mas sintiéndose débil para luchar ella sola contra aquella nobleza ambiciosa y turbulenta, que la trataba, segun observa Thierry, como una extranjería sin derechos y sin poder; contra aquellos leudes semi-bárbaros siempre dispuestos á valerse de la fuerza, y rebeldes á todo yugo, y que si bien divididos en facciones rivales, hallábanse en todas ocasiones unidos en el ódio á su reina, hubo de aceptar, como un don preciosísimo para ella, la alianza con que brindaba á su hijo su cuñado el pacífico monarca borgoñon, quien sin hijos varones que pudieran sucederle, resolvió adoptar á su sobrino Childeberto. «Que un mismo escudo nos proteja y nos defienda una misma lanza,» dijo al sentarle en su trono (578): y desde aquel punto y hora quedó reconocido el hijo de Brunequilde como sucesor del monarca borgoñon (1). Y fuertes con esta alianza, los dos soberanos de las dos Francias del Este, reclaman de Hilperico, bien que sin resultado, la restitucion de la que á uno y á otro habia usurpado.

---

de hacer de él su representante cerca del soberano, y como el celador, ó por mejor decir, el fiscal de la monarquía. *Hist. de Francia*, t. II, p. 60.

(1) *Post hæc Guntchramnus rex ad Childébertum nepotem suum legatos mittit, pacem petens; ad deprecans eum videre. Tunc ille cum proceribus suis ad eum ve-*

44. Los leudes austrasianos vieron en esta alianza el triunfo de Brunequilde, y trabajaron en estorbarla. Hilperico, que acababa de perder á sus hijos, propuso instituir heredero suyo á Childeberto con tal que se separase de la amistad de su tío Gonthram. Los nobles, cediendo á las instigaciones del obispo de Reims, Egidio, vendido al monarca neustrasiano, aceptaron la propuesta (1). Brunequilde, á quien no se le ocultaba ni el objeto de aquella intriga, ni el origen, ni los fautores de la misma, se esforzó en desbaratarla. El romano Lupo, duque de Champaña, acusado por aquel prelado de ser el *hombre fiel* de Brunequilde, constituyóse en defensor de ésta, aumentando con ello el ódio de los nobles contra su soberana (581). Un día Ursion y Bertefriedo, sus principales enemigos, seguidos de una banda de ginetes, se arrojan sobre él y sus hombres de armas en las puertas mismas del palacio del joven monarca. Atraída por el tumulto, acude Brunequilde, en traje de guerra, *præcingens se viriliter*, y se interpone entre Lupo y sus asesinos. «A qué áttacar de esta suerte á un inocente? les grita. Oh! no empeñéis un combate que costaria la vida á tantos héroes.—Retírate, mujer, le contestó Ursion: bástete haber reinado en vida de tu marido. Tu hijo es ahora quien nos gobierna, y no tu tutela, sino la nuestra es la que salva su reino. Retírate, sino quieres

---

nit... Guntchramnus rex ait: Evenit impulsu peccatorum meorum, ut absque liberis remanerem (\*): et ideo peto ut hic nepos meus mihi sit filius. Et imponens eum super cathedram suam, cunctum ei regnum tradidit, dicens: Una nos arma protegat, unaque hasta defendat. Quod si filios habuero, te nihilominus tamquam meus ex his reputabo, ut illa cum eis, tecumque permaneat charitas, quam tibi hodie ego polliceor, teste Deo.—GREG. TURON. lib. V, § XVIII, p. 221.

(1) GREG. TURON. lib. VI, § IV, p. 273.

(\*) Gonthram tenia dos hijas llamadas Clodoberga y Clotilde; mas la ley sálica excluía á las hembras del trono.

verte aplastada bajo los cascos de nuestros caballos (1).»

45. Brunequilde tuvo que devorar en silencio el bárbaro ultraje, y aguardar resignada que llegaran para ella los tiempos de humillar á aquella altiva y ruda aristocracia, que añadía por boca de uno de los suyos al desacato la amenaza. Evitó sin embargo que llegaran unos y otros á las manos, y Lupo eludió huyendo las asechanzas que le tendían sus contrarios. Estos se apoderaron de sus riquezas, que llevaron, dice el Turonense, en vez de á las arcas reales, á las suyas.

46. En aquellos mismos dias el monarca neustrio, siempre aguijoneado por la ambicion y mal hallado con el descanso de las armas, creyendo poder contar con los socorros de los próceres austrasianos vendidos á su partido, metióse por las tierras de Gonthram; mas faltáronle aquellos socorros, y vencido en un encuentro, vióse obligado á sentar paces con su hermano. Hilperico conoció, aunque tarde, que no podía contar con sus auxiliares, los leudes de Austrasia, ni éstos con las fuerzas de este país. La soldadesca, el pueblo bajo, *minus populus*, del ejército de Childeberto, sublevóse de repente contra los duques y el obispo Egidio, acusados de vender el reino al monarca neustrio (2). Y á consecuencia de este

---

(1) Hæc illa loquente, respondit Ursio: «Recede á nobis, o mulier. Sufficiat tibi sub viro tenuisse regnum. Nunc autem filius tuus regnat, regnumque ejus non tua, sed nostra tuitione salvatur. Tu vero recede á nobis, ne te ungule equorum nostrorum cum terra confodiant.» GREG. TURON. lib. VI, § IV, p. 273.

(2) Hé aquí la dramática relacion de este hecho segun el Turonense: Nocte autem quadam commoto exercitu, magnum murmur contra Egidium episcopum et duces Regis minor populus elevavit, ac vociferari cepit, et publice proclamare: Tollantur á facie Regis qui regnum ejus venundant, civitates illius dominationis alterius ditionibus tradunt. Dum hæc et his similia vociferando proferrent, facto mane, adprehensio armorum adparatu, ad tentorium Regis properant, scilicet ut adprehensis episcopo et senioribus vi opprimerent, verberibus adficerent, gladiis lace-



movimiento, si provocado ó no por Brunequilde lo calla la historia, queda esta reina triunfante y robustecida la alianza entre la Austrasia y la Borgoña. Lupo, vuelto de su destierro, fué repuesto en su dignidad y en el favor de su soberano, y la nobleza austrasiana quedó herida por la mismas armas y los mismos medios con que pretendía socavar la influencia y el poder de su reina. Mas ni este triunfo de Brunequilde era definitivo, ni por él quedaba la aristocracia vencida para siempre.

47. La muerte de Hilperico (584), acaecida algun tiempo después de estos hechos, deja á Fredegunda en situación por demás parecida á la en que se encontró Brunequilde después del asesinato de su esposo. La Neustria cae de pronto en la anarquía, y su reina, sin más amparo en el presente ni más esperanza en lo porvenir que un niño de pocos meses, de legitimidad harto sospechosa, pero á quien nadie puede, al parecer con más derecho, disputarle la corona que ciñó Hilperico, vése abandonada de la mayor parte de la nobleza, excepto de unos pocos fieles tan criminales como ella, y á quienes su propio interés obliga á unírsele así en la próspera como en la adversa fortuna. Temblando por su existencia la que era hacia poco terror de las dos Francias, huye de Celles y vá á buscar un asilo en la catedral de París, abandonando sus tesoros, que fueron llevados á Meaux y entregados á Childeberto. Austrasianos y Borgoñones se preparan á vengar sobre la Neustria los agravios de su monarca recibidos, y Fredegunda sabe con espanto que su cuñado Gonthram marcha sobre

---

rarent. Quo comperto, sacerdos fugam iniiit, ascensoque equite ad urbem propriam tendit. At populus ille cum clamore sequebatur, proficiens post eum lapides, evomensque, convicia, etc. Lib. VI, § XXXI, p. 306.

París. En aquellos momentos debió acordarse que su rival Brunequilde, viéndose en situación no ménos apurada que la suya, había hallado apoyo y defensa para ella y para su hijo en el monarca de Borgoña, y contando con su bondad ó con su debilidad de carácter, resuelve ponerse en sus manos. «Venga mi señor, le dice, y tome posesion del reino del que fué su hermano. Tengo un niño que deseo confiar á su proteccion, y yo misma me someto á ella (1).»

48. Gonthram, despidiendo con palabras que la rudeza de los tiempos disculpa, á los mensajeros que á fin de recordarle sus antiguos pactos le había enviado Childeberto, ó en nombre de éste Brunequilde, acude al llamamiento de la viuda de su hermano, y se dirige á París, que le abre sus puertas. De otro que no fuera el monarca Borgoñon hubiera podido sospecharse que, al aceptar la tutela y defensa del hijo de Fredegunda, como había pocos años ántes aceptado la del hijo de Brunequilde, se constituiria en guardador interesado de las coronas de Austrasia y Neustria, para en ocasion propicia unir las á la suya. De él solo puede presumirse que obraba movido de sus nobles y piadosos sentimientos, y que dando al olvido antiguas ofensas, se acordaba únicamente de la debilidad de su sobrino y del abandono en que quedaba su madre. No debía pasar mucho tiempo sin que échase de ver que había sido vilmente burlado en su buena fé por su astuta y desagradecida cuñada. Por de pronto vió, sino romperse del todo, aflojarse el lazo

---

(1) *Fredegundis igitur, accepto consilio, legatos ad Guntclramnum regem mittit, dicens: Veniat dominus meus, et suscipiat regnum fratris sui. Est, inquit, mihi infans parvulus, quem in ejus ulnis ponere desiderans, me autem ipsam ejus humilio ditioni.* GREG. TURON. lib. VII, § V, p. 335.

de amistad que le unia con la Austrasia. Debía á los ojos de Brunéquilde aparecer como una defeccion; y hasta como una ofensa á los pactos de buena correspondencia y alianza que existian entre su reino y el de su cuñado el paso que éste acababa de dar en favor de su odiada rival y de su hijo; y dándolos por rotos, envia una nueva embajada á Gonthram para pedir, en nombre de Childeberto, que le fuese entregada Fredegunda (1). El borgoñon aplazó contestar á las pretensiones de su sobrino para un nuevo *mall* que debia celebrarse, y del cual hubiera podido salir una nueva guerra entre los tres reyes francos, tales fueron los insultos, amenazas y desacatos que se oyeron y presenciaron en aquella junta (2), ó no convenirles por entónces dar alguna tregua á la explosion de los rencores que se iban acumulando tiempo hacia en los pechos de todos, y en especial de Austrasianos y Neustrios.

49. Gonthram, sin embargo, cediendo á la opinion pública, creyó deber desterrar á Fredegunda á Reil, cerca de Ruan, donde la dejaremos preparando asechanzas contra la existencia de Brunéquilde y de su hijo, y urdiendo ó tomando parte en cuantas conspiraciones tramaban contra una y otro y hasta contra el monarca Borgoñon sus contrarios, para volver nuestra atencion á las córtés de Metz y Orleans, que más imperiosamente la reclaman.

50. Abatida la nobleza austrasiana á consecuencia

---

(1) Quibus discedentibus legati iterum Childeberti ad antedictum Regem veniunt, Fredegundam reginam requirentes, atque dicentes: Redde homicidam, quæ amitam meam suggilavit, quæ patrem interfecit et patruum; quæ ipsos quoque consobrinos meos gladio interemit: At ille: In placito, inquit, quod habemus, cuncta decernimus tractantes quid oporteat fieri. GRÆG. TURON. lib. VI, § VII, p. 336.

(2) Véase su descripción en Greg. de Tours, lib. VII, § XIV, p. 340 y sig.

del éxito desgraciado que tuvo la tentativa que dejamos más arriba apuntada, recibió un nuevo golpe cuando con la muerte de Wandelin (585), mayordomo de palacio nombrado por ella; se halló sin su jefe, y Brunequilde libre de toda influencia que pudiese contrariarla en la que ejercía sobre su hijo. Segun H. Martin la viuda de Sigeberto hizo que Childeberto, ya en edad entonces de secundar á su madre en sus propósitos, no eligiese ningun otro, con gran descontento de sus leudes; descontento que hábilmente explotado por Fredegunda, y aumentando el odio que abrigaban algunos de aquellos contra la reina, dió lugar á que se fraguasen en la corte de Neustria y en la suya de Austrasia las nuevas conspiraciones y tentativas de asesinato, ya no tan solo contra el monarca austrasiano y su madre, sino hasta contra el rey de Borgoña á que aludíamos en el anterior apartado.

51. Más casi al propio tiempo que Childeberto hacia perecer en los más crueles tormentos á los asesinos enviados por Fredegunda, que debian hundir en sus entrañas, y en su defecto en las de la viuda de Sigeberto sus shrama-saxas envenenadas por ella misma, expiaban con muertes horribles y en el intervalo acaso de pocos meses su deslealtad Gonthram Rosse, uno de los nobles más poderosos y turbulentos del reino; el altanero y feroz duque Rauching, de quien dice Gregorio de Tours que su crueldad pasaba de los límites de la maldad ordinaria, y hasta sobrepujaba los de la demencia; Ursion, el que habia amenazado á Brunequilde con poner sobre su cuerpo los cascos de su caballo, y Bertfred, al cual no salvó de la muerte el ser su hijo ahijado de la reina, acusados todos ellos de haber tomado parte en las conspiraciones que se urdian en el palacio de Neustria contra los soberanos de las dos Francias orientales. Y si bien

el rigor desplegado por Childeberto contra esos sus leudes; rigor que yendo algunas veces mas allá de los límites de la ley romana, de la cual se habia hecho Brunequilde en nombre de su hijo una arma para combatir á la nobleza y un escudo para la defensa de la monarquía, llegaba á los términos de la barbarie germánica, hizo que «temerosos del rey, como dice el prelado historiador, muchos austrasianos se retirasen á otras comarcas, perdiendo algunos hasta la dignidad de duques, que ocuparon en su lugar otros;» eran tales, sin embargo, los peligros que á uno y otro monarca, el de Austrasia y Borgoña, amenazaban, y tantas las asechanzas que á entrambos se tendian, que sintieron la necesidad de estrechar más y más la alianza que tenian de ántes entablada. Reuniéronse al efecto ellos y los nobles así eclesiásticos como láicos de ambos reinos en asamblea en Andelot (587), saliendo de ella el famoso tratado de este nombre (1), por el cual, además de confirmarse la sucesion al reino de Borgoña en favor de Childebertó, con asentimiento de los próceres de ambos reinos, se daban garantías de orden y seguridad á sus monarcas contra sus leudes, despojando á éstos del anárquico derecho de cambiar de señor cómo y cuando quisiesen, dándoles en compensacion el dé transmitir sus tierras por herencia (2); lo cual fué el primer paso dado hácia el sistema feudal, segun dice Duruy, aunque de escasa trascendencia por entónces; ya que, como advierte Guizot, no se generalizó aquel derecho, ni fueron muchos los que usaron de él hasta la época carlovingia.

(1) Véase en Greg. de Tours, p. 439 y sig.

(2) Entre los godos no fué establecida hasta el 640 por una ley de Chindasvinto, que dice así: Quod si etiam is qui hoc promuerit intestatis dicesserit, debitis secundum legem heredibus res ipsa successionis ordine pertinebit. *Lex Wisigot.* lib. V. t. II, § 2.

52. Pasaron algunos años en que Neustrios, Austrasianos y Borgoñones, encerrados detrás de sus respectivas fronteras, puesta la mano en el puño de sus aceros, y midiéndose con la vista, como dos enemigos que solo aguardan la voz del clarín que les llame á la pelea, parecia como que esperasen ansiosos que llegase el momento en que, trocándose en odios las mútuas desconfianzas (1) que abrigaban en su pecho sus monarcas, y que no habia logrado extinguir ni el comun peligro, ni el reciente tratado en los de Gonthram y Brunequilde, estallaran entre todos nuevas guerras. Mas no por esto consentian que estuviésen ociosas sus frameas, y mientras Childeberto llevaba sus huestes á Italia, de donde volvian escarmentadas y «sin botín,» Gonthram, que se habia propuesto vengar la muerte de su pariente Hermenegildo, hacia invadir la Septimania, que era entregada á sangre y fuego, para no recoger más que descrédito para él y descalabros para sus indisciplinadas bandas (2).

53. En esto llegó el término de los dias del que llaman las crónicas el buen rey Gonthram (593), y con él el principio de las nuevas luchas entre la Neustria y la Austrasia. Como siempre fué tambien aquella nacion, sino la primera que empuñó la terrible hacha de dos filos, la que por mano de Fredegunda arrojó la tea que debía

---

(1) En el espacio que media entre el tratado de Andelot y la renovacion de las guerras entre las dos Francias, habia tenido lugar una intriga de algunos nobles para enemistar, valiéndose de Septimina, nodriza de los hijos de Childeberto, á éste y á su madre; otra tentativa de asesinato por parte de Fredegunda contra aquel monarca, y el proceso del obispo de Reims, Egidio, quien, confesándose culpable de los delitos políticos que se le imputaban, fué degradado canónicamente y condenado al destierro. GREG. TURON. lib. IX, § XXXVIII; lib. X, § XVIII, lib. X, § XIX.

(2) Sobre las diversas invasiones de Gonthram en las tierras de los Visigodos, véase el Turonense, ps. 399, 454, y Romey, t. I, Cap. XIV y XV.

hacer estallar el incendio. La saña por tanto tiempo comprimida rompió sus diques y se derramó como devastador torrente engrosado por las lluvias.

54. La muerte del monarca de Borgoña hacia á Childeberto, nombrado por él su heredero, dueño de dos coronas, doblaba las fuerzas de la monarquía austrasiana, y ponía en manos de Brunequilde una multitud de poblaciones donde se conservaban en toda su fuerza los hábitos de la civilización romana y las tradiciones del gobierno imperial. En tales circunstancias la viuda de Sigeberto, secundada en sus proyectos por su hijo á quien nos describen las crónicas francas como mancebo de ánimo esforzado, de carácter enérgico y celoso de su poder, hubiera podido conducir á venturoso remate su propósito de levantar una monarquía fuerte y poderosa sobre los despojos de la vencida aristocracia, é ingertar, si vale decirlo así, la civilización galoromana en el robusto tronco de la semibarbarie teutónica, á no haber sido contrariada por su implacable rival, Fredegunda, que continuaba gobernando la Neustria á nombre de Clotario II, niño á la sazón de unos nueve años de edad. Segura del apoyo de una parte de la nobleza austrasiana, y aprovechando la ocasión de hallarse ocupados Childeberto y Brunequilde en recoger la herencia del monarca borgoñon, arrojóse á hacerles la guerra con igual saña y sanguinario furor que otras veces, renovando la por algún tiempo adormecida contienda entre la Francia romana y la teutónica. No faltan sin embargo escritores, bien que son los ménos, que suponen que no fué Fredegunda, sino su sobrino, en el cual la posesión de las dos coronas de Austrasia y de Borgoña habia aguijoneado el deseo y despertado la esperanza de añadir á ellas la de Neustria, quien primero

rompió las hostilidades (1); mas ora saliese de la Austrasia, ora procediese de la Francia occidental, la guerra, sañuda como lo era siempre entre los dos pueblos rivales, fué esta vez funesta á los Austrasianos. Estos fueron vencidos en la batalla de Trucy (593).

55. Childebarto murió tres años despues de aquel descalabro á los 26 de su edad, y sin haberlo vengado. Al poco tiempo siguióle al sepulcro su jóven esposa Fai-leuba, y una y otra muerte dieron que sospechar á muchos que habia penetrado en el palacio de Metz alguna mano vendida á la reina de Neustria (2). Childebarto dejaba al morir dos hijos, Teodeberto y Thierry (Teodorico), el primero de diez años, que heredó la Austrasia, y de nueve el segundo, que debia reinar en Borgoña y Or-

(1) Fredegario lo dice terminantemente: Eodem anno (el de la muerte de Gonthram, acaecida á los 5 de las calendas de abril), Quintrio (vel Vintrio) dux Campanensis cum exercitu in regnum Chlotharii ingreditur. Chlotharius cum suis obviam pergens hostiliter Quintrionem in fugam vertit, sed utriusque exercitus nimium trucidatus est.—FRED: *Chronic.*, pag. 601, § XIV.—Lo mismo afirma el autor de las *Gestas de los Reyes Francos*, Aimoin, el cual atribuye el éxito del combate á una estratagema ideada por Fredegunda, que estuvo presente en aquella batalla. He aqui como la refiere el monje cronista: «Al ver la reina lo numeroso que era el ejército enemigo, reunió á los cabos del suyo y les dió el siguiente consejo: Levantémonos de noche, y provistos de faroles, marchemos contra el enemigo. A fin de que sus centinelas no puedan vernos, los soldados de las primeras filas llevarán ramas de árboles y pondrán cascabeles á sus caballos. En cuanto amanezca nos arrojaremos sobre el enemigo y por ventura le venceremos. Pareció bien á todos el consejo, y que dó señalado el día del combate. El lugar donde debia darse era *Trucciacum* (hoy Troucey) en el territorio de Soissons. Obrando en conformidad á su consejo, Fredegunda se levanta de noche; los soldados empuñan las armas, y provistos de ramas de árboles, montan á caballo y marchan hácia el sitio señalado para la pelea: la reina llevaba en brazos al niño Clotario. Cuando los centinelas austrasianos vieron las ramas de los árboles y oyeron el ruido de los cascabeles, dijeron unos á otros:—¿Ese sitio no era ayer una llanura? ¿Cómo es que hoy se descubre en él un bosque?—Habreis bebido demasiado la noche pasada, contestaban los últimos riéndose, y el vino os ha turbado la razon: ¿no ois los cascabeles de nuestros caballos que pacen á lo largo de ese bosque?—Amaneció en esto, y arrojándose los Neustrios sobre los Austrasios con gran ruido de trompetas, mataron un gran número de ellos, etc.» (\*)

(2) Segun Paulo el Diácono, lib. 4, cap. 12, los dos esposos murieron atosigados. V. DUCHESNE, frag.

(\*) AIMOINI, hist. *Franc.*, lib. III.



leans, bajo la tutela uno y otro de su abuela Brunequilde, para quien aquella division de reinos, hecha segun la costumbre germánica y probablemente á pesar suyo, debia ser la causa principal, sino la única, de los males que cayeron más adelante sobre ella, y de los cuales fué víctima. Entre tanto su rival habíase apoderado de París y de otras ciudades á la manera de los bárbaros, dice Fredegario; y si bien aquella protestó á nombre de sus nietos, y apoyó sus reclamaciones con las armas, Austrasianos y Borgoñones fueron otra vez derrotados en la sangrienta batalla de Latofao (596), donde el hacha de dos filos de los Neustrios dió la sancion de la fuerza á la usurpacion de su reina. Y ésta, la sanguinaria Fredegunda, la que habia subido al trono pasando por encima del cadáver de Galsuinda; la que para sentar en él á su hijo habia hecho morir á los de su esposo; la que tanta sangre habia vertido, ni habia vacilado para satisfacer un deseo de venganza, que sobrevivió á siete años de destierro de su víctima, en manchar con la de un prelado las gradas del altar, murió, ¡inescrutables designios de Dios! á poco de haber logrado aquella victoria que aseguraba la corona en las sienes de su hijo, en medio de la embriaguez del triunfo y del bárbaro placer de ver humillada á su rival (597). ¡Cuánto nos duele saber en nuestro amor por la justicia y en nuestro entusiasmo por la poesía, que hubiéra un poeta, Fortunato, que manchase su pluma empleándola en sus alabanzas! (1)

56. Por la muerte de su madre quedaba dueño del cetro de Neustria Clotario II, niño de unos trece años de edad. Pocos ménos contaban los reyes de Austrasia y de Borgoña. Mas á nombre de éstos reinaba su abuela Bru-

---

(1) FORTUN, lib. 3, carm. I et seqqs.

nequilde, quien, desde la muerte de su rival, habia fijado su residencia en el palacio de Teodoberto, donde vivia, dice Lavallée, respetada de los papas, de los emperadores y de los reyes bárbaros, protegiendo las artes, construyendo caminos, fundando monasterios, esforzándose en destruir el culto de los ídolos y trabajando en la reforma del clero y en la conversion de los Anglo-sajones.

57. El fallecimiento de Childeberto, si por una parte dejaba acaso más libre el campo á la ambicion de la reina de Austrasia para gobernar á nombre de sus nietos, la privaba por otra de un auxiliar poderoso para contrarrestar á sus leudes, y ofrecia á éstos una ocasion oportuna para volver á sus antiguas pretensiones de alzarse con la gobernacion del reino, mientras no estuviesen los jóvenes príncipes en edad de tomarla en sus manos. Renuévase pues la nunca bien apagada lucha entre la aristocracia y Brunequilde, y de que ésta la sostenia con la firmeza de carácter y energía inquebrantables, de que tantas pruebas habia dado en los anteriores reinados de Sigeberto y de Childeberto, y que en vez de debilitarse, parecia aumentar y hacerse más ruda con los años, dan evidente testimonio, así la muerte del mayordomo de palacio Wintrion, á instigacion de la reina, dice usando de su acostumbrada frase el continuador del Turo-nense, como el rigor con que procedia contra los nobles que le eran hostiles, desposeyéndoles de sus bienes. Pero el combate era por todo extremo desigual para que no sucumbiera en él la parte más flaca. De repente y por una de esas transiciones bruscas tan comunes en los antiguos cronicones, y en el de Fredegario frequentísimas,

---

(1) Anno II regni Teodeberti, Vintrio dux, instigante Brunehilde, interficitur.  
—FRED. *chron.*, p. 602, § XVIII.

y sin dar pié á sospechar siquiera qué sucesos pudieron ocasionar tan repentino cambio, con fecha del año 599, que fué el mismo de la muerte del mencionado mayordomo de palacio, nos presenta el cronista borgoñon á Brunequilde, arrojada del palacio de su nieto por los Austrasianos, y amparada y recogida cerca de Arcis, en la Champaña, por un pobre hombre, quien á instancias suyas la llevó á la corte del otro nieto suyo Teodorico. Brunequilde, agradecida á tamaño favor, dice la crónica, se lo recompensó más tarde haciendo dar á aquel hombre el obispado de Auxerre (1).

58. Con arrojarla del lado de Teodeberto y obligarla á refugiarse al de Teodorico, los nobles austrasianos no habian hecho más que exasperar el encono que contra ellos debia alimentar la viuda de Sigeberto, y alejar de sí á su enemiga, pero no inhabilitarla para nuevos combates. Así pues Brunequilde proseguirá en el palacio del jóven rey de Borgoña su doble propósito de humillar la turbulenta aristocracia germánica y someterla al más ordenado régimen de las leyes y de la administracion imperiales, y desposeer de sus estados al hijo de Fredegunda. Encierra por de pronto en su pecho el rencor que debia abrigar contra su nieto el monarca austrasiano, sino autor, cómplice acaso de su desgracia, y en lugar de encender una guerra entre los dos hermanos, logra que concluyan un tratado de alianza, y los arroja á pelear contra Clotario II, á quien de batalla en batalla

---

(1) Este detalle es también de Fredegario. Mas contra la autoridad del cronista Borgoñon, enemigo declarado de Brunequilde, tenemos el testimonio de Concius, quien prueba que en el año 599 en que tuvo lugar aquel hecho, la silla episcopal de Auxerre estaba ocupada por Annachario, y que Desiderio, que le sucedió algunos años despues y murió en 625, era de nobilísima estirpe y hasta pariente de los reyes francos.—Vid. FREDEG. *Chron.*, p. 602, nota m.

lanzan aquellos hasta los pantanos del Escalda, y le obligan á que les ceda toda la parte de sus estados que se extiende entre el Loira y el Sena (1). Otra batalla ganada más de cinco años despues cerca de Etampes pudo hacer concebir á Brunequilde, dice Chevalier, la esperanza de que iba á ver anonadada para siempre la maldita raza de Fredegunda, cuando la no esperada defecion del monarca austrasiano dió en tierra con sus proyectos de venganza, y malogró para ella el fruto de cuarenta años de afanosa contienda. Aconsejado por sus leudes, que en la ruina de Clotario II veian el triunfo definitivo de Brunequilde, Teodoberto sentó paces con el jóven soberano de la Neustria (2).

59. Brunequilde hubo de devorar en secreto el agravio interin se preparaba á vengarlo. Mientras su nieto Teodorico contaba los años de su reinado por los bastardos que engendraba en sus concubinas (3), proseguia ella su lucha contra los nobles, y sembraba en el corazon de su nieto contra su hermano ódios de que habia de nacer más tarde la guerra entre ellos y las dos Francias del Este. De que sostenia con igual constancia la primera nos da una prueba el cronista borgoñon cuando, al mencionar el nombramiento de Protadio, «romano de origen,» y con quien, con el sobrado manifiesto propósito de lastimar la fama de aquella princesa, supone que compartia su lecho, dice que pretendiendo humillar á la nobleza se la enagenó; pero que no debia á la sazón ser aquella muy viva y enconada lo revela su misma crónica, ya que su autor, sin embargo de no dejar pasar ocasion

---

(1) FREDEG. *Chron.*, p. 603, § XX.

(2) CHEVALIER, *hist. du moyen âge*, V<sup>me</sup>. leçon.—FREDEG., p. 606, § XXVI.

(3) FREDEG. *Chron.*, § XXI, XXIV, XXIX.

alguna de acusar con fundamento ó sin él á la reina de Austrasia, no consigna en ella en el espacio de cuatro años más acto de violencia que la muerte del patricio Agila, «condenado, dice, por instigacion de Brunequilde, sin más motivo que el de su codicia y á fin de que pasaran sus bienes al fisco (1).»

60. Mas hé aquí que llegó el dia en que los ódios sembrados en los corazones de sus dos nietos dieron su natural fruto, y Brunequilde vió cumplidos, para su mal, sus deseos de que estallara entre ellos la guerra. «Arroja, le decia de continuo á Teodorico, si hemos de dar crédito al cronista borgoñon; arroja tu ejército contra Teodeberto, que no es hijo de tu padre, sino de un jardinero (2).» Desenvainóse la espada de Borgoña contra la Austrasia, pero en cuando se vieron en presencia el uno del otro, los dos pueblos se tendieron las manos, depusieron sus enojos, y de tanta amenaza y de tanto aparato de guerra no resultó más que una víctima, el que con más calor la excitaba, Protadio, que fué asesinado en la tienda misma de su rey.

61. Brunequilde no debió sin embargo darse por vencida; ni hubo de ser muy cabal el triunfo por sus contrarios alcanzado, ya que al poco tiempo ponía al lado de su nieto otro mayordomo, tambien de origen romano, como lo declara su nombre latino de Cláudio, al cual no acierta Fredegario á poner otro defecto que el ser en demasia obeso; y supuesto que al año siguiente castigaba el asesinato de Protadio en sus

---

(1) Et Agila patricius nullis culpis exstantibus, instigante Brunechilde, ligatus interficitur, nisi tantum cupiditatis instinctu, ut facultates ejus fisci adsumeret.— Ibid. p. 603; § XXI.

(2) FREDEG. *Chron.*, p. 607, § XXVII.

principales autores Unsileno, á quien le fueron cortados los piés y confiscados sus bienes, y Wolfio, que fué condenado al último suplicio (1). Y que por este tiempo no debia inquietar á la princesa austrasiana ningun recelo de verse turbada en su provechoso sosiego por parte de su sobrino el rey de Neustria, nos lo da á entender por indirecta, pero evidente manera la crónica de Fredegario, cuando á continuacion del pasaje en que habla del doble castigo impuesto á aquellos dos nobles, refiere que aquel año una concubina daba á Teodorico otro hijo á quien sostuvo en las santas fuentes bautismales Clotario II, y se puso por nombre Meroveo.

62. Vivian entre tanto en amistoso concierto los dos hermanos reyes de Austrasia y Borgoña, si por obra ó á despecho de su abuela lo calla la historia, cuando un insulto gravísimo por el libertino monarca borgoñon á una noble princesa inferido, estuvo á punto de atraer sobre él y sobre su pueblo los horrores de una guerra de raza. Hé aquí en que términos refiere Fredegario este suceso, que por estar relacionado con la historia de nuestros monarcas visigodos traducimos al pié de la letra: «En el año duodécimo del reinado de Teodorico (del 607 al 608), éste, que debia frisar en los 21 de su edad, envió embajadores á Witerico, rey de España, para pedirle en matrimonio la mano de su hija Ermemberga. Los enviados juraron al monarca visigodo que el suyo no arrojaría jamás á su hija del trono, y mediante este juramento

---

(1) Anno XII regni Theoderici Uncilenus, qui ad mortem Protadii insidiosé fuerat locutus, instigante Brunechilde, pede truncati, de rebus expoliatus ad debilitatem perductus est.

Vulfus patricius, idemque Brunechilde instigante consilio, qui in mortem Protadii consenserat, Fauriniaco villa, jubente Theoderico occiditur... FREDEG. Chron., p. 608, § XXVIII, XXIX.

les fué entregada la princesa, que presentaron en Chalons á Teodorico, quien la recibió con grande alegría.» El cronista no habla de regocijos, ni de mútuo obsequios, ni de regalos de boda. El drama que con tanto lacónismo narra no tiene más que principio y desenlace. «Por intrigas de su abuela Brunequilde, dice la crónica, Ermemberga no llegó siquiera á compartir el tálamo nupcial con Teodorico, y fué enviada de nuevo y sin sus tesoros á España al cabo de un año (1).» Fredegario, como se ve, atribuye, segun su costumbre, á intrigas de Brunequilde el repudio de la princesa visigoda (2). En la última parte de estos estudios procuraremos demostrar el ningun fundamento con que lanza acusacion tan grave al rostro de la viuda de Sigeberto. Lo que sí es verdad que á tamaño insulto Witerico llamó á la venganza á medio mundo bárbaro. Clotario de Neustria, Teodoberto de Austrasia y Agilulfo de Italia, haciendo suya la causa del ultrajado monarca visigodo, se aprestaron para lanzar sus feroces huestes contra la Borgoña; mas aquella tempestad, que amenazando estragos iba á desplomarse sobre este reino, se desvaneció como ligera niebla. «Teodorico supo, añade el cronista, apartar de la coalicion á su hermano y... Dios no permitió que el propósito de los aliados, que era destronar al rey de Borgoña, se realizara (3).»

(1) FREDEG. *Chron.*, p. 608 y 609, § xxx.

(2) Hé aquí como explica Mariana el repudio de la princesa visigoda. «La causa no se sabe, dado que corrió fama que el rey Teodorico fué ligado para que no pudiese tener ayuntamiento con aquella doncella, por arte y hechicería de sus concubinas, á las cuales era dado demasiadamente..... aunque otros lo atribuyen á astucia de Brunequilde.»—Tom. II, p. 261; edic. de Valencia.—El mismo Mariana atribuye la caída de Witerico al disgusto con que miró la nobleza visigoda que no vengase la afrenta hecha á su hija. «Con esto, dice, el rey comenzó á ser menospreciado de los suyos y á brotar el odio que en sus corazones largo tiempo tenían encerrado.»

(3) FRED. *Chron.* Ibid.

63. En el mismo año en que Teodorico negaba su lecho por demás manchado con sus liviandades á la princesa visigoda, su hermano Teodeberto compartía tálamo y trono con una mujer de humildísimo linaje, llamada Blichilde, que su abuela, dice Fredegario, había comprado á unos mercaderes. Este enlace fué causa de graves desavenencias entre las dos córtes de Austrasia y Borgoña. O que Brunequilde se sintiera ofendida en su orgullo de reina y de mujer al ver envilecida por la que ahora la ceñía la diadema que en otros tiempos había ella llevado; ó que mirase como una ofensa á su amor propio el amor que á su nueva soberana profesaban los Austrasianos, á quienes indemnizaba, añade aquel cronista, del menguado talento, que en otra parte califica de imbecilidad, de Teodeberto (1); ó fuese en suma que la advenediza quisiera disimular, mostrándose altiva,—achaque comun de los que se levantan del polvo,—la bajeza de su origen, ello es que estalló entre las dos reinas un ódio irreconciliable que se tradujo en insultos y amenazas, y que vino acaso á apresurar la explosion del ódio que entre los dos reyes hermanos existía.

64. Por entónces y con uno ó dos años de intermedio tuvieron lugar el martirio del Sto. obispo de Viena, Didiero, y la lucha de Teodorico con San Columbano y su destierro, atribuidos por Fredegario á Brunequilde. No ha de haber apelacion del terrible fallo por este cronista fulminado, y tan sin exámen por muchos de los escritores posteriores á él como justo recibido? Será aquella reina sola, en el caso de que resultara probado que tuvo parte en uno y otro hecho, la que deba res-

---

(1) FREDEG. *Chron.*, cap. xxxv.



ponder de ellos ante el inexorable tribunal de la historia? Suplicamos á nuestros lectores que suspendan su juicio hasta ver las principales piezas del proceso, y que nos sigan, si es que les queda paciencia para ello, hasta la última parte de este trabajo, donde nos proponemos esclarecer, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, este asunto con todos los datos que nos sea dable reunir y con la mayor imparcialidad posible.

65. Despues de haber hablado de los insultos que, con grave ofensâ de la magestad, se lanzaban mutuamente al rostro las dos princesas, Brunequilde y su nuera, pasando en silencio hechos que serian para él de escasa monta, y que para nosotros hubieran sido la clave per la cual hubiéramos venido en conocimiento de las causas de los que pasa de repente á referir, Fredegario nos presenta á Teodoberto invadiendo y devastando la Alsacia, «á la manera de los bárbaros»; disponiéndose á celebrar en Seltz un *mall* con su hermano, á fin de fijar amigablemente las fronteras de sus respectivos reinos; y á éste huyendo lleno de terror ante la actitud amenazadora de Teodeberto, que le salia al encuentro en son de guerra al frente de numerosa hueste, y asegurándole por un tratado arrancado por el miedo, no tan solo la posesion de la provincia que acababa de invadir, sino permitiéndole además que se apoderase del país de Sungaw, de la Thurgaw y de la Champaña (1), objeto esta última comarca de continuas reclamaciones de parte del monarca ó de la nobleza austrasiana.

66. De regreso á su palacio de Metz, Teodeberto renovó en él una de las tragedias tan frecuentes en los

---

(1) FREDEG. *Chron.*, p. 616 § xxxvii.

de Soissons y París en los tiempos de Fredegunda. Des-  
hízose por el puñal,—la causa no se sabe,—de su muger  
Blichilde, y dió mano de esposo y título de reina á otra  
jóven llamada Theudichilde (1). Permítasenos recordar  
de paso que en aquel palacio no tenia por entón-  
ces entrada la influencia de la abuela del monarca.  
Teodorico habia regresado tambien á su morada de Or-  
leans, henchido el corazon de rencores, y llena la mente  
de proyectos de venganza contra su hermano, que aca-  
baba de arrebatarle tan sin motivo ni derecho una  
buena parte de su reino.

67. Prepárase pues para la guerra, comprando la  
alianza de Clotario, cediéndole el ducado de Den-  
telin, y una vez seguro de ella, métese, devastándolas,  
en las tierras del usurpador de las suyas. La campaña de  
Toul presenció la derrota del ejército austrasiano. Su  
monarca huye, y Teodorico se lanza en persona en su  
seguimiento; y atravesando, sin dar á su cuerpo y á sus  
tropas más que el preciso descanso, el territorio de Metz  
y las montañas de los Vosgos, llega hasta Colonia. En  
medio de su marcha le sale al paso Leonise, obispo de Ma-  
guncia (2), «quien tenia en tanta estima el valor de Teo-  
dorico, como aborrecia la imbecilidad de Teodeberto.»  
Cual en otra ocasion San German, no iba, ministro de  
paz, á aconsejar la moderacion, sino por el contrario á en-  
cender más las iras del Borgoñon, á cuyo objeto le cuenta  
la siguiente fábula: «Un lobo subió á una montaña, y  
como viese á sus cachorros que habian comenzado á

---

(1) Fredegario dá cuenta de uno y otro hecho con estas brevisimas palabras  
Eo anno (xv regni Theodorici, ó sea 610) Bilichildis a Theudeberto interficitur. Theu-  
debertus puellam, nomine Theudichildem, accepit uxorem.—Ibid.

(2) Fredegario le dá los dictados de *sanctus et apostolicus vir*.

cazar, llamóles á sí y les dijo: hasta donde puedan alcanzar vuestras miradas no tenéis ningun amigo, como no sea los de nuestra propia raza. Id, pues, y acabad lo que habeis comenzado (1).»

68. En Tolbiac alcanzó á su hermano, que habia logrado reunir un improvisado ejército compuesto de Sajones, Turingios y otras tribus transrenanas. Empeñóse una nueva batalla; y tan brava fué la arremetida y tan sangriento el choque que los cadáveres, dice el cronista, no teniendo dondê caerse, permanecian en pié, sosteniéndose unos á otros (2). Teodoberto huyó de nuevo, pero esta vez tuvo la desgracia de caer, junto con su hijo y sus tesoros, en manos de los enviados en su seguimiento. A la victoria siguió el fratricidio, y á éste la usurpacion de la corona de Austrasia, que no tuvo escrúpulo Teodorico en asegurar en sus sienes deshaciéndose de los hijos de Teodoberto. De aquella matanza únicamente logró escapar con vida uno, á la sazón todavía muy niño. Horroriza la indiferente frialdad con que refiere el cronista borgoñon el suplicio de uno de ellos. «Cogióle un soldado por los piés, dice, estrellóle contra una roca, y habiéndole destrozado el cráneo, le hizo exhalar el alma (3).»

69. «Brunequilde, dice un escritor francés (4), veia por fin realizados sus proyectos. La reunion en una sola mano de todas las fuerzas de Austrasia y Borgoña, iba á

(1) FREDEG. *Chron.*, p. 618, § xxxviii.

(2) Ibi enim tanta strages ab utroque exercitu facta est, ut phalanges in ingressu certaminis contra se preliantes, cadavera virorum occisorum undique non haberent ubi reclinata jacerent, sed stabant mortui inter cæterorum cadavera stricti quasi viventes.—Ibid.

(3) FREDEG., *Ibid.*

(4) CHEVALIER, *Hist. du Moyen age*, Lecc. v.

permitirle satisfacer su venganza sobre el hijo de Fredegunda,» con tanta más razón cuanto que era éste el que provocaba á la sazón al nieto de la viuda de Sigeberto á nuevos combates. Sobre reclamaciones del ducado de Dentelin, precio, como queda dicho, de la alianza entre los monarcas de Neustria y de Borgoña, rómpese la paz entre ellos. Teodorico llama á sus hombres de armas á la guerra, pero en el punto y hora en que se disponía á invadir la Neustria, muere poco ménos que repentinamente en Metz (1). A los que acusan, que los hay, de esta muerte á Brunequilde, nos contentaremos con recordarles que ningun labrador se deshace del hacha de que se sirve para derribar el árbol cuya sombra le perjudica, ni á ménos de haber perdido el juicio, se corta el que va resuelto á la pelea el brazo que ha de servirle para manejar la espada.

70. A la noticia de aquella inesperada muerte disuélvese el ejército; y Brunequilde que se hallaba en Metz con los cuatro hijos de Teodorico, no queriendo esta vez sujetarse á la costumbre germánica de los repartos, que tan funesta habia sido á sus nietos y á ella, en ocasion que tiene delante de sí un enemigo poderoso, que se adelanta armado de la terrible hacha de dos filos contra las desguarnecidas fronteras de sus estados, «esfuérase, dice la crónica, en sentar al mayor de aquellos, por nombre Sigeberto, en el trono de su padre (2).»

71. Pero entre tanto Clotario entrábase, favorecido por la traicion, por las puertas de la Austrasia, que acababan de franquearle los leudés enemigos de la anciana

---

(1) Ipso quoque anno (613) jam exercitus contra Chlotharium adgradiebat, cum Theodericus Mettis profluvio ventris moritur.—Ibid., p. 620.

(2) Sigibertum in regno patris instituere nititur. Ibid.

reina. Al verse abandonada de los suyos acude en demanda de auxilio á las tribus de allende el Rhin, pero los mensajeros, desleales á su soberana, se venden ó se pasan al enemigo. Varnacario, su mayordomo de palacio, conspira igualmente contra ella, y cual único medio de evitar su castigo, arrojase á nuevas traiciones y excita á los mismos pueblos, con cuya alianza creia poder contar su reina, á que se unan á sus contrarios. «Los nobles de Borgoña, los obispos como los leudes, advierte el cronista borgoñon con mal disimulada complacencia, y cual si se tratara de una grande hazaña ó de un hecho digno de loa; los nobles, temiendo y odiando á Brunequilde, tuvieron consejo con Varnacario para que no escapara ninguno de los hijos de Teodorico, y fuesen muertos todos junto con su visabuela, y entregado su reino á Clotario. Y así se hizo (1).»

72. El jóven monarca Sigeberto, ó porque ignorase la traicion, ó porque creyera asegurar mejor el triunfo poniéndose al frente de los suyos, sale con su hueste contra Clotario, que se adelantaba ya á su encuentro. Las dos Francias, la oriental y la occidental, se encontraron de nuevo frente á frente en las márgenes del Aisne. Mas esta vez léjos de combatirse, los próceres de la primera pusieron, á trueque de satisfacer su venganza, la independencia de su patria á los piés de los caballos de sus enemigos. Por este camino se les facilitaba llegar al cumplimiento de su antigua amenaza de poner á su reina bajo los cascos de los suyos. Los leudes borgoñones y austrasianos abandonaron villanamente el campo de batalla y tomaron la vuelta de sus países, proclamando al monarca

---

(1) FREDEG., p. 621. § xli.

de Neustria rey de Francia. Los hijos de Teodorico fueron entregados al vencedor, y por éste todos ménos Mero-veo, su ahijado, al puñal de sus sicarios. Brunequilde fué alcanzada en su fuga y llevada á la presencia de Clotario, quien le echó en cara los asesinatos de Sigeberto, Mero-veo, Hilperico, Teodeberto y su hijo Clotario, Mero-veo, Teodorico y sus tres hijos, total diez víctimas entre monarcas y príncipes. Si Fredegario no fué el autor de esta absurda acusacion, dando oídos á sus ódios de raza más que á sus deberes de historiador, en cambio no se tomó el trabajo de desmentirla. Y sin embargo es evidente que ninguna de aquellas muertes puede atribuirse á la hija de Atanagildo (1).

73. Por lo demás tales acusaciones en boca del hijo de la autora de casi todos aquellos asesinatos, y á la mayor parte de los cuales debia él la corona que ceñia, tiene todas las apariencias de un bárbaro sarcasmo. Clotario acreditó que corria por sus venas la sangre de Hilperico y Fredegunda. Sin respeto al parentesco que con su víctima la unia, ni á su condicion de reina, ni á su ancianidad,—Brunequilde debia frisar en los 70 años,—despues de haber ordenado que fuese atormentada por espacio de tres días con diversos suplicios, la entregó, montada en un camello, á los groseros insultos de la soldadesca. Atada finalmente, por orden suya, por los cabellos y por un pié y un brazo á la cola de un caballo, fué despedazada en la carrera y por las coces del

---

(1) Le Cointe (Coincrus, *Annal Eccléc. Franc.*) se ocupó, como dejamos apuntado en otra parte, en defender á Brunequilde de los crímenes que le imputan Jonas y Fredegario, y sobre todo de los asesinatos de sus parientes de que le acusa el cronista de Borgoña. Para nosotros la mejor defensa es la misma enormidad de la acusacion, el ningun fundamento de ella y la simple exposicion de los hechos.

fogoso bruto, dice Guizot (1), á la vista de los feroces espectadores de tan inhumano suplicio (2).

74. El de Brunequilde fué, no un castigo, sino una venganza: una venganza de Clotario II, que satisfacía de una vez en la princesa vencida los odios de familia en que hubo de educar su corazón su sanguinaria madre, y los agravios personales que de la reina abuela de Teodoberto y Teodorico había recibido: una venganza de la nobleza austrásiana y borgoñona contra la que por espacio de cuarenta años había puesto á su ambición un dique, que nunca logró destruir, y un freno, que jamás le fué dado romper, á sus feroces y turbulentos instintos; y que había trabajado con inquebrantable constancia y esfuerzo varónil en someter á la civilización romana la barbarie germánica. Cuando los torrentes se precipitan desbordados y furiosos por las cortadas laderas de los montes, aportillan y se llevan por delante los robustos paredones, que son más que bastante resistentes para contener y encauzar sus aguas cuando éstas corren sosegadas en su cauce ordinario. Si á Brunequilde le hubiese sido dado leer en lo porvenir, hubiera visto que para doblar la cerviz de aquellos rudos sicambros á las leyes y á las instituciones que quedaban todavía en pie del derruido imperio romano, ó lo que es lo mismo, para realizar su grande obra, debían ser necesarios un siglo y medio de luchas y los sucesivos esfuerzos de tres grandes

---

(1) *Hist. de France, racontée a mes petits-enfants*, p. 169.

(2) A continuación de la narración del suplicio de Brunequilde hace Fredegair el siguiente elogio de Clotario: «Iste Chlotarius patientiæ deditus, litteris eruditus timens Deum, ecclesiarum et sacerdotum magnus munerator, pauperibus eleemosynam tribuens, *benignum se omnibus et pietate lenum ostendens*,» etc., § XLII, fol. 623. El que así ensalzaba los sentimientos compasivos del hijo de Fredegunda, pudo en su juventud ser testigo del suplicio de Brunequilde.

ingenios y tres enérgicas voluntades, á saber, de Pepino el Breve, de Cárlos Martel y de Carlo-Magno; y aun esto sin lograr dejarla sentada sobre bases sólidas y que la asegurasen una existencia dilatada. Mas no adelantemos juicios y apreciaciones que tendrán su lugar y su natural desenvolvimiento en la última parte de este estudio. Bástenos recordar á nuestros lectores que no siempre las divinas ordalias, si se me permite la imágen, tienen su cabal y debido cumplimiento aquí bajo: y sin entrar en juicios con Dios, como temerariamente lo hacian los parientes y amigos de Job, ni debemos creer que Fredegunda fué mejor de lo que la juzgaron los hombres, porque el cielo permitió que acabase sus dias en un tranquilo lecho, ni que fué Brunequilde más criminal que ella, porque quiso el Señor que espirase en tan feroz suplicio. Una y otra princesa comparecieron á su tiempo ante el tribunal de Dios. Allí se las hizo justicia. ¿Se la ha hecho tambien completa á la segunda el tribunal de la historia? Esto es lo que principalmente nos proponemos averiguar, despues de haber expuesto brevemente en la segunda y tercera partes de nuestro trabajo, los hechos en que ha debido fundar aquella su fallo.

## SEGUNDA PARTE.

---

75. Es ley de critica histórica, no por vulgar de ménos precio, y no por ser de todos sabida ménos puesta con harta frecuencia por muchos en olvido, que para juzgar con acierto á cualquiera de los personajes que



son considerados como tipo ó representacion de un estado social determinado, y que ejercieron por consiguiente más ó ménos marcada influencia en los sucesos del siglo en que vivieron, es de absoluta necesidad conocer el carácter general de aquel estado social ó de aquel siglo; con más, si aspiramos á dar por acabado el retrato que de ellos tracémos, los móviles que les impulsaron y las circunstancias que contribuyeron á que echasen por tál ó cual derrotero para el logro de sus propósitos. Conviene, sin embargo, no caer en la exageracion de la regla, ó en su abuso al aplicarla; como con menoscabo de la moral se hace con sobrada frecuencia: porque por grandes y poderosas que sean las influencias con que el mundo exterior obre en el hombre considerado como sér racional y responsable, siempre le queda bastante desembarazada la inteligencia para conocer el bien y la voluntad con la libertad necesaria para encaminar el alma hácia él y moverla á practicarla; ó lo que es lo mismo, nunca será tal la fuerza de aquellas influencias que, ofuscando su razon y avasallando su libre alvedrío, le eximan de la responsabilidad de sus actos. Con las corrientes de ciertas ideas, hábitos ó preocupaciones, tanto en el órden político como en el moral, acontece lo mismo que con las corrientes de aguas en el mundo físico; y por igual manera que el árbol de récio tronco y de raices profundas resiste á las grandes avenidas de los desbordados torrentes que vienen á estrellarse en él con atronador murmullo, así tambien los hombres de mente sana y voluntad inquebrantable, indicios y causas de firmeza de carácter, saben mantenerse erguidos y sin que turben aquella, ni tuerzan la segunda las inficionadas y poderosas corrientes contra las cuales luchan. Y de ser esto verdad es evidente testimonio el que siempre,

aun en las épocas de mayor corrupcion y donde las corrientes del mal han sido al parecer más irresistibles, ha habido quienes, á la manera de los añosos robles en las grandes avenidas, han levantado pura la frente por encima de ellas; quienes, como Noé, desarmarian la ira divina y serian considerados cual él dignos de salvarse en el arca, el dia en que el Criador, de nuevo arrepentido de su obra, quisiese anegarla bajo las aguas de otro diluvio.

76. Esto supuesto y recordando, para más precisar nuestro concepto y explicarlo con un ejemplo, que la sociedad y el siglo que contemplaban horrorizados los crímenes de Fredegunda, eran los mismos que aspiraban gozosos el olor de santidad con que embalsamaba Sta. Regunda su claustro, fácilmente adivinarán nuestros lectores que al bosquejar, como nos proponemos hacerlo, el cuadro del estado moral de la sociedad franco-galo-romana en los tiempos en que vivió Brunequilde, no lo hacemos con el propósito de disculpar los actos de esta, cuando sean merecedores de censura; lo hacemos sí para hallar en las circunstancias en medio de las cuales vivió, la explicacion de los medios que le fué preciso emplear para vencer las resistencias que la contrariaban en la realizacion de sus designios: lo hacemos porque lo consideramos necesario para la más perfecta apreciacion de la pintura del estado político y social de la Francia, que nos proponemos bosquejar más adelante, para por ella mejor juzgar los actos de la viuda de Sigeberto. Pero no por eso renunciarnos á las ventajas que, á fin de que sea más ajustado á la razon y á la justicia nuestro fallo al constituirnos en jueces de los hechos realizados por ella, puede ofrecernos el cotejo de lo que esta princesa fué y lo que era la sociedad en la cual vivia: que no lleva-

mos el rigorismo de nuestro principio hasta negar que el mal general, ya que no disculpe, atenue el individual: que como en los contagios físicos, en los morales más ó ménos sienten todos la influencia de la enfermedad reinante, aunque no todos sean víctimas de ella; ó, para valernos de otro ejemplo, que le sucedè á los personajes históricos como á los que representa un buen pintor en un cuadro, quienes reciben su luz del horizonte dentro del cual se supone que se mueven.

77. Aunque por los hechos que en la primera parte dejamos ligeramente apuntados, pueden haber colegido nuestros lectores el estado moral de la sociedad y del siglo en que tenían lugar, todavía no son bastantes, á nuestro ver, para que hayan formado exacto concepto de él; ya que pudieran haberlos estimado más bien como una excepcion, que cual la cabal y perfecta expresion de dicho estado; sino que además nos falta, para por ello medir con más exactitud los grados de moralidad de la sociedad que los presenciaba, conocer el efecto que en ella causaban; ó lo que es lo mismo apreciar la reciprocidad de ideas y de sentimientos que existia entre los actores del drama á cuyas variadas peripecias y terrible desenlace hemos asistido, y los que fueron sus espectadores. Hay más aun, y es que abrigamos la conviccion de que si preguntáramos á nuestros lectores qué concepto tienen formado del estado de Francia en el período histórico á que pertenecen los personajes y los hechos en que acabamos de ocuparnos, la mayor parte de ellos, sino todos, suponiéndoles algo versados en los estudios históricos, nos contestarían describiéndonosla por ventura mucho más adelantada en su cultura intelectual, mucho ménos ruda en sus costumbres de como nos la pintan las crónicas.

78. Y natural es, que así suceda. Además de que el hombre al juzgar las edades que fueron, ó no alcanza, ó tan solo alcanza imperfectamente á desprenderse de sus ideas, de sus sentimientos y del modo de ver, que aun sin darse razon de ello, en él produce la atmósfera moral y política donde vive, por igual manera que en las diferentes edades de su existencia no acierta á comprender que no piensen los demás como él, ó no tengan inclinaciones y gustos idénticos á los suyos; existe en el mismo una cual innata tendencia á suponer que las transformaciones sociales se realizan en mucho ménos tiempo del que realmente tardan en verificarse; y de ahí que cuando ha de ocuparse ó fijar su atencion en las épocas en que tienen lugar aquellas transformaciones, como acontece en el caso presente, da por verificado el cambio cuando éste dista mucho todavía de haber logrado su completo desenvolvimiento, y por consiguiente se figura un estado social mucho más perfecto que el de donde aquel arranca.

79. Y esto no tanto depende de la situacion de ánimo en que pone al lector ver desfilar los sucesos y los personajes por delante de su fantasía con una rapidez que no le deja espacio para medir el tiempo que pasa, ni para ver como se verifican las mudanzas de las perspectivas históricas, permítasenos la expresion, que sin cesar se van ofreciendo á su vista; cuanto, las más de las veces, de la aficion de muchos historiadores á trazar grandes cuadros,—y las transformaciones sociales se prestan admirablemente á ellos,—cuadros en que se busca el efecto más que la verdad, y donde por consiguiente se suprime el detalle, de suyo más característico, pero de ménos efecto óptico, para dar lugar al grupo principal, ó que más debe cautivar la atencion del que lo cõtemple, con lo cual

el lector queda, es cierto, agradablemente ilusionado, pero no sólidamente instruído; ó si se quiere se forma la idea de un hecho general, pero no de las circunstancias que apresuraron ó entorpecieron su desenvolvimiento, ni de las sucesivas transformaciones que sufrió, ni del tiempo, —factor principal en los acontecimientos históricos que no se puede ni se debè perder un momento de vista,— que tardaron aquellas en verificarse.

80. Chateaubriand, y sirva este ejemplo de confirmacion á lo que dejamos expuesto, termina sus *Estudios históricos* con el siguiente cuadro, digno del pincel de un Cornelius ó de un Kolbach: « Despues que se hubo desvanecido el polvo que se alzaba al paso de tantos ejércitos y por efecto del derrumbamiento de tantos monumentos; despues que se hubieron disipado los torbellinos de humo que se levantaban de tantas ciudades incendiadas; cuando hubo la muerte puesto término á los gemidos de tantas víctimas, y cesó el ruido de la caída del coloso romano, vióse una cruz, y al pié de ella un mundo nuevo. Algunos sacerdotes sentados en los escombros con el Evangelio en la mano resucitaban á la sociedad en medio de los sepulcros, bien así como Jesucristo volvía á la vida á los hijos de los que habian creído en él (1).» ¿Quién embargada la fantasía por tan magnífica pintura no creerá que iba en efecto á nacer de pronto un nuevo mundo para el Evangelio á la voz de aquellos sacerdotes, por igual manera que á la de Jesús se transformaban de repente en fieles servidores suyos el publicano y la Magdalena? Y sin embargo, cuánto tiempo habia de transcurrir antes que la sociedad, saliendo de aquel caos, ostentase á

---

(1) *Etudes historiques*, t. I, p. 282, ed. Didot.

los rayos del sol su faz rejuvenecida, y que los hombres abriesen sus inteligencias y su corazón á los rayos de luz, á los manantiales de saludables aguas que brotaban de aquel libro divino? Qué de generaciones habian de sucederse ántes que la religion del Crucificado, vencedora del paganismo, al ménos en las ciudades, hubiese arrojado sus últimos restos de las aldeas y de los bosques, y cambiado, penetrando hasta su alma, á aquellos incultos moradores de las selvas transrhenanas que habian de acudir dóciles y por tribus á recibir el agua del bautismo que derramara el sacerdote católico sobre su frente, pero que no debian conocer ó debian conocer muy imperfectamente por el momento el alto precio del beneficio que recibian, del divino sello con que acababan de ser marcados, de los altos destinos á que eran llamados?

81. Fuerza es pues convenir, y los hechos no dejan lugar á la duda, que la transformacion por la cual pasaron los pueblos que habian estado en lucha constante con Roma, y que debieron ser instrumentos de su ruina, fué por todo extremo laboriosa y lenta, cual lo es siempre el paso del mal al bien, de la barbarie á la cultura; como lo son constantemente las revoluciones, donde no es tan sólo la sociedad, sino tambien el hombre quien se renueva. Gusano de cuerpo pesado y de frágiles alas de insecto desde que en la persona de Adán perdió las de ángel al pié del árbol del Eden, el hombre se siente más dispuesto á arrastrarse que á volar; le es más fácil descender que levantarse; y en suma, mientras que sin esfuerzo alguno logra seguir marchando por los derroteros hácia donde le llevan la costumbre y sus instintos, vese obligado á entablar tenaz y duradera batalla, de la cual no sale en todas ocasiones triunfante, para adelan-

tar por sendas para él desconocidas, y de las cuales le brindan de continuo á salirse las dificultades que le salen al paso, lo no usado del camino, y la repugnancia que siente siempre á violentar hábitos ya arraigados y pasiones que, por lo viejas, forman en él como una segunda naturaleza. Y hé aquí porque si penetramos en el fondo de las sociedades bárbaras en el momento en que están pasando por el período de su transformación, á vueltas de algunos cambios en las costumbres, en su estado político, en sus relaciones exteriores, y hasta en sus creencias, que no pasan, por decirlo así, de su corteza, encontramos al hombre tal poco más ó ménos como lo dejamos en el momento en que comenzó aquella á realizarse, ó cuando más con ligeras modificaciones que nos indican la lentitud con que se va dicha transformación verificando, así como en ciertas plantas, algunas señales apenas perceptibles, nos revelan las alteraciones que en ellas se van pausadamente sucediendo.

82. ¿Qué extraño pues, siendo esto verdad, que encontremos tanta rudeza, tantos de sus fieros instintos en los pueblos que invadieron las antiguas provincias del imperio romano, aun mucho espacio de tiempo despues de haberse establecido en ellas, y de estar sometidos á la influencia poderosamente civilizadora y divinamente moralizadora del cristianismo? Y concretándonos más al que es especial objeto de este nuestro estudio, si las tribus godas, quienes por su frecuente y prolongado roce con la civilización romana debían haber perdido no poco de su antigua selvaticidad, conservaban todavía, siglos despues de haber acampado en las comarcas de acá del Danubio y dentro de las tierras del Imperio, sus instintos de ruda independencia, de rapiña, de ferocidad, ¿cuál sería el estado de barbarie en que se hallaría el pueblo

franco, ramá á la sazón recientemente desgajada del tronco germánico, y arrojada más recientemente aun sobre el país de los Galos por aquel huracán misterioso que hacía estremecer las antiguas selvas del septentrion, para lanzar en revuelto torbellino á sus incultos moradores sobre el caduco mundo romano?

83. Ruda, sí, por demás ruda era la raza que después de haber abrevado por algún tiempo sus potros en ambas márgenes del Rhin, habíase derramado, haciéndose dueño de él, por el suelo de las Galias; y si bien se encontró en éstas con una civilización adelantada, y se sometió dócil á recibir sobre su cabeza el agua del bautismo, ni aquella, que al pegarle algo de su cultura le comunicó el emponzoñado virus de su corrupción, debía ser poderosa á cambiar de repente sus costumbres; ni era ésta bastante eficaz en general, sin un milagro de la gracia, á borrar de una vez y en breve espacio sus groseros instintos y los feroces hábitos que de sus agrestes moradas traían. Créese generalmente que el cristianismo obró con extraordinaria eficacia sobre los pueblos germanos, en cuanto la semilla de la divina palabra, se dice, caía en terreno bien preparado para recibirla (1). Error gravísimo. Los Germanos, y en especial los Francos, eran en lo general y con escasa diferencia en los tiempos que vivieron entre ellos Gregorio de Tours, Procopio, Fredegario, etc.; es decir, más de un siglo después que se derramaron sobre las provincias del Im-

(1) «Il fallait à l'innocence de l'Évangile, dice Chateaubriand, l'innocence des hommes sauvages.» Pura antítesis, exclama Dubois Guchan en su estudio sobre Tácito; los bárbaros que invadieron el imperio romano, fueron para él terribles azotes, puesto que saqueaban, profanaban y destruían, pasándolo á fuego y sangre, todo cuanto encontraban al paso.



perio, lo que en el siglo de Tácito; y es sabido que éste cuando no retrata como artista, ó no escribe como romano bajo la impresion tristísima que debia producir en su ánimo el afflictivo espectáculo de la corrupcion de su patria, los pinta crueles, vengativos, codiciosos, vanidosos, turbulentos, ligeros, dados al vino y al juego, y dispuestos, en fin, á todo linaje de crímenes y de excesos.

84. No es nuestro propósito trazar un cuadro completo del estado moral de la Galia en el siglo que siguió al de su conquista por la tribu franco-sálica. Tanto como de jactanciosa tendria de risible nuestra pretension, si cayéramos en la tentacion de abrirla, despues de los notabilísimos y sabrosos trabajos que acerca de la civilizacion franco-galo-romana en los siglos VI y VII han dado á luz escritores del vecino imperio, de tanto renombre y saber como Guizot y Thierry, y en especial este último en sus *Leyendas merovingias*. El fin á que tendemos es y debe ser, como nuestro, más modesto. Aspiramos tan solo á entresacar del gran cuadro trazado por Gregorio de Tours, dibujante exactísimo y afortunado colorista, por ventura sin que él mismo lo sospechara, algunos de sus rasgos más característicos, á fin de trazar con ellos un ligero esbozo que baste á dar una idea del asunto que pintó él en toda su verdad y con sorprendente riqueza de pormenores.

85. Es innegable que cuando los Francos se arrojaron en son de guerra y con propósito, en aquella ocasion, de no soltar su presa una vez dueños de ella, sobre las ricas comarcas que se extienden desde el Rhin hasta los Pirineos y el Océano, debian hallarse con escasa diferencia en el mismo estado de barbarie en que los conoció el historiador latino; ya que debieron contribuir muy poco á despojarlos de su natural rudeza las relacio-

nes, casi siempre hostiles, que habian tenido hasta entonces con los Romanos. Acampados á uno y otro lado de aquel rio, invasores y triunfantes hoy, vencidos y lanzados más allá de sus riberas al dia siguiente, los bárbaros habian podido conocer tan sólo de la civilizacion imperial lo que de ella se reflejaba en los campamentos, que por entonces no tenian de romanos casi más que el nombre; y no hay para que decir que nunca han pasado estos por escuela de cultura, ni de levantados instintos, ni de humanitarios sentimientos, sobre todo cuando lo que movia á la sazón á las legiones no era la voz de la patria, sino el anhelo del botín y la codicia de la paga. Púedese por lo tanto afirmar sin exageracion, que hasta en tiempo de Clodoveo no se pusieron los Francos en contacto inmediato y constante con la civilizacion romana y con el cristianismo, únicas fuerzas morales, bien que muy desiguales en su eficacia, que podian cambiarles.

86. Mas este cambio, ya se le considere como efecto de la cultura del pueblo que acababan de someter, ora como resultado de la acción moralizadora del cristianismo, debia verificarse, permítasenos que lo repitamos, con lentitud, y hasta de una manera incompleta y en cierto modo perjudicial, en lo que dependia de la primera de las dos causas indicadas. No hay que recordar á nuestros lectores á que espantables abismos de corrupcion habia descendido la sociedad romana en los últimos siglos de su existencia; en que tenebrosas simas de errores filosóficos y religiosos andaban perdidas las inteligencias; y un pueblo sin virtudes, sin fé, sin dignidad política, degradado por la más brutal servidumbre, mal podía dar lecciones de moral y de elevacion política á bárbaros, á quienes, si la faz exterior de aquella civilizacion en lo que tenia de brillante podia sedu-

circles y excitar en ellos el deseo de imitarla, debía, en lo que tenia de corruptor y de conforme con sus instintos, arrastrarlos á dejarse contaminar por ella. Y así sucedió en efecto; y en las páginas de Gregorio de Tours, y en las de no ménos sabor poético y de más atractivo de las *Leyendas merovingias* de Thierry, hallarán nuestros lectores numerosísimos testimonios que deponen de ello.

87. Así, pues, lo que más hubo de contribuir á modificar, á cambiar por último, al bárbaro, á hacer que depusiese sus viejos instintos para amoldarse á nuevos hábitos; que dejase de ser el sanguinario adorador de Odin para, en mayor ó menor grado de perfeccion, someterse á la moral crisiana fué esta nueva religion. Mas si aún el que ha nacido en su seno y que pasa la mayor parte de su vida sometido á su bienhechora influencia, tarda por lo comun años y años, si no le ayuda la gracia, en hacerse digno del nombre de cristiano, ¿qué extraño que el germano que con escasa preparacion las más de las veces recibia el agua del bautismo; que tenia que luchar con antiguas costumbres y arraigadas preocupaciones; que de la nueva religion que acababa de abrazar no comprendia más, por decirlo así, que su parte exterior, la letra de su doctrina, no su espíritu, viviera y obrara con harta frecuencia mas en conformidad con los rudos y semi-salvajes instintos, propios de su raza, que con los divinos preceptos y santas prácticas de la nueva fe, que en tan abierta oposicion estaban con aquellos?

88. Y no se crea que neguemos que el cristianismo obrase en muchas ocasiones de una manera eficaz y en muchos casos hasta rápida en la inteligencia y el corazon de aquellos hombres. Aun sin tomar en cuenta los milagros de la gracia, que el Señor se complace en multipli-

car en ciertas épocas de la vida de los pueblos, de cuánta eficacia no debían ser la santidad de la moral evangélica, los esplendores de su culto en las grandes solemnidades del catolicismo, y sobre todo el ejemplo de las heroicas virtudes de tantos y tantos confesores como ilustraron en aquellos tristísimos días los claustros y las sillas episcopales, para que no pocos, así galo-romanos como francos, aspirasen y lograsen hacerse dignos del título de cristianos que llevaban. Las leyendas de los santos, casi única pero abundante literatura de aquellos siglos, son un evidente testimonio de esto; como lo es, y por ventura de más valor histórico, el hecho de la prodigiosa multiplicación de los monasterios, así de hombres como de mujeres, sobre todo después que S. Benito de Nursia redactó su famosa regla para los monges de Monte Casino, y que llegaron á elevarse, únicamente en Francia, á la sorprendente cifra de doscientos treinta y ocho.

89. Y sin embargo, lo repetimos, la sociedad franca conservaba la mayor parte de la levadura de barbarie que trajera de las selvas de la Germania, y de ahí que, hasta en lo que cristiana tenía, se advirtiese con mucha frecuencia unidas en confusa mezclanza las nuevas verdades con sus antiguas preocupaciones ó con las que se le habían pegado del moribundo paganismo: se echase de ver repetidísimas veces cuan mal comprendían los preceptos de la moral evangélica, y que idea tan mezquina y equivocada se habían formado de los dones espirituales. Abundan por desgracia los testimonios que lo prueban.

90. Las devastaciones de los Francos habían dejado huellas espantosas en las comarcas que habían sido víctimas de ellas, y un terrible recuerdo en la memoria de los hombres y en las páginas de las historias. Fueron acaso ménos bárbaras después que humillaron su cerviz

al yugo de los preceptos de paz y de caridad evangélicas? Cada vez que habla el santo obispo de Tours de guerras y movimientos de ejércitos, tiene que consignar en sus libros talas de campiñas, incendios de edificios, devastaciones de iglesias y monasterios, profanaciones y robos de vasos sagrados, asesinatos de religiosos y violaciones de vírgenes consagradas al Señor; y para no citar más que un ejemplo, nos permitiremos recordar los estragos causados por las hordas de Hilperico en la guerra contra Sigeberto de que hablamos en la primera parte (n.º 14) de este nuestro estudio.

91. El mismo historiador que atribuye á las frecuentes profanaciones de personas y objetos santos á que daban ocasion las guerras el sinnúmero de plagas con que eran azotados los pueblos, «*et adhuc obstupescimus et admiramur cur tantæ super eos plagæ irruerant* (1),» toma pié de ello para lamentarse de que los príncipes á la sazón reinantes, depredadores de las iglesias, destructores de monasterios y enemigos de los sacerdotes, no se parecían en nada á sus antecesores convertidos al Señor por las predicaciones de sus ministros, á quienes escuchaban y obedecían sumisos; que levantaban todos los días nuevos templos á los cuales dotaban y enriquecían con abundantes limosnas. Y como si creyese que más que á las amonestaciones y á los ejemplos debían ceder aquellos espíritus turbulentos, aquellos corazones avezados al espectáculo de la sangre y á las lágrimas de sus víctimas, al terror de las venganzas divinas, refiere á continuación,—y de este linaje de relatos están llenas las vidas de los santos de aquellos

---

(1) Gonthram atribuía á la misma causa los réveses sufridos en una de sus guerras contra Leovigildo.—Lib. VIII, loc. cit.

tiempos,—que habiendo saqueado en una ocasion una horda de enemigos el monasterio de San Martin, una veintena de ellos que no *temian á Dios ni á su santo confesor*, y que habian entrado á saco el sagrado recinto, matando á varios de sus monjes y robando sus tesoros, al descender por el rio, á una sacudida brusca de la nave, cayeron sobre sus lanzas y espadas, muriendo atravesados por ellas todos ménos uno que no habia tomado parte en el horrible sacrilegio (1). De esta suerte la leyenda poniendo los lugares consagrados á la religion bajo la inmediata proteccion del santo á quien estaban dedicados, rodeándolos, como de un muro, de los terrores religiosos que el poder de su santo patrono debia infundir en aquellas almas á quienes, si por una parte estimulaba á la práctica del bien el temor de Dios, arrastraban por otra al mal sus brutales instintos de crueldad y rapiña, hacia que fueran á veces respetados las iglesias y monasterios, únicos asilos que ofrecian entónces alguna seguridad, así á los que huian para siempre de las agitaciones y sobresaltos de la vida, como á los que se acogian á ellos en busca de un abrigo momentáneamente, é interin talaban y devastaban sus campos y sus hogares algunas de aquellas hordas que valoraban la importancia de sus correrías, no tanto por los triunfos alcanzados, como por el botin en ellas recogido.

92. Ni eran solamente las guerras las únicas ocasiones en que los lugares consagrados al culto, ó á la mortificacion y el retiro hallábanse expuestos á los insultos y profanaciones de aquellos hombres, para quienes era todavía débil freno la ley moral evangélica.

---

(1) GREG. TUR., lib. IV, *ibid.*

Las crónicas y las vidas de los santos nos ofrecen repetidísimos ejemplos de que las moradas del Señor eran con frecuencia campo de batalla de enconados bandos, teatro de sangrientas venganzas, y testigos de los más repugnantes excesos, cometidos no pocas veces hasta por aquellos á quienes brindaban con un asilo seguro é inviolable contra los rigores de la justicia humana, ó los ódios de los poderosos. En una ocasión con motivo de haber sido acusada cierta mujer de adulterio, su padre se comprometió á sostener con juramento sobre las reliquias de San Dionisio mártir, en su iglesia de París, la inocencia de su hija. Mas como sus contrarios persistiesen en su acusacion, afirmándola tambien con juramento, fiaron por fin á la fuerza el fallo del dudoso asunto, promovándose un altercado en el templo, que convirtieron en teatro de sus venganzas, «quedando regado con sangre humana, dice el obispo historiador, el suelo de la santa basílica (1).»

93. Frédegunda, segun dejamos apuntado en la primera parte (n.º 30), no vaciló, á fin de satisfacer antiguos rencores, en manchar con la sangre del obispo Pretextato la misma sagrada ara donde celebraba su víctima el santo sacrificio (2); y para no citar más que un solo ejemplo de profanaciones cometidas dentro de las mismas iglesias por los que se aprovechaban del derecho de asilo, que les habia sido concedido por la asamblea de Orleans del año 511, el conde Leudaste, cuyas aventuras han sido objeto de dos de las leyendas merovingias de Thierry, por ser uno de los personajes en quien y en

---

(1) Lib. V. § 33.

(2) *Ibid.* Lib. VIII, § 31.

cuyos hechos se refleja mejor el carácter de su época; el conde Leudaste organizaba dentro de su mismo asilo de San Hilario de Poitiers, á donde se habia refugiado huyendo de la venganza de Hilperico y de su iracunda esposa, en union con otros proscritos allí acogidos, algunas bandas, que, saliendo de vez en cuando de su retiro, asaltaban y pillaban las casas de la ciudad, para derrochar despues en comilonas, en el juego y en liviandades, al rumor de continuas disputas y blasfemias, el fruto de sus rapiñas (1).

94. Y cuánto no pudiéramos decir de los atropellos, crueldades, violaciones y robos cometidos, no tan solo por los gobernadores de las ciudades y los nobles, en algunas ocasiones por prelados pertenecientes á la raza vencedora y que debian sus dignidades, más que á su saber y virtud, unas veces á manejos y actos simoníacos, otras á su elevado rango; sino hasta por los mismos moradores de aquellas, que debemos suponer reclutados en su mayor parte en la raza galo-franca, y por consiguiente más cultos! El Turonense dice de la administracion y gobierno del citado Leudaste en su ciudad episcopal, á que fué destinado por Cariberto, que fué un castigo del cielo á que se habia hecho acreedora por los pecados de sus habitantes, tales y tan numerosos fueron los robos, y atropellos y adulterios que cometió durante su mando (2). De Rauklin, duque de Soissons, de quien dijimos en otra ocasion que habia entrado en un complot para asesinar á Hildeberto y reunir la Austrasia á la Neustria, y al cual llama el prelado cronista: «hombre lleno

(1) THIERRY, *Rec. Merov.*—GREG. DE TOURS, V, 50.

(2) Post hæc peccatibus populi ingruentibus cornes Turonis destinatur, etc. Lib. V, § XLIX.



de vanidad, orgulloso, malvado hasta el exceso y extraño á todo sentimiento de compasion,» refiere aquel que al hacerse alumbrar por un esclavo, segun era costumbre en los palacios, le obligaba á sostener la vela con las piernas desnudas hasta que, consumiéndose ésta, quemaba sus carnes, gozándose entónces en las lágrimas que le arrancaba el dolor, y mandando matarle á hierro si se meneaba ó movia de su sitio (1).

95. «La vida del leude franco, dice Thierry, lo era de independencia feroz y turbulenta, sin nada que recordase en ella la dignidad del patriciado romano, ni hiciese presentir las costumbres caballerescas que debian brillar más tarde en las cortes feudales;» brutal con su esposa, á quien no defendian ni la debilidad de su sexo, ni la santidad de los lazos conyugales; cruel con sus súbditos y sus siervos y codiciosos de las riquezas ajenas, que no se avergonzaba en adquirir asaltando á los viajeros en los caminos, entrando á saco los lugares y robando las iglesias. Qué extraño pues que el pueblo, ó movido por tales ejemplos, ó acosado por el deseo de volver violencia por violencia, rapiña por rapiña, asaltase tambien en los caminos á sus robadores, y cual lo hicieron en una ocasion los habitantes de cierto pueblo del Berry con los tesoros que llevaba robados el conde Leudaste, les arrebataran las riquezas por ellos arrancadas por la fuerza á sus legitimos dueños.

96. No ménos pudiéramos decir si nos lo consintieran los limites que nos hemos impuesto acerca de las preocupaciones dominantes en aquellos tiempos, restos las más de las veces de las creencias y prácticas paganas que to-

---

(1) Lib. V, § 3.

davía subsistian, á manera de los vapores rezagados de un nublado que pasó, é hijas no pocas de un erróneo concepto de la doctrina y moral cristianas, que dan carácter propio y como una especial fisonomía á la época que historiamos. Hacia más de un siglo que un sínodo celebrado en Auxerre (585-586) habia prohibido que se solemnizara el 1.º de Enero con mascaradas y regalos á la manera de los paganos, que se cumplieran los votos hechos á las malezas, árboles y fuentes, y se ejecutaran bailes en las iglesias, cuando en el concilio XVI de Toledo del año 693 se imponian severas penas á los que sacrificaban á los ídolos, y se daba por idólatras á los que veneraban las piedras, encendian hachas, tributaban culto á las fuentes ó á los árboles y se hacian agoreros y encantadores (1). Y descendiendo á casos particulares, y como un ejemplo del doble carácter de supersticion nacida de aquel doble origen á la sazón dominante, Gonthram Rose envia desde su asilo de San Martin de Tours á consultar á una mujer pitonisa, *habentem spiritum pythonis*, acerca de su suerte futura. En la duda de si puede ó no arrancar á este mismo Gonthram del lugar de su refugio sin atraer sobre sí el enojo de aquel santo, Hilperico manda colocar sobre su sepulcro una carta escrita en que le comunica sus escrúpulos, y junto á ella una hoja de pergamino en blanco á fin de que el santo escriba su respuesta. Y como la consulta quedó sin contestar, el monarca neustrio, que en tantas otras ocasiones habia dado pruebas de ser de carácter audaz y arrebatado y poco temeroso de Dios y de sus santos, no se atrevió á violar el sagrado del asilo por miedo al enojo de su tutelar (2). Al morir Cariberto

(1) *Hist. de la leg.* t. I, p. 443.

(2) *GRÆG. TUR.* lib. V., §. XIV.

habíanse sus hermanos comprometido con juramento á que ninguno de ellos entraria en la ciudad de París, que quedaba fuera del reparto que hicieron entre sí de la herencia del difunto. El esposo de Fredegunda fué el primero que faltó al solemne compromiso; mas á fin de destruir ó alejar de su cabeza el efecto de la maldicion que sobre él debia atraer su perjurio, hizo su entrada en aquella ciudad precedido de las reliquias de un gran número de santos.

97. Mas ya que los dos ejemplos de prácticas supersticiosas con sus puntas de idolátricas, que acabamos de citar nos han sido suministrados por un individuo de la régia estirpe de Meroveo, y puesto que fué hija, esposa y madre de reyes la que nos mueve á trazar este cuadro del estado moral de la Francia de su siglo, para ver hasta que punto está ó no en armonía el colorido que á su figura han impreso la mayor parte de los escritores que nos han dado su retrato con el tono general que en aquel domina, ¿no será conveniente, no será hasta necesario á fin de juzgar con más conocimiento de causa, ver lo que eran los monarcas de aquella sociedad semibárbara en la época histórica que estudiamos?

98. Las trágicas escenas, los dramas sangrientos á que hemos asistido en la primera parte de nuestro trabajo, parece que deberian retraernos de penetrar más adentro en el palacio de Soissons, donde tantos crímenes se cometian ó se fraguaban, y en el cual parece como que se encuentra el corazon oprimido por una atmósfera de sangre y de fatalidad, cual la que debia respirarse en los palacios de algunos kalifas; ó de poner los piés en los de Metz y de Orleans, en los cuales suponemos que debian representarse otros dramas no ménos repugnantes que aquellos. Fuerza es sin embargo que entremos en ellos,

pues ora sea porque sus moradores, á la manera de las figuras del primer término de un cuadro, han sido con más esmero dibujadas; ora porque, más dueños de sí mismos y ménos contenidos por los respetos humanos y por el temor á los ministros de la religion, asaz indulgentes con ellos, se ofrezcan á nuestra vista tal como les habia formado una educacion semi-bárbara, son ellos los más autorizados y perfectos tipos de su tiempo.

99. Si en los bosques de la Germania debian bastarles para hacerse respetar de sus leudes y de sus antrusiones la nobleza de su origen y la moderacion en sus actos; una vez se hubieron establecido en las provincias del Imperio y se vieron llamados á gobernar pueblos más cultos y acostumbrados al lujo y fastuoso boato de los delegados imperiales, dándose por herederos del poder de los antiguos Césares, creyeron deber rodearse de la pompa y aparato exterior, del prestigio que añade al poder la riqueza de los trajes y de las armas (1), la espléndidez de los muebles y la posesion de grandes tesoros, si necesarios para halagar los gustos de los galoromanos vencidos, á propósito para imponer á la masa de los germanos vencedores. Y si bien no depondrán de una vez sus antiguas costumbres, y todavía durante algun tiempo sentarán á sus mesas á sus antrusiones, ó

---

(1) Hé aquí la descripción que hace Sidonio Apolinario de la espléndida entrada de Sighismiro á Lion, á donde iba á casarse con la hija de uno de los reyes borgoñones. «El real mancebo, dice, iba precedido y seguido de caballos cuyos caparazones estaban cubiertos de pedrería;... su cabellera se parecia al oro de sus vestidos; su tez brillaba como la escarlata de su traje... Adelantábase á pié, rodeado de una comitiva de jefes de tribus (*regulorum*), y de un acompañamiento de autoridades de aspecto terrible, aun yendo de paz: iban calzados de botines de piel de gamo, con las piernas desnudas, y su vestido corto y ceñido les llegaba apenas á las corvas. Llevaban espadas colgadas del hombro de ricos talabartes, lanzas retorcidas (*hang*), hachas arrojadas y escudos cubiertos de hierro y de cobre bruñidos.—Lib. IV. ap. 20.—Citado por MARTIN. *Hist. de France*, t. I p. 406.

invitarán con germánica francesa á partir con ellos el pan y el vino de la hospitalidad á los que van á visitarles en sus palacios; afectarán no obstante una mayor cultura en sus maneras, y más aliño en sus trajes, sobre los cuales sin embargo dejan caer todavía ó suelta en ondas ó recogida en trenzas su larga cabellera; y en el lujo de sus moradas y en la esplendidez de sus dádivas manifestarán cuan á pechos toman el desprenderse de lo que pueda recordar á sus nobles su antiguo compañerismo, y á sus arri-manes el humilde origen de la monarquía germánica. Gregorio de Tours ha llenado sus páginas de hechos característicos que nos dan á conocer á los descendientes de Clodoveo bajo este nuevo aspecto; y hasta nos ofrece, sino un tipo, un ejemplo en Hilperico, á quien llama el prelado historiador el Neron y el Heródes de su tiempo, y en el cual se hallan como unidos en extraño maridaje el carácter de dos estados sociales, el del bárbaro y el del hombre civilizado; ya que al par que como á la mayor parte de los hombres de su raza se le ve cruel en sus actos, codicioso de riquezas y grosero en el lenguaje, al igual de aquel emperador romano, era aficionado á escribir versos, que el Turonense encontraba faltos de medida y desprovistos de sentido comun (1); como Claudio, al cual se parecía en la debilidad de carácter respecto de su esposa, pretendia añadir algunas letras al alfabeto, á fin de que fuese posible expresar en latin los

---

(1) Scripsit alios libros idem Rex versibus, quasi Sedulium secutus; sed versiculi illi nulli penitus metricæ conveniunt rationi.—GREG. TURON. lib. V, § XLV. Confectitque duos libros, quasi Sedulium imitatus, quorum versiculi debiles nullis pedibus subsistere possunt, in quibus, dum non intelligebat, pro longis syllabas breves posuit, et pro brevibus longas statuebat: et alia opuscula, vel hymnos, sive missas, quæ nulla ratione suscipi possunt.—*Ibid.* lib. VI § XLVI.

sonidos de la lengua germánica (1); y á la manera de un emperador bizantino, escribía tratados de teología dogmática y quería imponer á los demás las tésis que en ellos formulaba (2).

100. Clodoveo habia recibido sobre su cabellera el agua del bautismo que derramára en ella San Remigio, cuando se deshacia, por medio del asesinato, de sus parientes los reyes Sigeberto y su hijo Clodorico, de Cararico y Ragnacario, jefes de la confederacion ripuaria, cuyos súbditos elevaban sobre el pavés al matador de sus monarcas, y le creaban rey entre aplausos y aclamaciones, cual hubieran podido hacerlo con el caudillo más humano ó más ilustre por sus virtudes ó por sus hazañas; y todo ello sin una palabra de reprobacion del piadoso prelado que refiere aquellos homicidios. Clotario I, despues de haber hecho asesinar á los hijos de Clodomiro, su hermano, para apoderarse de su reino, castiga á su propio hijo Chram, «que se habia revelado contra él, dice el Turonense, cual en otro tiempo Absalon contra su padre David», mandando que pegaran fuego á la cabaña donde se habia refugiado con su esposa y sus hijos.

101. Nuestros lectores han visto ya en la primera parte de este nuestro estudio á los descendientes de este mismo Clotario sucumbir casi todos victimas de los odios de familia, de venganzas personales y de la ambi-

(1) Addidit autem et litteras litteris nostris, id est  $\Omega$ , sicut Græci habent, AB THE, VII, quarum characteres subscripsimus. Hi sunt  $\Omega$ ,  $\Phi$ ,  $Z$ ,  $\Pi$ . Et misit epistolas in universas civitates regni sui, ut sic pueri docerentur, ac libri antiquitas scripti, planati pumice rescriberentur. *Ibid.* Lib. V, § XLV.

(2) Per idem tempus Chilpericus Rex scripsit indiculum?ut sancta Trinitas, non in personarum distinctione, sed tantum Deus nominaretur; adserens indignum esse ut Deus persona, sicut homo carneus nominaretur.—*Ibid.*

cion. Y sin embargo no eran estas pasiones las únicas que armaban su brazo. Ni tenemos necesidad para probarlo de ir buscar ejemplos al palacio que manchaba con sus crímenes Fredegunda, ó al de Metz donde reinaban el hijo ó los nietos de Brunequilde, sino al de Borgoña, residencia de Gonthram, el soberano á quien casi nunca mencionan las antiguas crónicas sin añadir á su nombre el dictado de *el bueno ó el piadoso*. El monarca borgoñon tenia una esposa llamada Austrachilde. Ocurriósele á ésta «ántes de exhalar su alma malvada» obligar á su marido á que jurase que despues de su fallecimiento haria perecer á los dos médicos que la habian asistido en su última enfermedad, «á fin de tener compañeros en su muerte, dice el prelado cronista, y que hubiese en sus funerales quienes llorasen por otros.» Y Gonthram juró y creyóse obligado á cumplir el juramento hecho á su esposa, «accion, añade el ingénuo narrador, que muchos en su sabiduria creian que no podia cometer sin pecado (1).»

102. Estando cierto dia el mismo monarca cazando en el bosque de los Vosgos hallóse con los restos de un búfalo. Interrogado el guarda-bosque á fin de averiguar quien le habia matado, denunció á Chaudon, mayordomo del rey. Este lo negó, mas como le hubiese sido adverso el juicio de Dios á que se acudió para averiguar si era ó no delincuente, y en el cual perecieron el guarda-bosque acusador y un sobrino de Chaudon que peleó por éste, fué arrancado sacrilegamente de la basilica donde se habia refugiado, y muerto á pedradas por órden del monarca. Verdad es, segun observa el Turonense,

---

(1) GREG. DE TOURS, lib. V, § XXXVI.

que se arrepintió despues de haberse dejado llevar de la cólera y hecho morir por una falta tan liviana á un hombre que le habia sido tan útil y tan fiel (1).

103. Tácito habia dicho, hablando de los Germanos, que eran entre los demás pueblos bárbaros los únicos que se contentaban con una sola mujer, excepto un pequeño número de jefes que se rodeaban de muchas esposas, no tanto para satisfacer sus libidinosos apetitos, como en señal de nobleza (2). Si tales fueron las costumbres de las tribus germánicas en los tiempos en que su historiador las describia, fuerza es convenir en que ó eran los francos una escepcion de la regla, ó habian dejenerado mucho respecto de sus antepasados. Los reyes merovingios, sobre todo en el primero y más glorioso período de su historia, no tan solo no se contentaban con tener varias esposas, sino que además poblaban de concubinas sus palacios. Entre los hijos y descendientes de Clotario I, quien por cierto no les dió ejemplos de castidad ni de respeto á la santidad del matrimonio, ya que se le conocen cinco esposas y no pocas mancebas, únicamente Sigiberto fué, como vimos en la primera parte, el que apartándose del ejemplo de sus hermanos, quienes admitian en sus lechos hasta á sus siervas, escogió para compañera una princesa de sangre real y vivió en amor y paz con ella. Hasta Gonthram, el ménos cruel y liviano de los príncipes merovingios, y despues de él Dagoberto, á quien compara su historiador anónimo á Salomon, compartieron su lecho con varias esposas

(1) GREG. DE TOURS, lib. X, § X.

(2) Nam prope soli barbarorum singulis uxoribus contenti sunt, exceptis admodum paucis, qui non libidine, sed ob nobilitatem plurimis nuptiis ambiuntur. TAERT de Mor. Germ. XVIII.



y concubinas; y del segundo nos dice su biógrafo que tuvo un sinnúmero de éstas, y hasta nos refiere con la más ingénua sencillez que, estando triste por no tener hijos, mandó meter en su cama á una jóven para que le diese uno, y que *por la gracia de Dios tuvo realmente de ella un hijo alcanzado á fuerza de oraciones y de limosnas.*

104. Mas cómo la Iglesia, y permitasenos esta breve digresion, cómo la Iglesia que tan celosa guardadora manifestóse más adelante de la santidad del matrimonio, hasta amenazar ó castigar con sus anatemas á monarcas tan poderosos como Clotario I, y Enrique IV de Alemania y otros, ó que tan fieles le fueron como Pepino el Breve, Carlomagno, Alfonso IX, presenciaba, el parecer, indiferente aquellos escándalos, de tanto peor efecto moral cuanto de más alto venia el ejemplo. Es que el Pontificado con el cual tenia el clero y los monarcas merovingios hasta los tiempos de San Gregorio, como dice Montalembert escasas relaciones, y que era el único poder ante el cual hubieran podido doblegar su cuello aquellos rudos é indomables caractéres, no habia alcanzado aun el poder, ni ejercia la saludable influencia que logró en épocas posteriores. Es que el episcopado franco, que era quien debia suplir respeto de sus soberanos la falta de dicha influencia, compuesto como estaba en su mayor parte de nobles de raza germánica, contaminado con los mismos vicios y entregado á las mismas pasiones que hubiera debido condenar en los demás, y que habria llegado á hacer del sacerdocio una casta y un feudo de la Iglesia á no haber sido por la infatigable resistencia de los papas (1), carecia

(1) Guizot, *Hist. de la Civilis.*, pág. 91, explica sus causas.

de las dos únicas fuerzas que hubieran podido contener aquel desbordamiento de libertinaje, el prestigio del saber y la autoridad del ejemplo. Añádase á esto, y es observacion de Ozanam (1), que la Iglesia misma reconocia la necesidad que tenia, sin quebrantar las leyes, de ser más indulgente en sus fallos, ya que mejor que nosotros conocia, al recibir en su gremio á aquellos turbulentos catecúmenos, cuantos instintos perversos habian tenido que ahogar, cuanto habian tenido que luchar con sus pasiones para llegar á ser lo que eran. «Es necesario perdonar mucho al que se ha hecho propagador de la fé y salvador de las provincias,» decia San Remigio á los destructores de Clodoveo. Y á semejanza de este santo los obispos de Austrasia, de Neustria y de Borgoña creian tambien que era preciso ser indulgentes con unos hombres que, sino siempre sabian abstenerse del mal, daban al ménos entrada en su alma al remordimiento, virtud no conocida en el mundo ántes del cristianismo, y que traduciéndose en actos exteriores, era ocasion de extraordinarias expiaciones, y por consiguiente de ejemplos de virtud de grande eficacia para la edificacion de los demás, y causa de fundaciones de hospitales y de monasterios, cuya influencia en la sociedad pueden poner únicamente en duda lo que ignoran los trances tristísimos por los cuales ésta ha pasado, bien así como pueden únicamente apreciar los consuelos que derrama el hallazgo de una oasis de palmeras en el desierto los que conozcan su aridez y los peligros de que está sembrado.

105. No faltan, sin embargo, ejemplos que demuestran que la Iglesia, por medio de sus más virtuosos y

---

(1) OZANAM, *la Civilisation-au VI siècle. Œuvres complètes*, t. IV, p. 83 y 90.

celosos preladados, se constituía en defensora del matrimonio contra los livianos instintos de los monarcas y de sus leudes, y hasta se cuenta de S. German que excomulgó á Cariberto y á su esposa Markowefa; bien que esta vez el monarca había llevado el escándalo hasta donde llevarse podía, ya que despues de haber despedido de palacio á Yngoberga para casarse con Merofleda, hija de un cardador de lanas, y con Teodekilde, cuyo padre guardaba rebaños, tomó por esposa á la citada Markowefa, hermosa de Merofleda, obligándola á que trocarse su hábito de monja por las galas de reina. La crónica, haciéndose eco de la conciencia pública, añade que el rey no quiso despedirla, y que ésta murió herida por el juicio de Dios (1).

106. Otra de las pasiones dominantes en la tribu franca, y que se conservó en su inculta rudeza hasta aquéllos siglos, era la de las riquezas. Y en esto se asemejaba á las demás familias germánicas, á las cuales pinta el historiador de sus costumbres tan codiciosas del lucro que, al buscarle en el juego, no vacilaban en exponer á sus azares, no tan sólo su haber, sino hasta su propia libertad (2); y en general á todos los pueblos semi-salvajes, para quienes el logro de las riquezas trae consigo la satisfaccion de los caprichos del lujo, y los embriagadores goces del poder. Y hé aquí porque reyes, y leudes y lites amaban la guerra únicamente por el botín, y la valoraban, no por la gloria ganada, sino por los despojos adquiridos; y porque ni unos ni otros retroceden ante el crimen por la posesion de los bienes de fortu-

(1) GREG. TUR. lib. IV. § 26.

(2) TACIT. *de moribus germanorum*.

tuna. Acababan apenas los hijos del primer Clotario de depositar en el sepulcro el cadáver de éste, cuando Hilperico, el tercero de ellos, se encaminaba á Braine, donde estaban los tesoros del difunto monarca, obligaba á sus guardadores á que le entregasen las llaves de los cofres, y compraba con sus nuevas riquezas á los jefes de banda y á los guerreros de su padre, quienes le juraban fidelidad y le proclamaban su *Koning* (1).

107. El buen Gonthram acepta el ofrecimiento que le hace de su mano Theodehilde, viuda de su hermano Cariberto, y una vez la tiene en su poder, viendo los tesoros que trae, y «encontrando más justo que éstos estén en poder suyo que en el de aquella á quien su hermano metió torpemente en su cama», se apodera de la mayor parte de sus riquezas, y encierra á su cuñada en el monasterio de Arles.

108. ¿Y qué diremos de las demás pasiones, tales como el odio, el orgullo, el desprecio á la fé jurada, los celos, causa de atropellos, de guerras entre reyes y pueblos, de asesinatos, de sacrilegios y de actos los más brutales, que manchan á cada paso las páginas de las crónicas de la época que historiamos? Nuestros lectores han podido ver en la primera parte de este estudio multitud de hechos que prueban hasta que punto dominaban aquellos y otros aviesos instintos á los conquistadores de las Galias. Permitasenos que para más caracterizar el cuadro que estamos trazando, citemos al acaso algunos otros, entre los que creamos hacen más á nuestro propósito.

109. En cierta ocasion hallándose Gonthram senta-

---

(2) GREG. TUR. lib. IV. § XXII, p. 162.

do á la mesa con muchos obispos, comenzó á hablar mal de Teodoro, que lo era de Marsella, acabando por asegurar con juramento, que no queria ser tenido por hombre si ántes que terminase aquel año no habia vengado en él la muerte de su hermano Hilperico. Pocos dias después, en los de Pascua, estaba orando en la iglesia, cuando supo que el celebrante era Paladio, enemigo suyo; y sin respeto á la santidad del lugar, ni á lo augusto de la ceremonia, que fué por culpa suya interrumpida, quiso salirse fuera; y lo hiciera, á no detenerle con sus ruegos los demás prelados allí presentes. Aquel mismo dia, Paladio y Bertran fueron llamados á la mesa del rey, y habiéndose uno y otro dejado llevar de la cólera, se dirigieron mutuamente los más groseros insultos. «De lo cual muchos se reian, añade con su acostumbrada ingenuidad el Turoneuse, si bien otros más prudentes se afligian al ver cómo el diablo sembraba la zizaña en la viña del Señor (1).»

110. Y sin embargo aquel monarca, de quien de deliberado propósito hemos mencionado esos actos de encono que le hacen faltar al respeto debido á las cosas santas y á los ungidos del Señor, era el que en cierta ocasion en que la peste dieztaba la ciudad de Marsella, exponia su vida para atenuar sus estragos, hasta el punto, dice Gregorio de Tours, que el pueblo le hubiera tomado más por un sacerdote que por un rey; era el cristiano liberal en sus limosnas, y puntual en la asistencia á las vísperas, y en sus ayunos tan riguroso y tan lleno de fé, que el prelado historiador no duda en atribuirle el don de milagros (2).

(1) Nonnulli vero qui alacrioris erant scientia, lamentabantur cur inter sacerdotes Domini taliter zizania diaboli pullurarent. *Ibid.* VIII, § VII.

(2) *Ibid.* lib. IX, § XXI.

111. Y si violentas y sin freno aparecen aquellas pasiones en los monarcas, no ménos se muestran conculcadoras de toda ley moral y religiosa en sus esposas é hijas. Y tales son, que más todavía de ellas que de los varones nos sentimos inclinados á creer, ó que Tácito las pintó de capricho, mejorando el retrato en ódio á las desenvueltas matronas romanas de su tiempo, ó que degenerando de sus antiguas costumbres, tornaron á ser lo que aquellas feroces mujeres de los cimbros, que ponían espantó, al exponer su vida á todos los peligros en defensa de las de sus esposos ó de sus hijos, á los aguerridos soldados de Mario. Hé aquí algunos rasgos entresacados de cien que se encuentran en las crónicas, donde se vé de cuánto era capaz la pasion en la mujer franca.

112. Clotilde, la esposa de Clodoveo, al dirigirse á la córté de éste para casarse con él, temiendo que su tio Gondebaldo que acababa de matar, para usurpar el trono de Borgoña, á su hermano Hilperico y á su esposa, padres suyos, y á sus dos hermanos, mande detenerla en su camino, ordena á su comitiva que incendie y tale doce leguas á la redonda del país que recorre, y una vez fuera de peligro, «dá gracias á Dios omnipotente porque le permite ver el principio de la venganza que debia á sus padres y hermanos.» Y realmente aquellos actos no fueron más que el comienzo de ella. Muchos años después, cuando sus cuatro hijos fueron reyes, uno de ellos, Clodomiro, se lanzó sobre la Borgoña, y Clotilde quedó vengada, si bien á costa de la vida de su hijo. Segismundo, que habia sucedido á Gondebaldo, fué preso por el príncipe franco y arrojado á un pozo con su mujer y un hijo que le quedaba.

113. Deuteria, esposa de Teodeberto, hijo de Teodo-

rico, celosa de la belleza de su propia hija, la hace meter en un carro tirado por dos bueyes no domados, que la precipitan de lo alto de un puente á un río, en el cual muere ahogada (1).

114. Crodielta y Basina, hija la primera de Cariberto, y de Hilperico la segunda, escandalizan con sus desórdenes el monasterio que llena con el olor de su santidad Redegunda, y huyendo del lugar sagrado con otras compañeras de hábito, se acogen, despues de mostrarse rebeldes á las amonestaciones de Gregorio de Tours, en la basilica de San Hilario de Poitiers, cuyo asilo profanan asociándose con cuadrillas de malhechores; mandan arrojar por éstos á palos de la misma iglesia á los obispos y sacerdotes reunidos para juzgarlas y excomulgarlas, en el caso de persistir en su sacrilega rebeldía, y por fin asaltan en un ataque nocturno su propio monasterio, para arrancar de él á su santa abadesa, á cuya obediencia, sin embargo de haber ceñido en otro tiempo la diadema, ellas, hijas de reyes, no quieren someterse (2).

115. De Rigonta, hija de Chilperico y de Fredegunda, cuenta el Turonense, que tenía frecuentes altercados con su madre porque pretendía ser más que ella, y que la llenaba de injurias; por lo cual, pasando de las palabras á los hechos, acontecia á menudo que viniesen madre é hija á las manos, dándose de bofetadas y puñetazos. Cierta dia le dijo su madre: «¿Por qué me atormentas de esta suerte, hija mia? Hé aquí los tesoros de tu padre, que son tambien míos: tómalos y haz de ellos lo que mejor te parezca.» Y habiendo entrado con ella en el cuarto del tesoro, abrió un cofre lleno de collares y de

(1) GREG. TUR., lib. III. § XXVI.

(2) GREG. TUR., lib IX, § XXXIX y siguientes, et lib. X, § XV et alibi.

joyas preciosísimas: y después que hubo sacado diversos objetos de gran valor que iba entregando á su hija, dijo á ésta: «Cansada estoy ya: mete tu misma la mano y saca lo que encuentres.» Y al meter su brazo en el cofre, su madre cogió la cubierta, la dejó caer sobre su cabeza, y cargándose luego sobre ella con todo el peso de su cuerpo, apretóle el cuello sobre la plancha inferior, de suerte que estaban para saltársele los ojos de la cara. Por fortuna una sirvienta de suya que habia en el aposento, dió voces pidiendo auxilio, y acudiendo los que estaban fuera, salvaron á la princesa. Después de lo cual, añade el cronista, engendraronse entre ellas odios violentos, y sobre todo á causa de los adulterios á que se entregó Rigonta, eran entre madre é hija frecuentes las disputas y los golpes (1).

116. Tales eran las reinas y las princesas francas; tales los monarcas y los leudes en cuya compañía vivia la hija del soberano visigodo Atanagildo.

### PARTE TERCERA.

117. Sobre ese fondo de barbarie á cuyas negras tintas añaden vigor por la fuerza del contraste las graves y venerandas figuras de S. German, Gregorio de Tours y S. Columbano, y las dulces y melancólicas imágenes de Redegunda, Golsuinda y Batilde, aparecen en primer

(1) GREG. TURON. lib. IX, §. XXXIV.



término las de las dos mujeres y reinas, cuyos principales hechos dejamos en la primera parte de estos estudios apuntados, Fredegunda y Brunequilde; aquella acreciendo con la impresion harto parecida al de una pesadilla, que sus crímenes causan, lo que hay de repugnante y pavoroso en el cuadro que acabamos de bosquejar; ésta ofreciendo algunos de los rasgos característicos que en dicho cuadro aparecen, pero á nuestro modo de ver, cuando en él se muestra, más bien reflejando que aumentando sus colores: la primera mostrándose, para mejor explicar con un símil nuestro pensamiento, cual la nube de cenicientas tintas y amenazador aspecto que aumenta con sus sombras el horror del encapotado horizonte; la segunda cual la añosa encina, ya de suyo sombría, pero cuyas oscuras tintas toman un tono más subido cuando aparece como bañada por los siniestros fulgores con que la tempestad la ilumina.

118. Creemos no equivocarnos, mas para nosotros la figura de la viuda de Sigeberto pierde, y no poco, del aspecto repugnante con que han descrito algunos historiarres, hasta dando por ciertos algunos de los crímenes que se le imputan, desde el momento en que se la coloca sobre el fondo que le corresponde. Y sin embargo no es ésta la base, como en otra parte decíamos, sobre la cual debe levantarse principalmente la defensa de sus actos. Que fuese ménos sanguinaria que Fredegunda, ó ménos friamente cruel que Austrachilde, la esposa del piadoso Gonthram, ó menos liviana y de instintos notan feroces como las demás princesas francas, sus parientes, y con las cuales nadie, que sepamos, se ha ocupado en compararla, podrá, lo dijimos ya, atenuar las faltas en que acaso incurriera pero no excusarlas.

119. Hay otro punto de vista, y para nosotros el má

importante, desde el cual se pueden y deben examinar sus actos, y es el que ofrece el estudio y detenido examen de las circunstancias, casi siempre contrarias, en medio de las cuales obraba, de los móviles á que obedecía y de los fines á que encaminaba sus propósitos; y aquí ya no solo cabe disculpa, sino que en más de una ocasion aparece hasta merecedora de loa. A examinar sus actos como reina, lo que nos dará ocasion de bosquejar un cuadro del estado político de Francia en la época que bajo su aspecto moral acabamos de estudiar, vamos á consagrar esta última parte de nuestro trabajo. En ella és donde debe principalmente examinarse y por fin fallarse en última instancia la causa de la princesa visigoda. Ojalá que el talento y habilidad de ejecucion fuesen en nosotros iguales á la importancia del sujeto en que debemos emplearlos.

120. Desde luego hemos de permitirnos recordar á nuestros lectores, como un dato preliminar de no escasa importancia para el asunto que nos ocupa, que en los siglos VI y VII, y á consecuencia del choque de las dos corrientes, la una de barbarie, de civilizacion la otra, que pugnaban primero para sobreponerse, despues para fundirse en una, la sociedad franco-galo-romana, por igual modo que la goda romana y mucho más que ésta, se encontraba como atormentada por un trabajo de transformacion social de donde debian salir las costumbres y las instituciones del segundo período de los tiempos medios. Y aunque no se puede ménos de reconocer, como observa Guizot, que desde el siglo VI al VIII habia experimentado un cambio el estado de la Galia, y habíanse modificado las relaciones de las personas, las instituciones y las costumbres, bien que no tanto como generalmente se cree, era todavia sin embargo inmenso el caos; y

donde éste reina, y cuando todo se encuentra desordenado y confundido, necesitase mucho tiempo,—y el concurso de continuos y poderosos esfuerzos, pudiera añadirse,—para que desaparezca aquel, y cese el desorden, y vuelva cada uno de los elementos sociales á ocupar su puesto, y á colocarse en cierta manera bajo la direccion y el impulso especial del principio que debe presidir á su desenvolvimiento (1).

121. Así pues el siglo vi lo fué en Francia de lucha: lucha en el fondo de la sociedad entre las dos razas vencedora y vencida; ésta que se reconoce más inteligente, más culta y á la cual se le resiste por lo tanto el humillante papel de sierva; aquella que se siente con más bríos, y que envanecida con la fuerza que le da la conquista, se obstina en seguir mandando, cual hasta entónces, por la espada. Lucha entre las mismas clases sociales, monarcas, leudes y prelados para sobreponerse las unas á las otras; los primeros cifrando su poder, á falta de mejor derecho, en la posesion de las tierras y en las tradiciones del poderío imperial, del cual pretenden darse por herederos; los segundos en los recuerdos del antiguo compañerismo germánico, en el aumento de sus riquezas y bienes adquiridos en alodio ó á título de beneficios, y á falta de otras razones y derechos de más valía, en los que dan el número y una hacha de dos filos por brazo robusto manejada (2); y

(1) Guizot, *Hist. de la Civilisation*, lec. I.

(2) Los nobles enviados por Childeberto II á Gonthram se atrevieron á recordarle «que existía aun el hacha que habia destrozado el cráneo de sus sobrinos.» Hé aquí como narra este suceso el Turonense. «Childeberto envió á Gonthram (584) el obispo Egidio, Gonthram Rose y otros leudes para reclamar Tours, las ciudades de Aquitania y la entrega de Fredegunda..., y como despues de varias contestaciones el monarca les negase lo que pedian é insultara á los enviados... «Adios, rey; dijo uno de éstos; ya que no quieres devolver á tu sobrino lo que es suyo, advierte:

los últimos en su mayor instruccion unas veces, otras en el prestigio de sus virtudes, en su titulo de ungidos del Señor y en el apoyo del pueblo. Lucha entre sí de las diversas nacionalidades en que se dividió la Francia, y que nacidas de las inmigraciones y establecimiento en su suelo de las razas primitivas, de la desigualdad con que pesó sobre ella la dominacion romana y de otras causas históricas, se robustecieron y recibieron una sancion á su tendencia autónoma en la funesta costumbre de los repartos á que pagaron tributo los reyes cabelludos.

122. Pero en medio de aquella fermentacion general; de aquella contienda de intereses, ideas y sentimientos opuestos; de aquel choque de razas y de encontradas ambiciones, erguíase, dominándolas todas y de todas sacando provecho, la lucha, iniciada apenas entónces, pero ya por demás recia y que debia prolongarse al través de la edad media y de gran parte de los tiempos modernos, entre la monarquía y la nobleza. Y si bien á la sazón llevaba la primera, á pesar de algunos pasajeros descalabros, la parte mejor en el combate, no era difícil adivinar que al faltar la mano, no por ser de mujer ménos robusta, que tenia á la sazón á raya á su enemiga, ésta debia en un plazo más ó ménos breve poner bajo su ruda planta á los degenerados descendientes de la primitiva y vigorosa rama de los monarcas merovingios.

123. Y es que si bien durante los reinados de los hijos del primer Clotario, podian aun los leudes francos

---

que sabemos donde está el hacha que cortó la cabeza á tus sobrinos y que servirá pronto para hacerte saltar el cerebro.»—El rey mandó que arrojasen á los enviados cuando se retiraban, excremento de caballos, heno podrido y barro, etc. —GRÉGOIRE. *TURON.* Lib. VII, § XIV.

cambiar de dueño segun les placia (1), cual cambiaban de jefe sus antepasados al arrojarse á merodear por las tierras del Imperio; — privilegio de alta importancia cuando el poder de los monarcas, tanto más que de la extension de sus dominios, dependia del número de hombres de armas que, segun la expresion germánica, *obedecian á su boca* (2); — y si bien el temor de una *shramasaxa* ó de una hacha de dos filos blandida contra él, podía aun mover á uno de los nietos de Clodoveo, el rey de Borgoña, á humillarse hasta á suplicar al pueblo reunido en una iglesia que por lo ménos se le otorgaran tres años de vida, cual si ésta estuviese en manos de sus súbditos, á fin de educar á sus sobrinos (3); habian pasado sin embargo los dias en que un soldado cualquiera, considerándose igual á su rey, haciendo añicos de un hachazo el vaso precioso que formaba parte del botin y que pedía para sí Clodoveo, pudiera recordarle con ruda franqueza que no debia llevar de aquel más de lo que le

(1) Este privilegio dejó de existir de derecho, sino de hecho, sobre todo en la Borgoña y la Austrasia, donde era más poderosa la nobleza, por el tratado de Andelot (587).

(2) TIERRY; *Deuxieme recit*, p. 330.

(3) «Como no tenia (Gonthram) confianza en los hombres con quienes habia venido (á Paris despues de la muerte de Hilperico), se armó, dice Gregorio de Tours, y no iba nunca á la iglesia ni á lugar alguno siño acompañado de una buena escolta. Sucedió pues que cierto domingo, despues que el diácono hubo impuesto silencio al pueblo para que oyese la misa, volviéndose el rey hácia éste, dijo: «Os conjuro, hombres y mujeres que estais aquí presentes, que me guardéis fidelidad y no me mateis, como habeis muerto recientemente á mis hermanos. Pñeda, por lo ménos por espacio de tres años educar á mis sobrinos, á quienes he adoptado por hijos, á fin de que no suceda, lo que Dios no permita, que despues de mi muerte perezcais junto con esos niños, puesto que no quedaria de nuestra familia ningun hombre fuerte para defenderos.» Y á estas palabras oraron todos los asistentes por el rey... Lib. VII, § VIII.

\* Era costumbre que antes de leerse el Evangelio el diácono impusiera silencio á los asistentes. En la misa mozarabe imponíase silencio á los asistentes antes de la Epístola.

correspondiera por suerte. Y sintiéndose el antiguo jefe de banda con alientos de soberano, como sucesor de los antiguos césares; como el de más pujanza por sus tierras y por sus vasallos, estimábase con brios y fuerza bastantes para tener á raya á la turbulenta nobleza, y hasta para vengar en sus orgullosos caudillos sus agravios á la magestad, ó sus amaños para someterla. Y si bien durante el estado de pasajera anarquía que siguió en la Francia oriental al asesinato de Sigeberto, y al de Hilperico en la Neustria, los leudes de uno y otro país apoderáronse de la regencia de los dos príncipes huérfanos de padre, Hildeberto II y Clotario II, no tardaron las dos reinas madres, Brunequilde y Fredegunda, con propósito igual, si bien por distintos modos, á darles á conocer que nó era llegada aun para ellos la época de su absoluto predominio.

124. En la primera parte de este nuestro trabajo dejamos apuntados los principales y más característicos hechos de la contienda entre Brunequilde y sus leudes, desde que aquella puso de nuevo los piés en su palacio de Metz, despues del asesinato de su primer esposo, hasta el triunfo definitivo de aquellos, debida á la traición de Warnacario, apoyada por la espada del monarca neustrio, y á que puso sangriento remate el bárbaro suplicio de su reina. Y en esa contienda, en ese duelo á muerte que se prolonga con variados lances desde el año 576 hasta el 613, es donde se muestra la reina de Austrasia, si en su conducta como tal no siempre exenta de faltas, rodeada de cierta aureola de grandeza, dotada de carácter varonil y de inteligencia no vulgar, inquebrantable en sus propósitos, animosa ante los obstáculos, hábil en los medios de removerlos, despreciadora de los peligros, y fecunda y elevada en recursos y miras políticas cual nin-

guno de los príncipes de su tiempo y como pocas de las reinas de las posteriores centurias. Por ventura tuvo conciencia de lo que valia: acaso, comparándose con los que le rodeaban, monarcas, leudes y vasallos, encontróse muy superior á todos ellos, y creyó que á fuerza de constancia y de luchar con voluntad inquebrantable les arrastraria hasta donde quisiera. El éxito, en verdad, no correspondió á sus intentos. Mas deja de ser signo de ánimo elevado y mente serena y clara en quien se arroja á empresas difíciles el no lograr llevarlas á cabo? Hay hechos cuya realizacion es obra de generaciones, y si merece loa el que tiene la fortuna de darles cima, no ménos digna de ella es el que tuvo el valor de iniciarlos.

125. Dejamos en otra parte indicado que de los diferentes reinos en que se hallaba á la sazón dividida Francia era el austrasiano donde más pujante se ostentaba la nobleza. Y si para valorar el resultado de toda lucha es indispensable conocer las fuerzas de que disponen los contendientes, no se ha de tomar á mal que, insistiendo en aquella afirmacion, añadamos que daban nuevas creces al poderío de los leudes de aquella comarca, además del mayor número relativo de sus individuos, el hallarse, ménos que en otros reinos, esparcidos por el país; la menor influencia que en la rudeza de su carácter debió ejercer la civilizacion galo-romana, en las comarcas inmediatas al Rin de mucho no tan floreciente como en las regadas por el Sena y el Loira; y el poder contar, cuando así les convenia, con la alianza y el apoyo de los vecinos pueblos teutónicos que se agitaban en las vastas y no aun domadas regiones de la Germania, no ménos que en los tiempos de Tácito, fecunda engendradora aun de tribus bárbaras, siempre dispuestas á lanzarse á saquear las ricas ciudades de la Galia.

126. A contrariar en sus instintos á aquella nobleza semi-bárbara, á enfrenar sus impetuosos arranques y su anárquico poderío, sirviéndose para ello de la legislación romana, tanto más odiada cuanto con más vigor contrariaba sus brutales instintos; á oponer un dique, siquiera fuese por breve tiempo, á aquel impetuoso torrente que amenazaba dar en tierra con la monarquía levantada por Clodoveo, arrojábase dénodadamente, no un soberano cortado por el modeló de un antiguo koning germano, educado en los campamentos y que pudiese en lances extremos trocar el cetro por la framea, sino una muger nacida y educada entre los regalos de una corte semi-bizantina, y que si bien sabia, cuando la ocasión lo reclamaba, ceñir el casco guerrero, no podía bajar á todos los campos de batalla, ni luchar cuerpo á cuerpo con sus vigorosos adversarios. Inexcrutables y por todo extremo misteriosos designios de la Providencia, que parece gozarse á veces en los contrastes para que por ellos se desenvuelvan más holgadamente y mejor se aquilaten las cualidades de los que destina á gobernar ó á dirigir las humanas sociedades, y que lleva á éstas al cumplimiento de sus sapientísimos designios por caminos que han de parecer á la pobre inteligencia humana los más contrarios á su logro; sobre los pueblos de la Neustria, mejor preparados para apreciar y gozar de las ventajas de la civilización y más dispuestos á considerar á sus dominadores como herederos del poder de los césares, suscita una muger en cuyas venas corre únicamente sangre bárbara, que de la civilización romana parece no conocer más que el desenfreno de las Mesalinas y el arte de las Locutas, y para la cual el secreto del poder está en el diestro manejo de una shrama-saxa y en el terror que inspira; mientras que por el contra-



rio, sienta en el trono de la Austrasia, que para sus dominadores era un escudo, y que ella se empeñó en trocar en silla curul, otra mujer cuya cuna se meció bajo dorados lechos en palacios cuyos moradores conservaban muy escasos restos de la antigua rudeza de su tribu; que debía tener en mucha estima la civilización imperial bajo cuya influencia habíase educado, y poseer una muy alta idea del poder y de la grandeza de la monarquía, como quien había pasado los primeros años de su vida recibiendo honores y haciendo oficio de princesa en una corte que empezaba tal vez á ordenarse á la manera de la de Bizancio (1).

127. En vista de tales contrastes y antagonismos, acrecentados por la diversidad de intereses y la oposición de fines, ¿cómo podía dejar de ser recia y obstinada la lucha que de ellos surgiese? Y atendidos el carácter de los contendientes, la rudeza de los tiempos, la clase de intereses que en ella se ventilaban, los propósitos á que unos y otros tendían, á saber, los nobles á sobreponerse á los monarcas; éstos, y en especial los que mejor conocían sus intereses y que más elevada idea tenían de su dignidad, á humillar á aquellos, y á constituir la Francia en una sola monarquía, cual en los tiempos del primer Clodoveo, ¿de qué manera y por qué medios debía aquella lucha sostenerse y terminarse como no fuese por la astucia, la violencia y la fuerza?

128. A ellos, pues, y en especial al último acudió casi siempre. Y como el primer deber de un juez llamado á dar su fallo sobre el mayor ó menor grado de culpabilidad, y por lo tanto de responsabilidad de los que

---

(1) LA FUENTE, *Historia de España*, t. II, pág. 394 y 395.

se hallan empeñados en una contienda, cuando ésta se ha llevado al terreno de la violencia, es averiguar de dónde partió el primer desafuero; ya que es cosa sabida que los ataques del ofensor crean un derecho, el de la defensa, en el ofendido, cumple que recordemos, puesto que en la primera parte lo dejamos dicho y probado, que en la lucha á que hacemos referencia, y limitándonos por el momento á uno de sus objetos, es á saber, el vencimiento y sumision de una parte de la Francia por la otra, fué casi siempre, y en especial mientras vivió Fredegunda, la Neustría la que primero desenvainó el acero.

129. Nuestros lectores no deben haber olvidado que cuando las dos princesas visigodas Brunequilde y Galsuinda fueron á sentarse en los dos tronos de los reyes hermanos Sigeberto é Hilperico, llevando á las dos Francias oriental y occidental esperanzas de paz, que hubieron de trocarse en temores de nuevos disturbios á la muerte de la segunda, acababan de salir aquellas de dos contiendas sangrientas provocadas por el turbulento monarca neustrasiano. Y si despues del asesinato de la hermana de Brunequilde, dando ésta oidos á la voz de la sangre que clamaba venganza contra la matadora, se esfuerza,—lo cual está muy léjos, segun vimos, de estar bien probado,—en encender la guerra entre los dos reyes hermanos, los amagos de ésta vinieron á terminar en la celebracion de un *mall*, en que por vez primera reuníanse los nobles para juzgar á un monarca, y en que por primera vez tambien se aplicaba la pena germánica del *wer-gheld* al que se suponía culpable de la muerte de una reina. Y si despues de aquel solemne acto justicial volvía á encenderse la guerra entre los dos países y las dos razas rivales, fué el que más motivos tenía para estar agradecido á la generosidad de su hermano y á la

benignidad de sus jueces, quien arrimó no una, sino hasta tres veces la encendida mecha á la antorcha de la discordia, por más que vencido siempre en las luchas por él empeñadas, hallase siempre dispuesto á tenderle la mano en señal de amistad al esposo de Brunequilde; de esa reina á quien nos pintan algunos historiadores respirando siempre odios y venganzas contra Fredegunda é inspirandóselos á su marido. Hasta la vez tercera no se mostró Sigeberto implacable con su hermano; y si entonces, fuese ó no por instigacion de la princesa visigoda, revuelve en su mente la criminal idea de deshacerse de Hilperico, y marcha contra él resuelto á apoderarse de su reino, con cuya posesion le brindaba gran parte de la nobleza austrasiana, de pocos monarcas podrá decirse como de él que hubiese llevado tan léjos el sufrimiento, ni que cual él hubiese sido estimulado, por decirlo así, por más agravios á abrir su corazon á los gritos de la venganza.

124. Durante algunos años se suspende la guerra entre las dos Francias. En ellos tenian lugar en la corte de los reyes de Neustria las sangrientas escenas que en la primera parte dejamos apuntadas. En la de Austrasia proseguíase por Brunequilde y por sus leudes el empeñado duelo sobre quien debia ser dueño de los destinos de aquella parte del reino franco. En él tomaban parte, es verdad, Hilperico y Fredegunda con sus intrigas, y hasta con sus shrama-saxas; pero las frameas descansaban en las salas de armas de sus dueños. Pero despues del asesinato del monarca neustrasiano se renueva la guerra, provocada tambien por Fredegunda; solapada, artera y tenebrosa hasta la muerte de Gonthram; más abierta, aunque no del todo libre de celadas y de infames tramas, y por medio de las armas desde aquella

época hasta el fallecimiento de la viuda de Hilperico.

131. Desde el año 585, ó sea desde el año siguiente al del asesinato de este monarca, hasta el 593 en que bajó al sepulcro el de Borgoña, la implacable enemiga de Brunequilde suscita hasta cuatro veces asesinos fanatizados por sus artes, y que en su obediencia ciega para el mal parecen tener algo de la fria indiferencia para el crimen, y de estúpida serenidad y fiereza en ejecutarlos que habia de distinguir siglos más tarde á los sectarios del Viejo de la montaña, para que en sus armas envenenadas lleven la muerte, de que el brazo del Señor les libra, unas veces á Childeberto ó á su madre, otras al monarca borgoñon. Con tal minuciosidad y abundancia de pormenores narra el cronista prelado de Tours aquellas tentativas de asesinato que no cabe ponerlas en duda. Ya es un enviado de la reina de Neustria que llevaba el encargo de ganarse la voluntad de Brunequilde, para una vez admitido en su servicio, aprovechar la primera ocasion propicia para asesinarla (1); ya son dos clérigos francos, á quienes habia aquella seducido con promesas y exaltado con bebidas embriagadoras, á fin de que penetrando en el palacio de Childeberto, fingiéndose mendigos, asesinasen á éste, ó en su defecto á la reina su madre (2). Ambas tentativas tuvieron lugar, con pocos meses de distancia, en 585, y no mucho despues por consiguiente de la muerte de Hilperico. La vez primera Brunequilde se vengó de su enemiga, perdonando al

(1) GREG. TURON. lib. VII, § XX. — TIERRY, t. II, p. 86, 89?

(2) Accipite hos gladios, et quantocius pergite ad Childebertum regem, adsimulantes vos esse mendicos: cumque pedibus ejus fueritis strati, quasi stipem postulantes, latera ejus utraque perfodite, ut tandem Brunichildis, que ab illo adrogantiam sumit, eo cadente corruat, nihilque subdatur. Quod si tanta est custodia circum puerum, ut accedere nequeatis, vel ipsam interimite inimicam. etc. GREG. TUR. lib. VIII, § XXIX; col. 397.

asesino, á quien ésta, humillada acaso y más encendida en ira por aquel acto de generosidad, mandó cortar las manos y los piés en castigo de su torpeza. La segunda vez fueron condenados los asesinos á la mutilacion y á la muerte.

132. Habia transcurrido algo más de un año cuando tenia lugar otro proyecto de asesinato,—que ignoramos si llegó á intentarse,—tambien esta vez contra Childeberto y su madre. Segun el Turonense daba la traza y prometia el oro para llevarlo á cabo el monarca visigodo. El buen Gonthram preparábase á invadir con poderosa hueste la Septimania á fin de vengar la muerte de Hermenegildo y de su esposa, la inocente Ingunda, que acababa de fallecer en África, de paso para Constantinopla, á donde iba á refugiarse con su hijo. A fin de alejar de sí aquel peligro, dice Gregorio de Tours, Leovigildo escribe á Fredegunda que impida la marcha de aquel ejército, haciendo asesinar á Childeberto y á Brunequilde, y firmando paces con el rey de Borgoña, para lo cual le ofrece todo el dinero que necesite. Nuestros historiadores, incluso Romey, omiten este hecho. A nosotros, que no podíamos pasarlo por alto, nos duele que la escasez de noticias que nuestros descarnados cronicones nos ofrecen no nos permita ni ponerlo en duda, ni desmentirlo (1).

---

(1) Igitur, ut superius diximus, Ingundis a viro cum Imperatoris exercitu derelicta, dum ad ipsum Principem cum filio parvulo duceretur, in Africa defuncta est et sepulta. Leuvichildus vero Hermenegildum filium suum, quem dicta mulier habuit, morti tradidit. Quibus de causis commotus Guntchramnus rex, exercitum in Hispanias destinat, scilicet, ut prius Septimaniam, quæ adhuc infra Galliarum terminum habetur, ejus dominationi subderent; et sic inantea proficisceretur. Dum autem hic exercitus moveretur, indiculum cum nescio quibusdam homibus rusticis est repertum. Quod et Guntchramno regi legendum miserunt hoc modo, quasi Leuvichildus ad Fredegundam scriberet, ut quocumque ingenio exercitum illud prohiberet

133. Por último, unos tres años despues (590), — tenacidad inaudita, — preparaba aquella mujer sanguinaria una nueva asechanza contra Childeberto, que se hallaba á la sazón en Soissons con uno de sus hijos, armando, para mejor asegurar el golpe, hasta doce asesinos que debían herir al monarca y al inocente príncipe en su oratorio de Marlehim. De los cómplices, unos, según el Turonense, fueron mutilados y entregados sin orejas y sin narices á las risas del pueblo, otros se atravesaron ellos mismos con sus espadas, y muchos perecieron en los suplicios á fin de que *se cumpliera la justicia del rey* (1).

134. Trascurridos tres años desde la última tentativa de asesinato, bajó al sepulcro Gonthram. Brunequilde y su hijo, en quien recae la herencia de los estados de su tío el Borgoñon, se encuentran dueños de la mayor parte de Francia, con no pocos agravios que vengar de una reina odiada por sus crímenes, y cuyo hijo, niño de pocos años, no se hallaba en estado de llevar él mismo á sus nobles á los campos de batalla. Y sin embargo, al renovarse las contiendas entre las dos Francias despues de la muerte del rey de Borgoña, no fué la Austrasia, no fué Brunequilde, la que primero dió la voz de guerra. Contra lo que debía aguardarse, atendidas las fuerzas de uno y otro bando, fué el neustrasiano el que salió vencedor; mas ora fuese que los leudes francos horrorizados por la mucha sangre que en Trucy se había vertido, obligasen á las dos reinas á firmar las paces; ora que Brune-

---

ire, dicens: Inimicos nostros, id est Childebertum et matrem ejus velociter interimite et cum rege Guntchramno pacem inite, quam præmiis multis coemite. Et si vobis minus est fortassis pecunie nos clam mittimus: tantum ut quod petimus impleatis.—*Ibid*, § XXVIII.

(1) GREG. TURON, lib. X, § XVIII.

quilde creyese que el triunfo de su rival más que al arrojó de sus nobles se debiese á la flojedad con que en su favor hubiesen los suyos peleado, ó ya por una y otra causa, la guerra terminó sin nuevos lances. Childeberto no pudo vengar la afrenta que en aquella batalla habia caido sobre sus armas. Ocupado en rechazar á los Bretones y Warneses, cuando despues de vencidos éstos hubie-  
ra podido pensar en tomar su desquite sobre la Neustria, murió poco ménos que de repente (596). Las circunstancias de que fué acompañada aquella muerte mueven á sospechar que no fué natural. Si así fuese nada difícil seria adivinar de donde habia partido el golpe. Lo cierto es que al poco tiempo Fredegunda renovaba las hostilidades sin declaración de guerra, y se apoderaba de París *á la manera de los bárbaros* (596), y aseguraba á su hijo Clotario III la posesion de este reino con la victoria de La-  
tofao, á la cual debia sobrevivir tan poco tiempo.

135. Tal es la lista de agravios, únicamente en hechos fundada, y apoyada en la autoridad de un cronista contemporáneo, que presentamos al tribunal de la historia. Cuatro tentativas de asesinato contra Brunequilde y su hijo; la espada de la Neustria, así en vida de Hilperico como despues de su muerte, ó desenvainada contra la Austrasia, ó suspendida como una amenaza constante sobre ella; y amén de estas ofensas más recientes, los recuerdos, á cada instante avivados por ellas, del asesinato de Galsuinda, y de los dos esposos de la reina de Austrasia, Sigeberto y Meroveo, y de su propio hijo (?), víctimas todos de la implacable y sanguinaria Fredegunda, no eran motivos sobrados para despertar los intintos de venganza y para provocar las más sangrientas represalias sobre los pueblos por aquella gobernados, sufridores ó cómplices de sus demasías, no ya tan solo de

parte de una princesa de récio temple y condicion varonil, en cuyas venas corria aun sangre de bárbaros, que no veia en torno de sí más que ejemplos de ferocidad semi-salvaje, y que vivia cercada de asechanzas y de enemigos; sino hasta de una reina de ánimo más sufrido y ménos ambiciosa de mandar, de corazon de ménos temple y condicion ménos brava, educada en mejores ejemplos, y no contaminada por la influencia de un estado social casi bárbaro. Y sin embargo, ni el mismo Fredegario, siempre dispuesto á acusar á Brunequilde, ora escribiese lo que su conciencia le dictaba, ora siguiese las inspiraciones de Jonás, gran enemigo de aquella princesa, habla de venganzas por parte de ésta que no se limitasen al castigo de los delincuentes; ni en los suplicios á que condenó ella ó Childeberto á los asesinos enviados contra ellos, que refiere el Turonense, se advierte la saña, ni el lujo de crueldad con que acompañaba sus ejecuciones, no ya Fredegunda, en quien era un hábito el crimen y el derramamiento de sangre un placer, sino hasta el buen Gonthram en las ocasiones en que se vió amenazado en su existencia, ó miró turbada la paz de sus estados por la reina de Austrasia ó por sus propios leudes: ni se lee tampoco en ninguno de los cronistas contemporáneos que contextara la viuda de Sigeberto con asechanzas á las que le tendia su rival; ni que, cual de los palacios de Neustria, saliesen de los de Metz y Orleans asesinos pagados para llevar la muerte á los moradores de aquellos.

136. A la muerte de Childeberto, que bajaba al sepulcro todavía jóven, pero dejando detrás de sí gratísimos recuerdos de su gobierno, dividíase su reino en dos; en el de Austrasia, en cuyo trono iba á sentarse, segun dejamos en otra parte (n.º 55) apuntado, Teodoberto; y



en el de Borgoña, cuya corona debía ceñir Thierry ó Teodorico, niños uno y otro de pocos años. Brunequilde vuelve á gobernar sobre ambas Francias orientales, á nombre de sus nietos. ¿Fué aquella division de reinos obra de esa princesa? Si así fuese; si cediendo á la cóstumbre de los repartos de territorios, tan común entre los reyes de la primera raza, y á la que tiene Guizot por una de las causas, y tal vez la principal, de la caída de la monarquía merovingia; si movida del deseo, tan natural en quien ama con igual ternura á los que le deben el ser, de que sucedieran sus dos nietos en la herencia del padre, fué la autora de aquel reparto, grave fué el yerro en que incurrió la viuda de Sigeberto; tan grave que no vacilamos en señalarlo como motivo y principio de los males que sobrevinieron á entrambas Francias austrasiana y borgoñona, de la ruina de uno y otro reino, y de sus desgracias y desastres. Dudamos, sin embargo, que cayese en semejante error, ya que tan fácil le era comprender que, no pudiendo reinar á la vez en los dos palacios de sus nietos, ni ejercer igual influencia en una y otra corte, debía allí donde no alcanzara, ó tuviese escasa fuerza la suya, ser más poderosa la de la nobleza; y por lo tanto nos inclinamos á creer que aquella division de estados, fué más bien resultado de la tendencia á su autonomía, tan natural á todo pueblo que ha tenido ó se siente con aliento para tener vida propia,—digan lo que quieran los modernos anexionistas, ambiciosos vergonzantes ó conquistadores hipócritas,—y que debía en el caso presente, y respecto de Borgoña, ser tanto más poderosa cuanto era su agregacion más reciente y falta por lo mismo de la sancion que dá el tiempo á las obras de los hombres. Y lo creemos con tanto más fundamento cuanto que la historia de Francia, así bajo la domina-

cion de los descendientes de Clodoveo, como bajo la de los sucesores de Carlomagno, nos ofrece repetidos ejemplos de la aspiracion de sus nacionalidades á sacudir los lazos que las tuvieron en ciertos momentos atadas á un solo cetro (1).

137. Mas ora procediese Brunequilde movida por anteriores ejemplos, ó por el deseo de dar á cada uno de sus nietos una parte de la herencia de su hijo; ya obrase obligada por la voluntad de sus pueblos, aquella division de reinos, lo repetimos, le fué funestísima. Por de pronto se debilitaba su poder, ya que no podia atender á la vez á la gobernacion de los dos reinos; y Brunequilde debió ser la primera en conocerlo, pues á pesar de que por entónces moria su rival, dejando entregado el gobierno de la Neustria á un niño de trece años, ni aprovecha aquella ocasion para vengar en él los agravios recibidos de su madre, y ni siquiera ensaya,—al ménos la historia no lo indica,—mover á la Francia oriental á que tome el desquite de las dos derrotas poco ántes por ella sufridas.

138. Pero si él no acudir desde luego á satisfacer tan recientes agravios y á vengar á sus pueblos puede arguir en ella debilidad, ó mucho nos engañamos ó puede tomarse tambien como indicio de prevision y de prudencia. Sin renunciar á la venganza, por ventura le tenia cuenta el aplazarla. Lo que más le convenia por entónces era asegurarse en el poder, y á pesar de los escasos datos que nos ofrecen los descarnados crónicones de aquellos

---

(1) En 613, medio por conquista, medio por incorporacion voluntaria, Clotario II reunió las dos Francias orientales bajo su cetro. Mas habian apenas transcurrido nueve años, en 622, cuando la Austrasia quiso recobrar su independecia, y el hijo de Fredegunda tuvo que darle por rey á Dagoberto, que lo era suyo. Valga este ejemplo por los muchos que podriamos citar, y que pueden recordar facilmente, aquellos de nuestros lectores que estén medianamente versados en la historia de Francia.

rudos tiempos, échase de ver por ellos que fué á esto á lo que atendió con preferencia.

139. Y necesario era que así lo hiciese. No había sido tan larga la vida de Childeberto, que hubiesen podido olvidar, ni los leudes que habían sido desposeídos de la regencia, y hasta alejados más adelante de la gobernación de palacio por Brunequilde (1); ni ésta su destierro de la corte de Metz de su segundo esposo Moroveo, obra de los nobles, y la lucha que con éstos tuvo que sostener para lograr la regencia y mantenerse en ella. Ni hemos por otra parte de suponer que escapase á su penetración, que si récia y obstinada había sido aquella cuando era reina y madre, y podía interesar á sus vasallos con sus gracias juveniles realzadas por las huellas de recientes infortunios, mucho más debía serlo entonces en que no tenía más título para gobernar á sus pueblos que el de reina abuela, y debía hallarse muy ajada por los años y las fatigas la flor de su hermosura, para por ella ganarse voluntades.

140. Por desgracia este último período de la vida de Brunequilde en que son más frecuentes y extremadas las peripecias; en que los acontecimientos se multiplican y preparase el desenlace, es el en que escasean más los datos para juzgarla. Había muerto Gregorio de Tours y encargábase de continuar su *historia de los Francos* el borgoñon Fredegario; bárbaro de origen, según indica su nombre, narrador árido, con exceso parcial y por demás apasionado en juzgar los actos de la viuda de Sigeberto.

(1) Henry dice, que habiendo muerto en 585 el mayordomo de palacio de Childeberto, Brunequilde aconsejó á su hijo que no eligiese á ningún otro, por cuyo motivo,

141. Al verificarse la division de reinos que dejamos indicada, Brunequilde, quien, como decíamos un momento hace, debió presentir que iba á renovarse con más calor que nunca su contienda con la nobleza, elige para su residencia, indicio para nosotros de ánimo resuelto y que sabe salir al paso á los peligros, el sitio en que siendo más vivo el combate, era tambien en el que más necesaria debia ser su presencia. Quédase pues en la Austrasia al lado de Teodeberto, príncipe de menguada inteligencia, segun el mismo Fredegario, y á quien por lo tanto debió su abuela creerse más obligada á vigilar y á dirigir de cerca para que no se convirtiera en instrumento ciego y torpe juguete de las ambiciones de los leudes. El combate debió nuevamente formalizarse en cuanto se alzó Brunequilde con la regencia. Quién de los combatientes será el que lo provoque? Las crónicas lo callan. Únicamente sabemos por Fredegario que en el año tercero del reinado de Teodeberto (599) fué muerto el duque Wintrion á instigacion, dice aquel, de Brunequilde, la cual, segun el mismo cronista, procedia con gran rigor, desposeyéndoles de sus tierras, contra los nobles que le eran hostiles; y que al año siguiente era esta princesa arrojada de la Austrasia, y que abandonada de todos, iba á mendigar un asilo en la corte del otro nieto suyo, Teodorico.

142. Brunequilde dejó por el momento sin castigo la ofensa. Debia comprender que si suscitaba una guerra entre la Borgoña y la Austrasia, podria echarse ésta en brazos de la Neustria, y unidos ambos pueblos, consumir la ruina de los estados de Teodorico y la suya. Acalla pues por entónces sus resentimientos, une en un trata-

---

disgustados los nobles, tramaron la conspiracion que acaudilló Rauking, y de que dejamos hecha especial mencion en otra parte.

do de paz y de alianza las dos Francias orientales, y las arroja á luchar contra Clotario II, sobre quien toman con creces el desquite de las victorias por su madre Fredegunda alcanzadas en los campos de Trucy y Lato-fao. Brunequilde iba á triunfar de la Neustria, robustecida con esta nueva dominacion de la nobleza austrasiana, cuando de repente se derrumbaron todos sus proyectos, y desvaneciéronse de un soplo todas sus esperanzas por la defeccion de Teodoberto, quien en el momento en que Teodorico entraba en Paris despues de la batalla de Etampes, ganada por los Borgoñones, aconsejado por sus próceres que, como en otro lugar decíamos, veian el triunfo definitivo de aquella reina en la ruina de Clotario, hizo paces con el jóven monarca neustrasiano.

143. El desencanto era terrible. A las esperanzas de un triunfo definitivo sucedia la sombría perspectiva de temores y de peligros como no la habian amenazado hasta entónces. De la union de la Neustria y de la Austrasia podria salir una guerra contra la Borgoña. Fuese cálculo, fuese despecho, toma la viuda de Sigeberto una resolucion por demás enérgica. Nombra mayordomo de palacio á Protadio, noble romano, y confiada, por ventura con exceso, en su fidelidad y en su talento, excita á su nieto Teodorico contra su hermano. Protadio, dice el cronista borgoñon, queria igualmente la guerra, mas los leudes estaban contra ella, y exhortaron á su rey á que no desenvainara la espada contra su hermano. Parecia que iban á triunfar Brunequilde y su ministro; y borgoñones y austrasianos estaban para llegar á las manos, cuando cierto dia «aprovechando los guerreros de Teodorico una ocasion oportuna, se arrojan sobre Protadio, diciendo que valia más que muriese un solo hombre que no que fuese sacrificado todo un ejército. Estaba el ministro ju-

gando á los dados con Pedro, médico del rey, en la misma tienda de éste. Los amotinados penetran en ella, destruyéndola con sus espadas, y asesinan al que á fuerza de vejaciones, ora despojándoles de sus bienes en provecho propio y del fisco, ora humillándoles para que ninguno de ellos pudiese encumbrarse hasta donde él estaba, se habia hecho enemigos suyos á todos los nobles de Borgoña (1).» Teodorico apazguóse con Teodeberto, y ambos ejércitos regresaron cada cual á su pais sin haber ensangrentado los aceros. Los campos de batalla eran funestos para Brunequilde. La nobleza por ella humillada y sometida durante la paz, erguíase orgullosa, y desquitábase de sus derrotas en los momentos de guerra, blandiendo contra su reina la espada que ponía ésta en sus manos para que la usase contra sus enemigos.

144. Esta vez sin embargo, bien que vencedora del odiado ministro, no intentó nada contra su reina. Y es que por ventura no existía entre los leudes de Borgoña, ménos poderosos y de costumbres no tan rudas como las de los nobles austrasianos, y la madre de su jóven monarca el violento antagonismo que entre la aristocracia franca semi-bárbara aun la de Francia renana y la viuda de Sigeberto existía. Y es que por ventura los nobles borgoñones podían contar ménos con la masa de la poblacion del pais, donde habia dejado más hondas y duraderas huellas la civilizacion romana, y que por lo tanto debia mirar con cierto respeto y cariño á una princesa, que, dándose ó aspirando á darse por restauradora de aquella civilizacion, á la vez que realizaba en el exterior la importancia de sus estados, enviando

---

(1) FREDEG. § XXVII, col. 607.

solemne y aparatosa embajada al sumo pontífice S. Gregorio el Grande, para con su mediacion entablar una alianza ofensiva y defensiva con el emperador de oriente, Mauricio, contra sus comunes enemigos los Avaros, que amenazaban sus fronteras, se ocupaba, no solo en mejoras de pública utilidad, si que tambien en la reforma de las costumbres, y en la fundacion de monumentos de devocion y de caridad.

145. Como quiera que sea, aquel acto de rebellion, al par que una venganza contra Protadio, debió ser un aviso para la reina: la cual conociendo sin duda que su ministro habia llevado las cosas demasiado léjos, creyó que más que ocasion de castigar la ofensa, lo era de contemporizar con sus poderosos autores. Nombró para suceder al asesinado ministro otro, si de igual origen, de carácter enteramente opuesto. Claudio, que así se llamaba el nuevo mayordomo de palacio, era un hombre avisado, decidor, festivo, paciente sin carecer de entereza, prudente en el aconsejar, versado en las buenas letras, de una fidelidad á toda prueba y amigo de todos. Escarmentado por el ejemplo de sus predecesores, añade el cronista borgoñon de quien es tambien este retrato, se mostró benigno y hasta sufrido (1). Un año despues de este nombramiento y continuando en paz la Borgoña con la Neustria, como lo prueba el hecho que en la primera parte (núm. 61) dejamos apuntado de haber Clotario II sacado de pila á un hijo de Teodorico y de una de sus mancebas, Brunequilde, si es que siguiendo á Fredegario, queremos hacerla responsable de todo cuanto pasaba en la córte de su nieto, castigaba, segun decíamos

---

(1) FREDEGAR. § XXVIII, col. 608.

en el lugar citado, á Uncileno y Wolfio, principales autores de la muerte de Protadio (1). Permitásenos observar que si Brunequildese dió por satisfecha con aquellos dos actos de justicia ó de venganza, caso que se les quiere dar este nombre, respecto del que fué su mayordomo, y, según aquel cronista, su amante, y así lo hace sospechar el que no indique ese otras víctimas, podrá acusarse á la viuda de Sigeberto de otros defectos, pero no de sanguinaria.

146. En el mismo año,—seria el 607,—tuvo lugar el enlace de Teodorico con la princesa visigoda Ermemberga, de que tienen ya noticia nuestros lectores (núm. 62). Al hablar de la acusacion que lanza Fredegario sobre Brunequilde, asegurando que fué en gran parte efecto de sus intrigas (2) el repudio de aquella infeliz princesa, indicábamos que procuraríamos en otra ocasion demostrar el ningun fundamento de la misma: y hé aquí ha llegado el caso de cumplir aquella promesa.

147. Para juzgar con acierto de la justicia ó injusticia, y hasta de las ventajas ó inconvenientes de todo acto humano, provocado por la necesidad ó nacido súbitamente del hervor de violentas pasiones, fuerza es remontarse á los motivos racionales que pudieron darle origen. Y si bien no ignoramos cuanto tiene de peligroso este modo de proceder en cuestiones históricas, dado que, víctima de ciertas preocupaciones ó cegado por el error, puede tomar el analista por causas racionales las que no son más que fantásticas creaciones de su ofuscada

(1) Id. § XXVIII et XXIX.

(2) Eadem factione aviæ suæ Brunequildæ virilem coitum non cognovit. Instigantibus verbis Brunequildæ aviæ et Fheudelindæ germanæ eficitur odiosa. Post anni circulum Theodericus Ermenbergam, expoliatum a thesauris in epassium retrásmittit. § XXX, col. *boed*.



inteligencia, esta consideracion, provechosísima para que se proceda en emitir cualquier fallo con más tino y ménos ligereza, no debe en manera alguna retraernos de acudir á él cuando del todo nos falta otro criterio en mejores testimonios históricos basado.

148. Esto supuesto, veamos que motivos pudo tener Brnequilde para proceder en el hecho que nos ocupa conforme afirma el citado cronista. Aunque éste no indica en el pasage que dejamos transcrito en la nota cual fuese, prescindiendo de la parte que pudo tener en la del mencionado repudio la hermana del mismo monarca, el móvil de las intrigas de aquella princesa, por el que en otra parte, al hablar de las desavenencias de ésta con S. Columbano, señala como causa de ellas, puede suponerse que seria el mismo el que en la ocasion presente le induciria á separar á Ermemberga del lado de su nieto; es á saber, que fomentando sus livianos instintos y dejándole que se olvidara de la gobernacion de sus estados en las impúdicas caricias de sus mancebas, —de que pudieran tal vez disgustarle las de una esposa legítima,—le dejaba con más libertad á ella de hacer el oficio de reinar, á que fué siempre por demás aficionada.

149. Mas ¿cabe admitir en buena critica histórica que fuera éste el motivo que indujera á Brnequilde, en el caso que debemos atribuirlo á sus maquinaciones, á provocar aquel repudio? O el matrimonio de Teodorico con la princesa visigoda fué obra suya, ó se realizó mal su grado. Si lo primero, tan pronto dió entrada en su pecho al arrepentimiento, que estorbara, desde el dia siguiente de la boda, que compartiera el tálamo con su nieto á la que acababa de llamar para ocuparlo? Si lo segundo, habia de faltarle para impedirlo la influencia

que para disolverlo, empeño harto más difícil, se le atribuye?

150. Montalembert, apoyándose en la autoridad de Jonás, atribuye el casamiento de Teodorico á las amonestaciones de S. Didiero, quien deseaba apartarle de la existencia por demás torpe y libidinosa á que desde los primeros años de su mocedad estaba entregado. Sin negar la parte que en ello pudiese tener el obispo de Viena, nos hallamos asaz inclinados á creer que no dejaría de intervenir en la realización de aquel enlace Brunequilde, sino movida por las mismas causas que aquel santo prelado, impulsada por ventura por motivos políticos.

151. Aunque en paz á la sazón (606) la Borgoña, la Austrasia y la Neustria, no hemos de suponer tan desprovista á la abuela de Teodorico de talento para los negocios políticos, y de sentido práctico tan menguado que, aun dando por supuesto que olvidados por su parte antiguos resentimientos y modernos agravios, no pretendiese turbar aquella concordia, no conociera que podía ésta romperse de un momento á otro ó por ambición de unos, ó por mal querencia de otros ó por el carácter turbulento y amigo de novedades de todos. Y puesto que en caso de estallar una nueva guerra, podían aliarse otra vez en su daño las dos Francias de oriente y de occidente, dónde debía buscar apoyo y auxilio la reina de Borgoña? Únicamente en la España visigoda; en esta nación con cuyos habitantes se daban sus súbditos la mano por cima de sus fronteras, cuyo suelo la habia visto nacer y con cuyo trono soñó dos veces, con esperanzas fundadas de ver realizados sus ensueños, para dos de sus hijas (1).

---

(1) Ingunda, la esposa de Hermenegildo, y Clodesvinda que debió serlo,—no falta

152. Mas aun dado caso que no fuera obra suya aquel enlace, qué interés podia tener en romperlo una vez realizado? Tan segura y libre de contrarios se creia, que no le importase suscitarse nuevas enemistades? Cuando de un momento á otro podia ver á Austrasianos y Neustrios meterse en sus tierras por las mal guarnecidas fronteras del septentrion y del ocaso, debia, sin loca temeridad, atraer con tan violento agravio hecho al monarca visigodo, sus vengadoras huestes sobre sus pueblos del mediodía? Podia dejar de temer que se formara, como en realidad se formó (1), una coalicion de todas las naciones en medio de las cuales se encontraba como enclavada la Borgoña, lombardos, austrasianos, neustrasianos y visigodos, para caer, como nubes preñadas de granizo empujadas de todos los puntos del horizonte, sobre sus ciudades, y destruir el reino de su nieto?

153. Imposible parece que hayan podido escaparse estas sencillísimas observaciones á la consideracion de los historiadores del vecino imperio, que con más recto criterio y erudicion más escogida se han ocupado recientemente de los hechos de su patria, y que, puesta en olvido la extremada parcialidad del autor á cuya crónica habian acudido todos sus antecesores, haciendo caso omiso de las demás circunstancias que debian tenerse presentes para juzgar los hechos por aquel narra-

---

quien supone que lo fué, aunque por breve tiempo, de—Recaredo. FLOREZ, *Reinas católicas*, t. I, p. 12.—GREG. TURON. Lib. IV, § XXXVIII, etc. Lib. IX, § XVI, XX, etc.

(1) Tomaron parte en ella Clotario, de Neustria, Teódeberto, de Austrasia, Aquilulfo, rey de los Lombardos y el monarca ofendido; y si bien, como dice Fredegario, Dios no permitió que el proyecto de aquellos reyes se realizara, no es ménos cierto que el reino de Borgoña corrió un grave riesgo *por más que*, añade el cronista, *Teodorico*; y adviértase que no dice Brunequilde, *lo miró con el mayor desprecio*. § XXXI, col. 603.

dos; y cual si todos ménos Brunequilde fuesen. impecables en las cortes de Borgoña y Austrasia, á una voz y formando coro á las acusaciones del cronista borgoñon, hagan responsable á aquella princesa de los actos de sus nietos! Imposible parece que no se les haya ocurrido, para mejor apréciarlo que pudiera haber de justo ó injusto en las acusaciones de aquel, tomar en cuenta la edad de Teodorico, que á la sazón debia frisar en los veinte y dos años (1), y en quien, por lo que se desprende de lo que de él cuenta la crónica, muéstranse más que los rasgos que distinguen á los degenerados sucesores de Dagoberto, los llamados monarcas *holgazanes*, los defectos propios de su linaje, es á saber, carácter turbulento, instintos libidinosos, y condicion brava y no sufridora de ningun género de yugo! Imposible parece que, aun prescindiendo de que no era el respeto á la santidad del matrimonio, á la dignidad de la mujer y al decoro de la magestad, la virtud más comun de los príncipes de la estirpe de Meroveo, no hayan tomado en cuenta que en el palacio de Metz daba el imbécil Teodeberto, no sujeto á la influencia de su abuela, ejemplos de liviandad no ménos repugnantes que los que en los de Borgoña ofrecia su hermano Teodorico; y en suma que no se apercibiesen que en la ocasión presente era, más que infundada, inverosímil la acusacion lanzada contra Brunequilde; pues no cabiendo otra sospecha sino la de que obrara ésta movida del temor de que le suplantara su nuera en la influencia ó dominio que sobre su nieto ejercia, como dejamos apuntado, no debia aquella por ningun concepto anteponer este peligro eventual y tal vez remoto,

---

(1) GREG. TURON, lib. IX, § VI, pone su nacimiento en el 587.

al inmediato y casi seguro de provocar nuevas guerras entre su nieto y ella; ya que podía suceder, como de ello tenia un ejemplo en Hilperico respecto de su concubina Fredegunda, que el predominio que sobre el corazon de su nieto pudiese alcanzar una esposa legítima, lo lograra, con ménos ventaja para ella, una vil manceba!

154. Con este hecho del repudio de Ermemberga, motivo de tantas acusaciones contra Brunequilde, hállanse enlazados y pueden considerarse como efectos suyos dos que han dado materia á inculpaciones mucho más que aquellas graves, y que serian bastantes ellos solos á deslustrar las elevadas prendas de ingenio y de carácter que atribuyen escritores de no escaso renombre á aquella reina, á caberle en ellos la parte de responsabilidad que muchos suponen. Nos referimos al martirio de S. Desiderio, obispo de Viena, y á las persecuciones contra el famoso monje irlandés y apóstol de los Francos, S. Columbano, causas entrambos, y en especial el primero, segun antiguas leyendas, de la caída y muerte de Teodorico, y de la desaparicion de su descendencia. Dificilísimo es el proceso en que, como narradores y jueces de los actos de Brunequilde, vamos á emitir nuestro humilde parecer. Por fortuna, aunque no en todo nos hallemos conformes con él, el docto y elocuente autor de la *Historia de los monjes de occidente*, nos suministra en ella acerca de S. Columbano datos importantísimos, que han de servirnos de mucho auxilio para el desempeño de tan grave tarea. Respecto del martirio de S. Desiderio, de sus causas y autores, no sabemos de ningún escritor, efecto sin duda de nuestra ignorancia, que se haya ocupado en examinar detenidamente y á la luz de la crítica histórica aquel lamentable suceso, para señalar la parte de responsabilidad que corresponde á cada uno

de los personajes que en él figuran (1). Así, pues, sin autoridad propia y sin tener quien nos dirija y alumbre, vamos á dar nuestro dictámen en tan difícil sujeto. Guénos Dios para que no se tuerza en nuestra mano la vara de la justicia.

155. El martirio de S. Desiderio es un gran crimen: uno de esos crímenes que atraen las iras del cielo sobre sus autores. El vapor que se exhala de la sangre de los mártires vuelve á caer al suelo en lluvia de castigos. El cronista borgoñon que lo narra no duda en atribuir á él, segun las mencionadas leyendas, la ruina del reino de Teodorico, y la muerte éste y de sus hijos. Mas ¿quién fué su autor?

156. Veamos lo que dicen los cronista coetáneos ó que escribieron pocodespues de haberse verificado aquel suceso. El escritor anónimo, natural de Viena, contem-

---

(1) Masdeu, sin detenerse á hablar de la que llama pasion de S. Desiderio, mártir, se limita á negar que sea de Sisebuto la vida, que le atribuian algunos, en realidad con escasísimo fundamento, de este santo.—Huguenin, aceptando el relato de Fredregario, y por consiguiente que Brunequilde, al decretar la muerte del Obispo de Viena siguió los consejos de Aridio, se limita á decir en descargo de aquella, que siendo como eran tan temidas las públicas reprensiones de una persona sagrada, se concibe fácilmente que una reina tan severa como lo era la viuda de Sigeberto, no viese más que un acto de rigor legítimo en lo que era en realidad un acto de injusticia y de barbarie.—Darras echa sobre la abuela de Teodorico, «cuyos desórdenes, dice, fomentaba para conservar su autoridad,» toda la responsabilidad del crimen. Y en fin y para no citar más autores, Montalembert dice: «El Obispo de Viena que habia aconsejado al rey que se casara, fué muerto por asesinos apostados por la reina madre:» El ilustre conde debió fundarse para escribir estas líneas en el testimonio del autor anónimo de la vida de S. Desiderio, de que hacemos memoria en el texto. Aun cuando no resultase, como resulta de muchos pasages la parcialidad con que está escrita esta vida y el odio que profesaba su autor á la reina abuela, nos parece que debia el autor de los *Monjes de Occidente*, ya que con más detenimiento y mayor critica se ha ocupado en los hechos que estan más relacionados con el asunto de su obra, hacer siquiera una indicacion de lo que acerca de aquel hecho dice Fredregario, para que en vista de ambas autoridades se inclinaran sus lectores al dictámen que más fundado les pareciese.

(\*) Tomo 10, Ilustracion IV. pág. 281.

(\*\*) Op. cit. pág. 192.

(\*\*\*) *Hist. générale de l'Église*, t. XV, pag; 312.

poráneo del santo obispo,—cuyas actas, en lo que se refiere á la vida y martirio de éste siguen los Bolandistas,—y tan grande enemigo de Brunequilde, á quien compara con Jezabel y Herodías (1), que llega hasta á acusarla de impiísima protectora de la heregia arriana (2), y por igual manera que atribuye á dicha reina sola el destierro de S. Desiderio (3), hace tambien recaer sobre ella sola la responsabilidad de su muerte (4).

157. Jonás al hablar de este mismo hecho en la vida de S. Columbano, que escribió, segun parece, por los años de 643, ó sea pasados treinta y seis del martirio de aquel prelado, refiriéndose tambien á documentos anteriores (5) y sin duda alguna distintos de la biografía citada, lo supone llevado á cabo por orden de Teodorico y Brunequilde (6). Al propio tiempo menciona de paso el destierro del santo prelado, pero sin indicar la causa, ni señalar quién ó quienes fuesen sus autores.

158. Por último, el borgoñon Frédegario, el cual re-

(1) Et sicut Jezabel contra Eliam, (et Herodias contra Joannem Baptistam) ita et nunc earum sectatrix et pedissequa Brunechildis, contra Desiderium inardescit. *Acta sanctorum*, mensis maii, t. V, pág. 252.

(2) Eodem namque tempore Brunechildis regina impiissima regnum Burgundiorum obtinebat. Arriane hæreseos factrix famosissima. *Ibid.* Los Bolandos salen al paso á esta acusacion, recordando los elogios que de su piedad habia hecho S. Gregorio el Magno, y las iglesias por ella fundadas.

(3) Quid multa. Diabolo instante et Domino permitente... sanctum circum in insula Levisio nomine exilio pertrahi compellit. *Ibid.* — El autor dá como causa del destierro el enojo de la reina por haberle reprendido el santo, zelo divino succensus, por su matrimonio incestuoso con Meroveo (recuérdese que fué bendecido por San Pretextato y que habia tenido lugar veinte años antes), y por otras maldades.

(4) Protinus nimio inflamata (Brunechildis) furore, ardenti consilio servum Dei conatur occidere: conquerens ipsius verbis Regis amorem ergo se refriguisse... et ubicumque possit comprehendí, protinus cura præcepit interfici. *Ibid.*

(5) Cujus gesta (id est sancti Desiderii) scripta habentur. — *Acta sant. loc. cit.* pag. 251.

(6) Eo in tempore Theodericus atque Brunechildis non solum adversus Columbanum insaniebant, verum etiam et contra sanctissimum Desiderium, Viennensis urbis episcopum adversabantur. Quem prius exilio damnatum, multis injuriis effigere nitentur: ad postremum vero glorioso martyrio coronarunt. *Acta sanct. loc. cit.*

dactaba su crónica pocos años despues de los en que escribía Jonás, y de quien afirman los Bolandistas, y opinamos que no sin fundamento, que no tuvo presentes las actas del biógrafo anónimo, debiendo por lo tanto haber bebido en otras fuentes, hoy del todo ignoradas; el borgoñon Fredegario, decíamos, parece atribuir (1) el destierro de S. Desiderio á un concilio,—conciliábulo lo llama Darras,—reunido en Chalons-sur-Saone, y obrando bajo la influencia de Aridio y de Brunequilde, á fin de que, depuesto por él aquel prelado, pudiesen sentar en la silla que dejaria éste vacante á un tal Domnolo (2), verdadero siervo del diablo, dicen los hagiógrafos, tan manchado de crímenes, como era S. Desiderio rico en virtudes (3); mientras que respecto de su martirio, despues que le fué levantado su destierro, segun el autor anónimo, por la misma Brunequilde (4), dice terminantemente que fué ordenado por Teodorico por consejo del

(1) Para arrojar á un obispo de su silla, dice Darras, necesitábase una acusacion jurídica y una sentencia conciliar. Brunequilde preparó la una y la otra. Compró por oro el falso testimonio de una mujer de costumbres livianas, quien tuvo el descaro de lanzar contra Desiderio una acusación infame. El metropolitano de Lyon, Aridio, tuvo la debilidad de darle asenso. Un concilio reunido bajo su presidencia en Chalons-sur-Saone (603) pronunció la deposicion del piadoso prelado. Nos faltan, añade, las actas de aquel *conciliábulo simoníaco*. Los historiadores,—permitásenos que recordemos á nuestros lectores que no se refiere ni puede referirse á los citados por nosotros, ó sea á los más antiguos,—se limitan á decir que Aridio, fautor y cómplice de Brunequilde, se prestó dócilmente á ponerse al servicio de los odios de la córte.—*Hist. génér de l'Église*, t. XV, pag. 313.

(2) Hé aquí el texto de Fredegario. Anno VIII regni Theodorici... synodus Cabilorum colligitur: Desiderium Vienstensem episcopum dejiciunt, et instigante Aridio Lugdunensi episcopo et Brunechilde, subrogatus est loco ipsius sacerdotali officio Domnolus. § XXIV.

(3) *Vita S. Desiderii*, atribuida, ya dijimos que sin fundamento sólido, á Sisebuto.

(4) Dum ergo vita et his similia (miracula) Christus Dominus per famulum suum operaretur assidue; et exinde fama ejus per totam crebresceret de die in die provinciam, invida et insaciabilis persecutrix nimio livore tacta, quod gloriam ejus magis ac magis creneret in populo disseminari; simulans se super eum pietate motam fore, juvet eum ad propriam sedem redire, etc.—*Acta sancti*. Ibid. pag. 253.



pérfido obispo lionés,—son sus propias palabras,—y á persuacion de su abuela Brunequilde, añadiendo que era de creer que se debía á tan infame hazaña la ruina del reino de Teodorico y de sus hijos (1).

159. Más adelante y en el último tercio del siglo x, ó sea en 970, el cronista Adon, obispo tambien de Viena, escribió igualmente la vida de su santo predecesor en aquella silla, tal como se encuentra narrada en antiguos documentos, *sicut antiquis scripturis commendatur*, pero más especialmente en las actas del citado autor anónimo, con amplificaciones, añaden los Bolandos, de escasa importancia ó dignas de censura (2).

160. Tenemos, pues, dejando á un lado á este último cronista, que escribía á más de tres siglos y medio de distancia de los sucesos que narraba, tres hagiógrafos, uno contemporáneo del santo prelado vienense, y dos que florecieron poco despues de su muerte; de los cuales el primero, cuya parcialidad y encono contra Brunequilde se revela en muchedumbre de pasajes de su obra, hace rea á esta sola del martirio de aquel santo, cuyos ejecutores fueron los impíos condes Befano, Gasifredo y Betone; y dos, no de mucho posteriores á aquel lamentable suceso, de los cuales, el uno, en vista de documentos más antiguos, reparte la responsabilidad del mismo entre Teodorico y Brunequilde, y el otro afirma haber sido sus autores éstos y el obispo Aridio.

161. A cuál de los tres testigos debemos dar mayor

---

(1) *Et anno (XII Theodorici) Theodoricus concilio Aridii episcopi Lugdunensi perfidi utens, et persuasu avie sue Brunechildis sanctum Desiderium de exilio egressum lapidare precepit: ad cuius sepulcrum miræ virtutes a die transitus sui dominus integra assiduitate ostendere dignatur, per quod credendum est, per hoc malum gestum regnum Theodorici et filii sui fuisse destructum. § XXXII.*

(2) *Ibid.*, pág. 251.

crédito? En buena ley de crítica histórica deberíamos dárselo al autor coetáneo de los hechos por él narrados. Pero si á esta circunstancia, que da más precio á su deposicion sobre las de los otros escritores, se puede oponer la de su parcialidad que le lleva suponer en Brunequilde defectos que no tuvo, tal como la de ser arriana, y exagerar los que se le atribuyen, ¿no se puede dudar tambien en buena ley de crítica, de la veracidad de aquella, con tanta más razon cuanto se halla en parte desmentida por otros dos escritores casi del mismo tiempo y no ménos que dicho autor enemigos de aquella reina?

162. Qué interés podian tener además el monje Jonás en atribuir participacion en el sacrilego crimen á Teodorico, y el cronista borgoñon á éste y á Aridio; y por lo que se refiere al destierro de aquel santo prelado, á este mismo Aridio y á los obispos reunidos en asamblea en Chalons-sur-Saone, echando tan fea mancha sobre la fama del primero y el buen nombre de aquellos prelados, si uno y otro acto de repugnante é impía injusticia hubiesen sido obra únicamente de Brunequilde? Y si el arzobispo de Lyon y sus harto dóciles sufragáneos obraron cediendo á los ruegos ó á las amenazas, y á los halagos ó á las intrigas de aquella reina, qué razon pudo mover á Fredegario, ya que tan dispuesto se hallaba en atribuirle cuantos crímenes y desafueros en las dos córtes de la Francia oriental se cometian, á no hacer mencion de esta circunstancia, que si no á disculpar, hubiera bastado á atenuar por lo ménos lo que de odioso é injusto pudo haber en el destierro del prelado vienense?

163. Se ha atribuido el martirio de éste, siguiendo el dictámen del autor anónimo de sus actas, al enojo de la viuda de Sigeberto por haber dicho prelado aconsejado á su nieto que, renunciando á la vida de libertinaje

á que se hallaba entregado, compartiese su régio tálamo con una esposa legítima. Hé aquí como el abate Daras, cuya erudicion y recto criterio somos los primeros en admirar y aplaudir, ampliando y añadiendo nuevos pormenores, á la manera del cronista Adon, al relato de aquel autor, refiere ese hecho. «El real mancebo Teodorico, quien en toda esa lamentable historia parece haber sufrido más que secundado el ascendiente de su abuela, manifestó vivísimos deseos de conocer al santo prelado. Las actas no mencionan el pueblo donde tuvo lugar la entrevista. Teodorico, favorablemente dispuesto por efecto de las amonestaciones de S. Columbano, consultó con Desiderio, y le preguntó si podia la Iglesia templar algun tanto la severidad de sus leyes acerca del matrimonio, haciendo alguna concesion á la juventud y al ardor de las pasiones. El Santo contestó, explanando aquel tan conocido texto de S. Pablo: *unusquisque uxorem habeat, et unaquæque suum virum*, y con tal elocuencia y majestad lo hizo que los asistentes rompieron en aplausos. Pero Brunequilde, que sacaba provecho de los desórdenes de su nieto para conservar su autoridad, no podia consentir que admitiese en su lecho á una esposa legítima (1).» Ni Jonás, ni Fredegario indican cuál fué la causa del martirio del prelado vienense. Aquel se limita á advertir que Teodorico y Brunequilde aborrecian por igual manera á éste y á Columbano: el ségundo, segun hace poco decíamos, que fué ordenada la muerte de aquel santo por el monarca borgoñon á instancias de Aridio y de su abuela. Ante el silencio de estos dos cronistas respecto de una circunstancia de tanta monta, y

---

(1) *Hist. génér. de l'Église*, t. XV, pag. 312.

cuya revelacion tanto debia contribuir á hacer más odiosa la memoria de aquella reina, de quien eran declarados enemigos; nõ cabe sospechar por lo ménos que fuese otro, ú acaso otros, y no el indicado por el autor anónimo, el motivo del martirio del Sto. obispo de Viena?

164. Nosotros, aun sin desconocer el escaso valor que tienen los argumentos negativos, nos inclinamos á creer que pudieron ser otros los móviles á que obedecieron los fautores,—ya que no creemos debe hacerse única responsable á Brunequilde, — del sacrilego crimen, porque dejando á un lado, que casi no cabe dudar que existia una antigua enemistad entre aquel santo y Aridio, á quien no es fácil descargar de la parte que en él le señala Fredegario, la coincidencia de haber tenido lugar en el mismo año, y en el espacio por lo tanto de pocos meses, el levantamiento ordenado por Brunequilde del destierro de aquel prelado y el envío de la solemne embajada, de la cual formaba parte el mismo Aridio, —y esta circunstancia es muy para tomada en cuenta,—al monarca visigodo Witerico á fin de pedir para el licencioso principe borgoñon la mano de su hija Hermemberga, la cual era ya por ventura prometida esposa de aquel, ó estaba á su lado cuando tuvo lugar, el 23 de mayo, el glorioso tránsito del prelado Vienense, dan motivo á sospechar que nõ pudo ser el señalado por el hagiógrafo coetáneo de aquel santo 'el motivo de su martirio. Permitánnos nuestros lectores que les recordemos lo que dejamos escrito acerca la intervencion que pudo tener, á nuestro juicio, la abuela de Teodorico en su enlace con la princesa visigoda y en su ominoso repudio, y en vista de las observaciones que allí emitimos y de los hechos que acabamos de apuntar, juzguen por sí mismos si aparece ó nõ tan probado, como afirma

el mencionado hagiógrafo que sea Brunequilde sola la autora del martirio de S. Desiderio; si sin torcer la vara de la justicia, puede señalársele el segundo lugar, como lo hace Jonás, ó el tercero, como lo indica Fregario, en la responsabilidad de aquel sacrilego delito; y en suma si en buena crítica histórica no puede sospecharse que fuesen otras las causas del mismo, relevándose por lo tanto á la reina de Borgoña de la responsabilidad que única y exclusivamente hace pesar sobre ella el escritor anónimo tantas veces citado. Hasta hoy el fallo de la historia respecto de este punto, lo sabemos, le ha sido adverso; pero tambien sabemos que no siempre son justos los que de aquel tribunal emanan, y que respecto del que nos ocupa cabe que sea derogado, ó por lo ménos en gran parte modificado el día en que, delante de aquel mismo tribunal, se estudien con más detencion las piezas del proceso, ó con más escrupulosidad se examinen las deposiciones de sus testigos por jueces más hábiles y de mayor ilustracion que nosotros.

165. Aunque ménos trágica que la que acabamos de referir la contienda entre el Santo abad de Luxeuil y los regios moradores de los palacios de Borgoña, puesto que no termina cual ella en derramamiento de sangre, interesa sin embargo más, ya por sernos más conocidos el carácter de uno de los personajes que en ella intervienen, y sus más insignificantes pormenores, ya porque, ó mucho nos engañamos, fué perdiendo su índole de personal, aunque conservando lo que tuvo de apasionada, para convertirse en lucha de amor propio y de influencias (1).

---

(1) Meätalembert la considera como la primera y no ménos importante de las que estallaron en diferentes ocasiones entre los monjes y los reyes cristianos, por tanto tiempo y naturalmente aliados. Op. cit. t. II, p. 483.

166. El autor de « Los Monjes de occidente » con talento de discreto y hábil narrador, por el cual, sin faltar á la verdad, se convierte el relato en bella y animadísima pintura, nos ha dado á conocer la gran figura del misionero irlandés; la vocacion, que, nuevo Abraham, le mueve á abandonar su pátria para ir en busca de nuevas tierras en que establecerse con sus monjes, y donde fundar nuevas colonias de operarios destinados á cultivar el campo de la fé; sus fundaciones en Anegrey y en Luxeuil, antiguas fortalezas romanas que le cede Gonthram; sitios, especialmente el último, llenos de recuerdos y de simulacros del paganismo y de la idolatría germánica, sobre cuyas destrozadas ruinas debia levantarse la gran metrópoli monástica de Austrasia y de Borgoña; sus triunfos, así sobre las fieras que vagaban por sus agrestes selvas, por él y por sus discípulos transformadas en breve espacio de tiempo en fértiles campos y tierras de pastos, como sobre los rudos moradores de aquellas comarcas, que se pueblan á su vez de cenobitas; y sus altercados con el clero y el episcopado galo-francos, « á quienes descontenta primero con las extrañezas de su traje y de su tonsura; por ventura tambien con el celo tal vez exagerado con que de palabra y por escrito se esfuerza en llamar á todos, y en especial á los prelados, al cumplimiento de sus deberes; y mucho más sin duda con su obstinacion en hacer celebrar la Pascua segun la costumbre irlandesa (1) »; altercados que debieron contribuir á disminuir el poderoso ascendiente que entre los galo-francos le habian alcanzado el renombre de su santidad y el ruido de sus milagros.

---

(1) Esto es, en el décimocuarto dia de la luna, cuando caia en domingo, y no conforme al uso universalmente establecido, en el domingo despues de aquel dia.

167. Pero S. Columbano que estaba dotado de uno de esos caracteres que no se doblan, antes bien se irguen y adquieren más bríos ante los obstáculos; de esas voluntades enérgicas que, sobre todo cuando han sido templadas, como el hierro en la fragua, en el fuego del celo religioso, marchan resueltas y pasando por todo á donde creen que les llama el deber, aunque sepan que han de encontrar el martirio en su camino; que era de esas almas ardientes que, sintiéndose llamadas á difundir la fé y la moral, derraman por todas partes el fuego divino que arde en ellas, sin inquietarse por los incendios que levantan; S. Columbano se halló, á pesar de las luchas por espacio de veinte años con inquebrantable firmeza sostenidas, y de que debía frisar ya en los setenta de su edad, con el vigor necesario para arrojarse á la más recia y peligrosa de las que hasta entónces habia emprendido; para bajar á un palenque donde el campeón de la moral cristiana contra las pasiones humanas más aviesas y rebeldes al yugo, la liviandad y el orgullo, debía esperar que si la gracia no le secundaba, podia al igual que su antecesor en el combate, el santo obispo de Viena, recojer en él, más bien la corona del martirio que el laurel de la victoria.

168. Hé aquí como refiere Fredegario, siguiendo al abad Jonás, autor, como dijimos, de la vida del santo irlandés, aquella lucha. Aunque parciales y apasionados en su odio á Brunequilde, tanto el monje como el cronista, son los únicos testimonios coetáneos de los sucesos por ellos narrados, y las únicas fuentes, por lo tanto, á donde han acudido cuantos en épocas más recientes en los mismos se han ocupado.

169. «En el décimo cuarto año del reinado de Teodorico, dice el citado cronista, la reputacion de S. Colum-

bano habíase extendido por las ciudades y provincias de la Galia y de la Germania. Y tan celebrado y tan estimado de todos era, que el rey Teodorico iba con frecuencia á visitarle en Luxeuil para pedirle el auxilio de sus oraciones. Y como repitiera sus visitas; el hombre de Dios comenzó á reprenderle, echándole en rostro el que se entregase al adulterio con sus mancebas, en vez de gozar de las dulzuras de un matrimonio legítimo. Y como el monarca se mostrase dócil á las palabras del hombre de Dios, y prometiese abstenerse de las cosas ilícitas, la vieja serpiente se introdujo en el alma de su abuela Brunequilde, *que era una segunda Jezabel* (1), y la excitó contra el santo por el aguijón del orgullo. Viendo pues que Teodorico obedecía al hombre de Dios, temió que si su nieto, despreciando sus concubinas, ponía una reina al frente de la corte, no tardaría en ver menoscabados su dignidad y sus honores. Aconteció pues que en cierta ocasion Columbano fué á ver á Brunequilde, que se hallaba á la sazón en su palacio de Bourcheresse (2), y aprovechando la ocasion de haberse llegado el santo á su morada, presentóle los hijos que había tenido Teodorico en sus adulterios; y como al verlos, preguntase el santo que querían de él, Brunequilde le dijo: «Son los hijos del rey; confírmalos con tu bendición.....» *Regis sunt filii, tu eos benedictione robora.* — «Sabe, ó reina, contestó Columbano, que no empuñarán jamás el cetro real, porque proceden de bajo origen,» *At ille: Nequaquam, inquit, istos regalia sceptrasuscepturos scias; de lupanaribus emergerunt.* Fuera de sí la

(1) Estas palabras recuerdan el *Diabolo instante*, y el *sicut Jezabel contra Eliam*, que se leen en las actas de S. Desiderio.

(2) Entre Chalons y Autun.



reina, mandó á los niños que se retirasen, y habiendo salido el hombre de Dios del regio aposento, en el momento en que pisaba su dintel, se dejó oír un ruido terrible, *fragor ex terrore incusit*. Mas no fue parte á reprimir el furor de aquella miserable mujer, que se preparó á tenderle asechanzas. Y envió órdenes á los monasterios vecinos de que ninguno de los monjes saliese de ellos, y de que nadie les diese hospedaje ni socorros.»

170. Permitásenos que interrumpamos por brevísimos momentos el relato del cronista, á fin de exponer una observacion que ha pasado desapercibida á los escritores que se han ocupado en estos hechos, incluso el sábio autor de la «Historia de los Monjes de Occidente,» que más detenidamente los ha relatado. Brunequilde al presentar al santo abad los hijos de Teodorico para que los bendijera, más que una gracia espiritual, debia prometerse alcanzar de él una especie de consagracion, una como sancion superior que les habilitara para poder sentarse en el trono, del cual, viviendo el hermano de su padre, podía alejarles su mancha de bastardía. *Son hijos de rey*: decia Brunequilde; *confirmalos*, esto es, legitímalos, hazlos dignos de reinar por tu *bendicion*. Y así debió entenderlo el prelado, cuando, en vez de acceder á los deseos de su reina, contestaba recordándole la baja procedencia de sus nietos, y le anunciaba en son de profecía, que no llegarían á empuñar el cetro real. Brunequilde, ya que se pretendía hacer recaer sobre ella sola toda la responsabilidad de la contienda entre la corte y el santo abad de Luxeuil, Brunequilde debió sentirse lastimada, más que por la ruda franqueza del lenguaje del monje, que lo inculto de los tiempos sino disculpaba, hacia ménos repugnante, por ver desvanecidas las esperanzas que por ventura en su peticion al santo fundara; y esto

explicaría la saña que contra él concibiera, y que le inspiraría la orden de prohibir á los religiosos á quienes gobernaba Columbano que saliesen de sus monasterios, y á los súbditos de su nieto darles hospitalidad y regalos.

171. Mas si tal fué el origen de la lucha entre el santo monje y los reyes borgoñones suscitada (1), no tarda ésta en tomar otro sesgo, y de personal que pudo ser al principio, se hace de privilegio de clase y de amor propio; enconándose de cada vez más, porque, aun prescindiendo del interés que podían tener en hacer mayor el rompimiento el orgullo ofendido de Brunequilde y las pasiones enemigas de todo freno de Teodorico, ni la corte de Borgoña se sentía dispuesta á humillarse ante la inflexibilidad de carácter de un monje extranjero; ni éste, que se creía omnipotente porque creía obrar en defensa de su regla, en provecho de la salvación suya y de los monjes sus súbditos; y porque se sentía con alientos ó fé bastante para llegar hasta el martirio, se hallaba inclinado á alterar ante la voluntad de un monarca el rigor de la disciplina monástica. Dejarémos al cronista la continuación del relato de esta disputa, absteniéndonos de todo comentario, seguros de que nuestros lectores sabrán apreciar el nuevo sesgo y carácter que ésta va tomando, y la mayor ó menor culpabilidad, ó por mejor decir, falta de prudencia y sobra de pasión de los personajes que en ella figuran.

172. «Columbano, sigue diciendo Fredegario, vien-

---

(1) Le Cointe le atribuye, fundándose en la autoridad del autor coetáneo de la vida de S. Agilo ó Agilon, á haber S. Columbano negado la entrada á sus cenobios á los seglares, incluso á los príncipes y á la misma Brunequilde. Acaso, dicen los anotadores de Fredegario, fué esta la ocasión primera de la querrela, que, como acontecer suele, se enconó despues por otros motivos.—FRED, *Ibid*, nota b.

do el ánimo de los monarcas exaltado contra él, fuese á ellos (1), á fin de quebrantar con sus consejos aquella indigna pertinacia. Hallábanse á la sazón en Epoisse, su casa de campo. Y habiendo llegado á ella al ponerse el sol, anunciaron al rey que estaba allí el hombre de Dios, y que no quería entrar en palacio. Entonces dijo Teodorico que valia más honrar con oportunos regalos, *opportuniis subsidiis*, al hombre de Dios, que provocar el enojo de éste, ofendiendo á uno de sus siervos. Y así mandó disponerlo todo con régia pompa y llevarlo al santo monje. Llegáronse pues á él, y según el rey lo había mandado, ofreciéronle sus presentes. Y como viese que le ponian delante manjares y copas con grande aparato, preguntóles qué querian. A lo que contestaron: «es lo que te envia el rey». Y abominándolo, exclamó: «reprueba el Altísimo los dones de los impíos: ni merece que se manchen los labios de los siervos de Dios con sus manjares el que les prohíbe la entrada, no tan solo de su casa, sino de la de los demás.» A cuyas palabras saltaron á pedazos las copas, derramóse por el suelo el vino y la cidra, y todo lo demás se dispersó acá y acullá. Asustados los ministros anunciaron lo que acaba de pasar al monarca, quien lleno de terror, fué con su abuela al amanecer á visitar al hombre de Dios, y le pidieron perdon por lo pasado y le prometieron enmienda para en adelante. Aplacado con tales promesas, volvió Columbano á su monasterio; mas aquellos no tardaron en faltar á ellas, reincidiendo en sus antiguos peca-

---

(1) Me aparto de la traducción de Guizot á fin de ajustarme más al sentido del original. Sé que con esto haré perder á la mía la corrección y elegancia que tiene la francesa; mas cuando, como en el caso presente, el texto ha de servir de pieza de un proceso, es preciso sacrificarlo todo á la exactitud.

dos, y tornando el rey á sus acostumbrados adulterios. A cuya noticia el santo abad escribió á éste una carta llena de reprensiones, *verberibus plena*, en la que le amenazaba con la éxcomunion si retardaba la enmienda. Con lo cual de nuevo enojada Brunequilde, excitó el ánimo del monarca contra el santo, poniendo el mayor empeño en perderle, y rogó á los próceres y grandes de la córte que le excitasen tambien contra el hombre de Dios: y hasta se atrevió á pedir á los obispos, que, suscitando sospechas acerca de su religion, pudiesen reparos á la regla que habia impuesto á sus monjes. Y dóciles los cortesanos á las sujestiones de aquella miserable reina, excitaron en efecto el ánimo del rey contra el hombre de Dios, induciéndole á que le mandase venir á la corte para probar su religion. Así pues fué el rey á Luxeuil y le preguntó por qué se apartaba de las costumbres de sus comprovinciales, y no tenia abierto á todos los cristianos el interior de su monasterio. Y el bienaventurado Columbano, que era animoso y de recio temple, contestó á los reparos del monarca, diciendo: que no tenia costumbre de franquear la entrada de la habitacion de los siervos de Dios á los seglares y á los hombres extraños á la regla (1); pero que tenia lugares dispuestos y destinados á recibir á toda clase huéspedes. A lo cual contestó el monarca: «Si deseas merecer los dones de nuestra generosidad y alcanzar nuestra proteccion, has de permitir la entrada á todos en tu monasterio.» «Si pretendes violar, repuso el hombre de Dios, lo que ha estado hasta ahora sujeto al rigor de nuestras reglas, ten entendido que me nega-

---

(1) Acerca el rigor con que negaban las reglas monásticas la entrada en los cenobios á los laicos, V. MABILLON. in Pref. Seculi 2, Bened. n.º 53.

ré á aceptar tus favores y tus dádivas. Y si llegaste hasta aquí para destruir los cenobios de los siervos de Dios y alterar las reglas de su disciplina, ten entendido que tu reino caerá derrumbado y que perecerás con todo tu real linaje.» Y así sucedió en efecto. Habia ya el rey penetrado con atrevida planta hasta el refectório; mas volvió atrás asustado por aquella amenaza. Y como despues de esto el hombre de Dios abrumara al jóven monarca con nuevas recriminaciones: «Por ventura esperas, le contestó éste, que te proporcione la corona del martirio; mas sabe que no soy tan loco para que intente cometer tan abominable crimen. Ven á mejor acuerdo y ganarás en ello, y como renunciastes antes á las costumbres de los demás hombres, vuelve ahora al sendero de donde no debias haberte desviado». Los cortesanos exclamaron todos á una voz que no querian sufrir en aquellos lugares á un hombre que cual él de tal suerte se apartaba del trato de los demás; pero Columbano replicó que no saldria del recinto del monasterio sino obligado por la fuerza. Fuése pues el rey, dejando á cierto noble llamado Bandulfo que echó al hombre de Dios del monasterio, y lo llevó desterrado á la ciudad de Besanzon, hasta que el rey determinara lo que debia hacerse».

173. «Hallábase el santo abad en aquel lugar de su destierro, de todos venerado, cuando paseando cierto dia la vista desde un altillo por el camino de Luxeuil se le ocurrió que nada se oponia á que volviese á su monasterio; y tomando una resolucion definitiva dirígese á él. Al llegar á oidos de Brunequilde y de Teodorico la noticia de su vuelta, envian un conde con una escolta de soldados para que de nuevo le conduzcan á Besanzon. Los enviados, continúa diciendo el cronista, en-

contraron al venerable Columbano en la iglesia salmodiando y orando con la comunidad. «Hombre de Dios, le dijeron, suplicámoste que obedezcas las órdenes del rey y las nuestras, y que regreses al punto de donde venistes.» — Y el abad: «No creo complacer á mi Criador volviendo á mi patria, que dejé una vez para servir á Jesucristo.» Y como viesen al hombre de Dios poco dispuesto á obedecerles, Bertano, que tal era el nombre del conde, se retiró, dejando allí á los más resueltos para llevar á cabo lo decretado por la córte. Suplicaron éstos al hombre de Dios que se apiadara de ellos, que estaban allí para dar cumplimiento á lo mandado; que se hiciera cargo del duro trance en que se hallaban, ya que de no echarle del monasterio, estaban amenazados de muerte. Mas el santo les contestó que tenia hecho ya el propósito de no salir de aquel sitio sino obligado por la fuerza. Por lo cual viéndose entre dos peligros y temiendo uno y otro, cógenle por el palio de que se hallaba revestido, y arrodillándose delante de él, le ruegan, bañados los ojos en llanto, que les perdone el mal que le hacen, ya que obedecen no á su propia voluntad, sino á las órdenes del monarca, etc.» San Columbano se dejó vencer por los ruegos de aquellos hombres, trasladándose á Nantes, desde cuyo punto habiendo intentado, bien que inútilmente, volver á Irlanda su pátria, fué á establecerse por algun tiempo en los estados de Teodoberto, hasta que por fin, despues de varios lances, pasó á Italia donde fundó el monasterio de Bobbio, en el cual durmióse en el ósculo del Señor el 21 de Noviembre de 615.

174. No sabemos si la lectura de los largos pasajes que acabamos de transcribir habrán hecho en el ánimo de nuestros lectores el mismo efecto que en nosotros hizo su estudio y un no ligero exámen de lo que acerca

del santo monje irlandés, de sus trabajos apostólicos en Francia, y de la regla que dió á sus monjes y de sus extrañas costumbres escribe Montalembert en su obra ya citada. Mas si debiésemos juzgar de sus impresiones por las nuestras, no dudáramos en suponer desde ahora que les habíamos de hallar muy dispuestos á rebajar no pocos grados de la culpa que en lo del destierro de aquel santo atribuyen á Brunequilde sus contrarios; en reconocer que si realmente salió de la córte de Borgoña la primera chispa que produjo el incendio, y si fué aquella reina la que provocó la lucha, en cambio no fué ella sola la causa del definitivo rompimiento entre la corte de Borgoña y el abad de Luxeuil, y que de haber cedido algun tanto al principio Brunequilde y Teodorico en sus pretensiones, y de haberse el santo monje irlandés mostrado ménos severo en los momentos en que aquellos se humillaban; ménos rígido guardador de un precepto, cuya infraccion, tratándose de las personas reales, en nada podia alterar las condiciones de la vida monástica, y algo más indulgente con las flaquezas humanas, en aquellas voluntades, rebeldes aun á todo yugo, más disculpables, hubiera podido terminar aquel conflicto, casi nos atreveríamos á decir aquella lucha de amor propio, en la cual los monarcas obedecieron con sobrada docilidad á las sugestiones del orgullo y el santo á las poco prudentes inspiraciones de un celo exagerado, con ventaja para todos, y con ménos escándalo para los que hubieran deseado ver más respetada por unos la majestad y la santidad por otros.

175. Coinciden con estas desavenencias con el santo misionero irlandés las miserables querellas de envidia, de amor propio y de exagerada soberbia entre Brunequilde y la esposa del otro nieto suyo, Teodeberto, Bili-

childe, que en otra parte dejamos indicadas. Fáltannos acerca de este hecho hasta los precisos datos para fundar en ellos siquiera las conjeturas con que resolver ó dar acerca de él nuestro humilde dictámen. Aquello de ser querida de los Austrasianos, porque les indemnizaba de la *pobreza de inteligencia de Teodoberto*, podria suponer una influencia en el ánimo de éste y en la gobernacion de sus pueblos capaz de despertar los celos de la abuela del príncipe, para quien no habian tenido más que ódios é insultos los leudes de Austrasia. El cronista borgoñon habla de una entrevista que á ruegos de Brunequilde debia celebrarse entre ella y su antigua esclava, y ahora nuera suya, para restablecer la concordia entre sus nietos, y cuya realizacion los proceres austrasianos estorbaron (1). Despues de esto y sin indicar siquiera cuál pudiese ser la causa que moviese á éstos á oponerse á aquel propósito, y como si de todos los dramas de que fué testigo ó de que tuvo noticia se interesara tan solo en el desenlace, ó únicamente de él se creyese obligado á dar cuenta á sus lectores, contentase con decir más adelante, interrumpiendo la narracion de otros sucesos, y con esa fria indiferencia que parece aumentar el horror de las tragedias que narra, que en el año 610 Bilichilde fué muerta por Teodoberto, quien to-

---

(1) Hé aquí el pasaje de Fredegario relativo á este hecho. Anno XIII regni Theodorici, cum Theudebertus Bilichildem habebat uxorem, quam Brunechildis á negotiatoribus mercaverat, et esset Bilichildis utilis, et á cunctis Austrasiis vehementer diligeretur, simplicitatem Theudeberti honesté comportans, nihil se minorem á Brunichilde esse censeret; sed sæpius per legatos Brunichildem despiceret, dum ab ipsa increpabatur, quod ancilla Brunechilde fuisset; tandem his et aliis verbis, legatis discurrentibus, ab invicem vexarentur, placitum inter Colerensem et Suentensem fitur: ut has duas Reginas pro pace inter Theodoricum et Theudebertum conjungerent ad colloquendum. Sed Bilichildis, consiliis Austrasiorum, inibi venire distulit. § xxxv, col. 611.



mó por esposa á una jóven llamada Teudichilde (1). Los nietos de la reina austriana no tenían necesidad de los estímulos de su abuela, especie de mal genio para algunos inspirador de cuantos crímenes tenían lugar en los palacios merovingios, para arrojarse al mal. Bastábanles para ello los instintos de su raza.

175. En medio y á poco de terminados esos dramas de familia tienen lugar la entrada, *ritu bárbaro* (2), de los Austrasianos por las mal guardadas fronteras de Borgoña para arrebatarse á Teodorico la Alsacia y otras tierras que le pertenecían, como herencia de su padre Childeberto; la alianza del ofendido príncipe borgoñon con Clotario II para que le ayudase á vengarle de aquel á quien, recordando acaso antiguas sugerencias, niega el nombre de hermano; la batalla de Tolbiac, desquite y venganza de las bárbaras devastaciones poco ántes cometidas por los Austrasianos, y los demás hechos que dejamos descritos en la parte primera, hasta llegar al horrible suceso con que termina el sangriento drama en que figuran, para ir desapareciendo de la escena uno en pos de otro, y muertos casi todos por hierro, los nietos y biznietos de Brunequilde.

176. En el año 612 dejó de existir una de las ramas de descendencia de Sigeberto, arrebatada por el soplo de la venganza que venia del palacio de Chalons. El soplo de otra venganza salido de la Neustria arrebatada en 613 la otra rama de los sucesores de aquel monarca. No permanecía en pié de aquel árbol, más que su decrepito y todavía robusto tronco; pero tambien éste vendrá

---

(1) Eo anno (xv regni Theodorici) Bilichildis á Theodeberto interficitur. Theodebertus puellam, nomine Theudichildem, accipit uxorem. — FREDEG. xxxvii, fól. 167.

(2) FREDEG. Ibid.

al suelo tronchado por aquella tempestad de ódios. De las dos familias de príncipes cabelludos no quedaban más que dos ó tres niños, cuya suerte ulterior cubre misterioso velo, algunos troncos mutilados y los pedazos del cadáver de Brunequilde sembrados entre las piedras de un campamento.

177. Por de pronto y por poco tiempo triunfaba la Neustria y reuníanse las tres Francias bajo un solo centro. Un siglo más adelante y con las batallas de Vincy, (717) y de Soissons (719) la Austrasia tomará su desquite y reinará á su vez sobre toda Francia. Mas aquel centro, símbolo del poder monárquico, bajo el cual acababan de agruparse tantos pueblos, era realmente lo que parecía? Ayudado por la traicion, secundado por los ódios de raza y aguijoneado por los rencores de familia, Clotario acababa de recoger en los campos de batalla las coronas, unidas ya en una, de Borgoña y Austrasia; mas como prenda que eran de botin, tuvo que admitir á la parte á sus auxiliares, los cuales, como poderosos que eran, entraron en el reparto con él, no tan solo en lo que acababa de ganar, sino hasta en lo suyo propio. El triunfo de Clotario más que de la monarquía lo fué, como veremos pronto, de la aristocracia.

178. Por ventura podrá parecer extraño que una lucha con tanta firmeza y por tan largo espacio de tiempo por Brunequilde sostenida, que por tan numerosos y variados lances habia pasado, y durante la cual más de una vez habia salido aquella triunfante de peligros en que debió, al parecer, haber sucumbido, terminara tan bruscamente y por tal manera para ella funesta. Pero á poco que en ello se medite ofrécese á la fantasía varias causas que explican más que cumplidamente este suceso.

179. Montesquieu, reconociendo que hubo de haber alguna y de mucha gravedad, para que aquella princesa, famosa aun en el dia por las obras dignas de un edil ó de un procónsul romano que llevó á cabo, nacida con tan admirable genio para los negocios, dotada de cualidades que habian por mucho tiempo sido de todos respetadas, se viese condenada de repente á tan bárbaro suplicio (1), y cree reconocerla en la revocacion de los beneficios (2), que habian dejado de ser lo que fueron al principio, á saber merecido premio de antiguos servicios y estímulo de otros nuevos. «Brunequilde, añade, quiso corregir los abusos de la corrupcion anterior con nuevos abusos. Sus caprichos eran los de un espíritu resuelto: los grandes dignatarios y los leudes se creyeron perdidos y maquinaron su ruina.

180. No tenemos inconveniente en aceptar como causa del ódio que á su soberana debia profesar la nobleza franca, lo indicado por el renombrado, bien que por demás sistemático publicista francés; pero lo consideramos insuficiente para explicar su repentina y lamentable caida. Brunequilde hubo de conocer en efecto que el abuso de la concesion de beneficios debia ir mermando la fuerza y el poder de la monarquía, al par que acreciendo el de la aristocracia. Cada porcion de terreno por un monarca merovingio arrancado á las propiedades territoriales de la corona, para cederlo, siguiere-

---

(1) *Esprit des lois*. Lib. XXXI, cap. I. Despues de estos y otros elogios que la prodiga, no se comprende como en otros pasajes califica de funestas é insolentes sus regencias.

(1) Fredegario señala como causa del ódio de los nobles contra el mayordomo de Brunequilde Protadio el que: «Sæva illi fuit contra personas iniquitas, fisco nimium tribuens, de rebus personarum ingeniosè fiscum vellens implere, et se ipsum ditare, etc... FREDEG. § XXVII, col. 507.

ra fuese á título de beneficio, á un noble cualquiera en premio de servicios recibidos ó de los que pudiese prestarle más adelante, era como una parte de su poder, ya que por la extension de las tierras mediase principalmente éste, de que se desprendia, y que iba á aumentar y robustecer el de sus leudes; de sus leudes, que pasando á ser grandes propietarios, ó lo que es lo mismo, señores poderosos, dejaron de ser sus compañeros, sus antrustiones, para, en cuanto se vieron amenazados en la posesion de sus tierras por sus soberanos, convertirse en enemigos suyos. Y como quiera que á cada nueva guerra que estallaba entre los pueblos galo-francos, ya por antagonismo de raza, ya por enemistades de sus reyes, debian éstos para asegurarse el apoyo de sus nobles mostrarse tanto más dadivosos con ellos, cuanto era su framea más estimada en los trances de los combates; y como quiera además que en medio del estado de semi-anarquía en que se hallaba Francia, privada aun de las instituciones civiles y sociales que pudieran tener á raya los desordenados instintos de las razas invasoras, los más osados entre sus jefes podian arrancar, así de las tierras reales como de las de los particulares, lo que bastaba á satisfacer su codicia y proporcionar el necesario botin á sus hombres de armas; de tal suerte iban creciendo las propiedades señoriales y menguando el patrimonio de los monarcas, que un ojo perspicaz hubiera podido prever que debia llegar un momento, á la vuelta de pocos siglos, en que las propiedades territoriales de aquellos debian aparecer como un pequeño campo en medio de las extensísimas feudales en que debia dividirse el mapa geográfico de Francia (1). Brune-

---

(1) Al subir al trono la dinastía de los Capetos, los dominios del rey se hallaban

quilde presintió por ventura ese porvenir y quiso, en favor de los príncipes de su dinastía, ahogar en su primer desenvolvimiento el gérmen del que, andando el tiempo, debía ser el árbol robusto y de dilatadísimas ramas del feudalismo; y ora fuese porque, como es condicion de los caracteres enérgicos y resueltos, abusara de su poder, como pretende el autor del «Espíritu de las leyes»; ora que la tarea fuese superior á sus fuerzas, despertando y atrayéndose los odios de sus enemigos, sucumbió víctima de ellos. De todos modos, y no siendo del linaje de los que se hallan siempre dispuestos, cerrando los ojos á la justicia ó injusticia de las causas, á incensar á los vencedores y á lanzar al barro del desprecio á la frente de los vencidos, no por ser de este número Brunequilde en la recia contienda á que le arrastró su genio previsor ó el alto concepto que del poder monárquico se hubiese formado, ó hasta, si se quiere, su carácter belicoso, le haremos, ni un error político ni mucho ménos un objeto de acusacion de lo mismo que constituye una de las glorias de Isabel la Católica, y de otros príncipes que, cual ella, lucharon para conservar todos los florones de su corona, ó por restituir á este los que le habia arrebatado la aristocracia, para con aquellos despojos ópimos enriquecer las suyas de duques, condes ó marqueses.

181. Mas ni fué ésta la única causa de la enemistad que le juraron sus leudes, ni mucho ménos la de su inmediata y súbita caída. La predileccion, reconocida por los más eruditos y afamados escritores franceses, y por los hechos confirmada, con que miró siempre la viuda

---

reducidos á los condados de París, de Melun, de Etampes, de Orleans y de Sens...  
CANTU, t. X, cap. XXI.

de Sigeberto la civilización romana, en cuyo triunfo sobre la barbarie teutónica veía acaso un nuevo medio de afirmar el poder real, tanto más robusto cuanto más se apoyase, falto de sanción divina, en las tradiciones del Imperio; el alejamiento del poder en que durante dos menorias logró tener á la nobleza, ora gobernando en nombre de su hijo y nietos, ora desposeyéndola de la mayordomía del palacio, que habiendo empezado por ser un oficio de confianza de sus regios moradores, había ido transformándose, gracias al creciente poder de los leudes, en un cargo político y militar de la más alta importancia, para ponerlo casi siempre, cuando le plugo conservarlo, en manos de hombres salidos de los vencidos, esto es, de la nobleza galo-romana; la misma necesidad que tuvo siempre de sostener sin tregua y con vigor la lucha, desde el punto y hora en que de grado ó por la fuerza de las circunstancias se halló empeñada en ella, ya que cual experimentado caudillo que guarda la conquistada brecha de cuya conservación depende la rendición de la plaza cuyo sitio le está confiado, conocía que había de derrumbarse el poder de sus hijos y el suyo, sepultándoles á todos entre sus ruinas, el día en que se lo arrebataran de sus manos aquellos sus fieros enemigos, que la habían amenazado con arrojarla á los piés de sus caballos; algunos yerros cometidos,—y es indudable que los cometió,—ora porque, contando por ventura demasiado con su valor ó con su hado, cediera á las tentadoras sugerencias del poder, en vez de oír los consejos, de ordinario de ménos atractivo para las personas de recio carácter, de la templanza; ora porque imaginando dar más pronto cima á su tarea, se anticipara á reformar ó á cambiar lo que no estaba aun en sazón; error en que caen la mayor parte de los reformadores ó fau-

tores de revoluciones; hasta su mismo origen extranjero, que siglos más tarde debía ser también causa de que una de las princesas más ilustres de la casa real de Castilla, la madre de S. Luis, fuese blanco de las prevenciones y de los odios de una gran parte de la nobleza y pueblo franceses; motivos son que á la vez que explican el encono con que debía mirar la aristocracia franca á la que, siendo débil mujer, fué sin embargo por tantos años su dominadora, dan razon de lo trágico del desenlace que la contienda tuvo. Y si, como en ciertos dramas de la escuela romántica, aquel desenlace aparece brusco y corriendo más que marchando á la final catástrofe, harto se explica en el que nos ocupa, por la imprevista muerte de Teodorico, que dejaba á Brunequilde sin defensa; por su tentativa aquella vez ya temeraria, y que calificaríamos hasta de imprudente si no la disculpara la necesidad, de comenzar una tercera regencia en nombre de un viznieto no nacido de madre reina; por la precision en que se halló, siendo como era niño aun el príncipe que destinaba para el gobierno de sus pueblos, de confiar la espada de la guerra á quien podia desenvainarla, como en efecto así lo hizo, contra ella; y en suma porque en aquella contienda de casi medio siglo, ella debió gastar sus fuerzas morales y su energía de carácter,—que por grandes que sean en especial esta última, ó se trueca en tenacidad ó en severidad excesiva, ó decaen á proporcion que el yelo de la vejez va entumeciéndolo las fuerzas del cuerpo,—mientras que sus contrarios, renovándose de continuo, se presentaban en la contienda final con el odio acrecido por la duracion de la resistencia, y por la multiplicacion de los agravios ó reales ó creidos tales, y con los bríos de la juventud.

182. Para apreciar en todo su valor á Brunequilde y

comprender la importancia histórica y político social de su reinado y de su lucha con la nobleza franca, basta recordar lo que fué la monarquía merovingia mientras ella dirigió con firme y temida mano sus destinos, y lo que fué la nobleza, sobre todo en la Austrasia, desde que faltó el robusto brazo que habia hasta entónces enfrenado sus altivas aspiraciones.

183. Si en las muchas alianzas por Brunequilde contraidas, en épocas en que eran éstas muy poco frecuentes, en nombre de su hijo y de sus nietos con el rey de Borgoña Gonthram, con los monarcas visigodos y con el emperador de oriente, se ve á la princesa dotada de penetracion y sentido político, que al par que engrandecer y dar fuerza á sus pueblos, procura buscarse auxiliares, ó desarmar á los enemigos de fuera para con más desembarazo atender á vencer á los de dentro de casa y á la gobernacion de sus pueblos; en su afan de mejorar el estado moral de éstos, de adelantar su cultura y de mejorar las condiciones de su existencia material, aparece la mujer de genio, la discreta administradora que sabia ya dar importancia á lo que la rusticidad de los tiempos y la ignorancia en la ciencia de gobernar hacían que fuese mirado á la sazón con el mayor descuido.

184. La tradicion popular, por ventura más justa esta vez, ó cuando ménos más agradecida que la historia, ha dado el nombre de la reina de Austrasia, sobre todo en Flandes, Hainaut y Cambresis á los caminos públicos y edificios que supone edificados por ella. En esta parte véñse obligados á hacerle justicia hasta sus mismos enemigos, y el escritor anónimo que acepta, si es que no exagera todas las acusaciones que contra la viuda de Sigeberto lanza Fredegario, despues de escribir de ella que



restauró y levantó multitud de edificios religiosos, de los cuales menciona algunos, añade que eran tantos los monumentos por ella construidos, y que subsistian aun en los tiempos en que escribía él su crónica (por los años de 1000), que parecía imposible que pudiesen haber sido construidos por una sola mujer (1). Y qué diré, añade Valesio, de las vías militares, restos admirables de la grandeza romana, desmejoradas ó destruidas por la acción de los años ó la incuria de los hombres, por aquella princesa restauradas ó continuadas, y que de su nombre son llamadas aun *calzadas de Brunequilde*? (2).

185. San Gregorio el Grande que habia hallado en la princesa franca una cooperadora celosa en la conversión de los Anglo-Sajones, objeto de su especial predicación, considerándola tambien muy digna y capaz de auxiliarle en la reforma de los pueblos y del clero, con tanto tesón por él emprendida como con santa constancia continuada, le encargaba en una carta dirigida á ella y á su hijo Childeberto, que trabajara en extinguir la simonía y el abuso, hartogeneralizado en la Iglesia fran-

(1) Nec Brunechildis ex toto ita vecors extitit, quia Dei ac de sanctorum ejus memorias á prædecessoribus structas, venerabiliter excoleret, ipsaque novas fabricas devote multiplicaret. Nam in suburbano Londunensi Basilicam in honore sancti construxit Vincentii, et apud Augustidunum aliam sancto dedicari jussit Martino, usa necessariis ab hoc opus ministeriis venerabilis viri Siagrii, prædictæ urbis episcopi. Multis quidem et aliis in locis sub nomine Sancti Martini magnificas fundavit ecclesias, illum sibi præ ceteris adiutorem fore confidens, et confidendo expocens. Ædificia sane ab ipsa constructa usque in tempus durantia, ostenduntur tam innumera, ut incredibile videatur ab una muliere, et in Austria tantum modo et Burgundia regnante, tanta in tam diversis Franciæ partibus fieri potuisse.—AMONIUS, apud Comitius, t. II, p. 551, XVII.

(2) Quid referam vias militares, portentosas Romanæ magnitudinis reliquias, quas partim vetustate, partim incuria interruptas et collapsas, eadem Regina restituit atque auxit? Unde hodieque in Belgica, Atrévates, Nervii, Luciliburgenses, Normancenses et Picardi, vias illas, vulgo á multa calce substracta et ab autore operis *calcatas Brunichildis* nonnunquam ab duritiam vel colorem, vias ferratas dicunt, etc... ADRIANUS VALESIVS. Ibid.

ca, de la eleccion de los láicos para el episcopado, y causas poderosísimas entrambas de males gravísimos para ella y para los pueblos (1); encargo que repetía en otra carta en que, calificando *de heregía de los neófitos* á la que llamaba invasion del episcopado por los seglares, le amonestaba además que procurase destruir los restos existentes aun de la idolatría, y reformar las costumbres livianas de los clérigos que vivían con sus mancebas (2).

186. Ni fueron estas solas las cartas que dirigió á la reina de Austrasia el más grande de los pontífices que ocuparon la cátedra de S. Pedro en el primer período de los siglos-medios; y por más que se pretenda rebajar una parte de los elogios que en casi todas ellas la prodigó, y que se crea que anduvo cuando ménos exagerado cuando la alababa, por ejemplo, de que en todos sus actos tomaba la justicia por norma, y la aplaudía por su ardiente celo, y calificaba de preciosas sus obras, y decía de su alma que se hallaba escudada por el temor del Señor (3), la repetición misma de las alabanzas y el carácter de la persona que las daba, incapaz de engañarse á sí propio y de mentir á los demás, son vehemente indicio, dígase lo que se quiera, de que debía ser grande y limpia la fama de sus hechos como reina y de su conducta como mujer, tanto dentro como fuera de Francia para que, fundado en ello pudiese aquel esclarecido santo y vigilantísimo pontífice estimarla como una de las princesas de su siglo de más claro ingenio y de más relevantes cualidades políticas, y más capaz por lo tanto de secundarle en sus levantados y civilizadores propósitos.

187. Mas entre todos los actos del largo reinado de

---

(1) Divi GREG. epist. VI, 50, anno 593.

(2) Id. Epist. VII, 5. Cf. X, 33, XI, 63, 69.

Brunequilde por ventura el más importante, aquel en que más se revela su deseo de substituir por elementos romanos los que de la germánica barbarie prevalecían en las costumbres é instituciones francas; el que ha merecido los mayores elogios hasta de sus más encarnizados enemigos, es la llamada por algunos constitucion legislativa de Childeberto, promulgada un año antes (en 593) de la muerte de este príncipe, que frisaba á la sazón en los 26 de su edad, y que por esta circunstancia y por el carácter que en ella domina se ha supuesto siempre, y no sin razón, ser obra de aquella princesa, cuya influencia sobre aquel monarca y sobre su padre Sigeberto, que fueron sin disputa, y sea dicho en honra de su madre y esposo, los reyes de más limpia fama é ilustre renombre entre los de la primera época merovingia, es por todos admitida. En esta constitucion, limitándonos á sus disposiciones más importantes y en que más se revela su espíritu reformador y sus tendencias á substituir el sistema especial de los códigos bárbaros por el de la legislación latina, se prohibió á los francos el incesto ó casamiento entre parientes; castigóse con pena de muerte el rapto, negándose hasta el privilegio del asilo al que en tal delito incurriese (1); abolióse el *wer-gheld* por el delito de homicidio, que debia castigarse con el último suplicio; ya que el que mata, decia la ley, debia aprender á morir; *justum est ut qui injuste novit occidere dicat juste morire*; impúsose el mismo castigo á los ladrones, rigor que da á conocer, y al cual sirve de dis-

---

(1) Et si ad ecclesiam confugium fecerit, reddatur ab episcopo, et sine ulla precatione exinde separetur. Certe se ipsa mulier postea raptori consenserit, ambo pariter in exilio transmitantur. Et si foras ecclesiam capti fuerint, ambo pariter occidentur.—BALUZIIUS, *capit. reg. franc.* t. I, ad anno 593.

culpa, la frecuencia con que debia el crimen de hurto cometerse (1), sin que se exigiese para la aplicacion de esta pena formacion de causa, y si solo la simple deposicion de cinco ó siete hombres de buena fé: aplicábase tambien la última pena al juez (conde ó *graf*) convicto de haber dejado escapar á un ladron, etc. (2)

188. Por último, contra los crímenes de lesa magestad, tan frecuentes en un tiempo en que los nobles, si no se creían iguales á sus monarcas, no sabían todavía acostumbrarse á considerarlos muy superiores á ellos, ni á doblar su voluntad ante los mismos, armándose Brunequilde del rigor de la ley Julia, que condenaba á muerte y á la confiscacion á los reos de aquel delito, no vaciló en aplicar estas severas penas á los que conspiraran contra ella ó atentaran contra la vida de sus ministros; por más que á la vista de sus enemigos y por ende á la de algunos de sus historiadores, pudiesen ser tenidos aquellos castigos como asesinatos y despojos, llevados á cabo estos últimos, segun ellos, ó para satisfacer la codicia de los favoritos de la reina, ó para enriquecer al fisco.

189. Mas si es merecedora de loa Brunequilde por lo que como reina hizo en favor de sus pueblos, aparece hasta grande, por la fuerza del contraste, por lo que trabajó en favor de la monarquía; en favor de aquella corona que tan indignamente sostuvieron sobre sus largas cabelleras los degenerados descendientes del hijo de Fredegunda.

---

(1) Con la misma fecha que la constitucion que nos ocupa fué promulgado un decreto por Clotario II, destinado exclusivemante contra los ladrones.—BALUZIUS, *ibid.*

(2) *Ibid.*—Acerca de la analogía que existe entre varias de las leyes de la constitucion de Childeberto y las de los códigos romanos, puede verse una de las mas notables notas con que ilustró su monografía Huguenin.

190. Una sola concesion le fué arrancada por la nobleza franca, y aun acaso más por debilidad de Gonthram que por falta de vigor en ella, y fué, como en la primera parte lo dejamos consignado, el privilegio de transmitir en herencia sus beneficios; pero en cambio, como tambien indicábamos ya, perdió aquel otro mucho más importante y de más alcance para debilitar el poder real, cual era el de poder cambiar de señor cuando queria ó le tenia cuenta el hacerlo, y de que, con harto desprestigio de aquel poder, hacian los leudes frecuente uso.

191. Pero apenas se habian enfriado los destrozados restos de la que por tanto tiempo tuvo sujeta á la turbulenta aristocracia franca, cuando ésta sintiéndose ya libre de todo yugo, ensayá sus fuerzas en el mismo que se ha servido imprudentemente de ella, para librarse del que se lo habia impuesto. Sobre el mismo campo de batalla donde pereció Brunequilde y acaso en presencia de su mutilado cadáver, Clotario II tiene que pagar la traicion de Warnachario, á la cual es deudor de las dos coronas de Austrasia y Borgoña, nombrándole mayordomo de palacio de este reino, y obligándose con juramento á no desposeerle en toda su vida (1). De cargo de honor y de confianza de los monarcas, y por momentos durante los reinados de Sigeberto y de su hijo y nietos, de arma de partido, — pocas veces en manos de los nobles, las más en las de Brunequilde, — truécase especialmente desde la muerte de aquella princesa en oficio

---

(1) Warnacharius in regno Burgundiæ substituitur majordomus, sacramento á Chlotario accepto ne unquam vite sue temporibus degradaretur. Estas palabras se hallan á continuacion de la narracion de la muerte de Brunequilde. — *FRANZ.* § XLII, col. 623.

politico y militar, y en instrumento de poder de la aristocracia contra la monarquía que le habia dado origen. La mayordomía de palacio, desempeñada como empleo vitalicio por Warnachario, será convertida en oficio hereditario por Pepino de Landen, quien la transmitirá despues de su muerte á su hijo Grimoaldo, el cual á su vez ensayara ya sentar en el trono de su monarca, despues de la muerte de éste, á su propio hijo; y si bien esta tentativa, como hecha antes de sazón, saldrá frustrada, un siglo despues otro mayordomo que se llamará tambien Pepino, se creará y será bastante fuerte para echar sobre sus hombros el manto real arrancado de los del último merovingio, Childerico III, que irá á morir, y su dinastía con él, bajo las frias bóvedas del cláustro.

192. Y no fué solo éste, á pesar de serlo de tanta importancia, el triunfo por los nobles alcanzado. A los dos años de la muerte de Brunequilde la doble aristocracia de la Iglesia y del Estado (1), reunida en pública asamblea en París, arrancó á Clotario II la llamada *Constitucion perpetua*, destinada segun sus autores á satisfacer agravios, enmendar injusticias y corregir abusos (2); pero en realidad encaminada principalmente á debilitar la monarquía, despojándola de atribuciones con que el poder real se habia ido sucesivamente robusteciendo, no porque fuesen inherentes al mismo, dado caso que hoy las calificariamos, y con razon, de usurpaciones; más por la fuerza misma de las circunstancias y por la necesidad de poner en manos de los reyes, aun á riesgo de que

---

(1) En esta asamblea se reunieron 70 obispos y un gran número de leudes.

(2) Quæ contra rationis ordinem acta vel ordinata sunt, ne in antea, quod avertat Divinitas! contingant, disposuerimus, Christo præsule, per hujus edicti nostri tenorem generaliter emendare.—In præmia. BALUZIUS, *Capit. reg. Franc.*

abusaran de ellos, derechos de que hubieran hecho sin disputa más funesto y deplorable uso aquellos á quienes de justicia correspondian.

193. Los que conozcan la constitucion de Clotario II, adivinarán fácilmente que no venimos á juzgarla bajo el punto de vista del gobierno y derecho civiles, en los cuales introdujo reformas verdaderamente dignas de loa, y que no podian ménos de redundar en beneficio de los pueblos, sin cuya intervencion, por más que lo contrario opine Montesquieu, se hicieron; y á tener que apreciarlo bajo este aspecto, uniendo nuestro pobre voto al autorizado y respetable de los escritores políticos é historiadores más renombrados del vecino imperio, diriamos de ella que es un acto legislativo que honra el reinado del hijo de Fredegunda. Pero aquí venimos á juzgarla por su carácter político, como arma de guerra, por más que se la envolviera y ocultara para más asegurar su empleo, y alcanzar mejor el apetecido resultado, con olivos de paz; de que pretendia valerse un partido poderoso, el aristocrático, para mermar el poder monárquico; y es indudable que bajo este nuevo aspecto la constitucion redactada en la asamblea de París, primer ejemplo, segun algunos, que ofrece Francia de una junta mixta de prelados y de próceres, á imitacion por ventura de nuestros Concilios de Toledo, fué el primer acto de abdicacion de la monarquía en favor de las dos aristocracias eclesiástica y guerrera, quienes debian, especialmente esta última, llegar casi al extremo de ahogarla dos veces en sus robustos brazos; fué junto con el desmesurado crecimiento del poder del mayordomo de palacio, el segundo paso importante, en el supuesto que se considere como el primero de ellos el tratado de Andelot, dado en Francia hácia el feudalismo.

194. El tratado de 615, no cabe dudarlo; inaugura, dice Chevalier (1), una nueva era en la historia de Francia. Las instituciones germánicas durante tanto tiempo combatidas por las tradiciones imperiales, y por la más animosa y constante defensora de éstas, Brunequilde, recobran su primitivo poder; la monarquía queda reducida á la impotencia, al paso que el predominio y la fuerza se concentran de cada vez más en manos de los leudes, á la vez que propietarios de la mayor parte de las tierras, señores de los hombres libres y siervos que las pueblan. Clotario II, instrumento de que se sirvieron los nobles para derribar á su poderosa enemiga, será á lo más «un príncipe paciente, instruido en las letras, temeroso de Dios, con las iglesias y los prelados dadivoso, limosnero, benévolo con todos y devoto,» mas cuando la Austrasia, protestando contra la dominacion de un monarca extranjero, reclame su independenciam, tendrá que ceder á sus exigencias y darle por rey su hijo Dagoberto. Clotario no pertenece, es verdad, á la familia de los reyes indolentes, pero prepara su advenimiento. Su hijo que le sucede, y que por un momento vuelve á reunir bajo su cetro toda la Francia, muéstrase digno como monarca de pertenecer á la vigorosa raza de los inmediatos sucesores de Clodoveo, á quienes imita tambien en su escaso respeto á la santidad del matrimonio, pero despues de él los mayordomos lo son todo y los monarcas nada; y á no flotar sobre sus hombros la larga cabellera, distintivo de su regia alcurnia, se les tomara por estátuas que sientan aquellos en sus ricos tronos de oro para evitar que alguien los ocupara, ántes

---

(1) *Hist. du Moyen Age*, p. 115.



que el más osado ó venturoso de ellos recogiera en algun campo de batalla los despojos ópimos de la monarquía franca. La Historia ha dado en aplicar á aquellos débiles príncipes el calificativo de holgazanes (*faineants*); y por cierto que el calificativo les sienta á maravilla.

195. Una observacion, y con ella vamos á poner fin á nuestra tarea. De los escritores coetáneos de Brunequilde ó que vivieron en los tiempos inmediatos á la misma, dos, santos entrambos y sabios uno y otro de notable ingenio, á saber Gregorio de Tours y Gregorio el Magno, la colmaron de alabanzas; y tres que en parte se copiaron unos á otros, ó sean el autor anónimo de la vida de S. Desiderio, Jonás que lo fué de la de S. Columbano y Fredegario, acumularon sobre ella las más graves acusaciones, que transmitieron á las futuras generaciones, exagerándolas, algunos de los cronistas que florecieron en las posteriores centurias (1). Por desgracia sobre los elogios de aquellos dos preladados, que no alcanzaron los últimos años de la princesa visigoda, sin disputa los más agitados, durante los cuales la ambicion senil por un lado, de suyo repugnante á los ojos de los que opinan, y son muchos, que á medida que el hombre se acerca al sepulcro, más debe fijar sus miradas en las eternas coronas que poner su corazon en las caducas glorias de aquí bajo; y por otra parte la necesidad de desplegar mas energía y vigor para defenderse de los ataques de sus adversarios en la contienda con ellos empeñada, fueron causa de que

---

(1) Así, por ejemplo, Valesio asegura que reinaron en la princesa visigoda todos los vicios, á saber, una lujuria desenfadada, una ambicion desmedida, una avaricia insaciable, una crueldad espantosa y aquella impotente soberbia que es propia de los Españoles.—VALES. *Rerum franc.* t. II, año 613.

incurriese en algunas faltas y errores como mujer y como reina; por desgracia, repetimos, sobre aquellos elogios, prevalecieron los gravísimos cargos contra ella fulminados por los escritores austrasianos ó borgoñones, que uniendo á su oficio de narradores el de acusadores implacables, pusieron al parecer especial empeño en trazar de Brunequilde una no ménos repugnante pintura, que la que traza el Turonense, con solo limitarse á referir sus hechos, de Fredegunda.

196. Por fortuna para aquella reina viene á declarar ante el tribunal de la historia un testigo con el cual pocas veces se cuenta, y á cuyas deposiciones se dá por lo comun, con frecuencia en daño de la verdad, escasa importancia; y ese nuevo testigo, al cual en el caso presente seria grave falta no oír en estrados, es la opinion pública, la voz del verdadero pueblo, que no se forma en la lectura de viejos é ignorados cronicones, ni se somete siempre al fallo, con frecuencia contradictorio de los historiadores oficiales, sino que por los hechos y las obras juzga á los que las llevaron á cabo. Y ese nuevo testigo que respecto del sujeto que nos ocupa se levanta á protestar contra los que de Brunequilde habian hecho una mujer liviana, una especie de furia que asesinaba, únicamente impulsada por sus feroces instintos ó por su desenfrenada codicia y ambicion, á reyes y santos, y á sus nobles, es, como observa Mr. Huguenin, la raza vencida y humillada por los conquistadores, el bajo pueblo, el *minus populus* de las crónicas, que adoraba en su reina: es el pobre que no teniendo ni caballo ni la más miserable carreta, podia al ménos viajar en todas las estaciones del año por buenos caminos; que podia atravesar sin obstáculo los torrentes y rios que, faltos de puentes, le cerraban antes el paso; que en sus largos

viajes encontraba asilo en los lugares de refugio (*xenodochia*), que mandaba aquella construir para dar hospedaje al enfermo y al extranjero; y que, y eso era lo principal y para él lo más estimable, con haber puesto el freno de la ley romana á las violencias de los poderosos, sabia que podia ir por donde quisiera, sin temor de ser robado ó atropellado por cualquier jefe bárbaro. Esto no lo han dicho las crónicas; pero el vulgo lo sabe por tradicion, lo recuerda, habla de ello y llama aun como por antonomasia *la Reina* á la que proporcionó tales ventajas, á la que tantos bienes hizo á sus pueblos.

197. El día pues, permítasenos que lo repitamos, que la historia revise con más detencion y maduro exámen el proceso que por muchos se ha dado ya por terminado, y terminado con un fallo inapelable; en que además de atenerse al testimonio de la historia incompleta de un escritor parcial y sin crítica, y al de algunas voces, casi siempre acusadoras, de algunos cronistas de tiempos más recientes, se estudien los monumentos de que sembró (1) el suelo de las dos Francias

---

(1) «Brunequilde, dice hablando de ellos en la nota final de su discurso Mr. Huguénin, mandó construir los monasterios de S. Pedro y de Aisnai de Lion, el de S. Martin de Autun, al cual estaba anexo un hospicio, el de S. Vicente de Laon, y un gran número de iglesias, consagradas casi todas ellas á S. Martin. Son muchísimos además los monumentos ó ruinas que llevan todavía su nombre. En los límites de la antigua provincia de Quercy vése un castillo conocido por el *Castillo de Brunequilde* (Château de Brunehaut). Encuéntrase en la Borgoña y la Lorena restos de muchas vías, sin duda de construccion romana, á las cuales llaman los habitantes *calzadas de Brunequilde, caminos de la reina*. En Vaudemont, en la última de aquellas provincias, subsiste aun una maciza torre cuadrada que lleva el nombre de *torre de Brunequilde*. Por el de *camino de la reina* se designa el que partiendo de Yutz, la antigua aldea de júdiciun cerca de Thionville va á parar á la antigua Caranusca. Pero entre todas las provincias las de Flandes, Hainaut y Cambresis son en las que se conservan más de esos recuerdos. Desde Bavay parten siete caminos llamados por las gentes del país las *siete calzadas de Brunequilde*. Encuéntrase cerca de Tour-

orientales, las leyes que dió la hija de nuestro monarca Atanagildo, y se preste más atento oído á la voz popular que va repitiendo de edad en edad su nombre, como para contradecir las acusaciones oficiales de los historiadores austrasianos, entónces la historia hablará con elogio y como de una princesa de esclarecida fama y de alto renombre de Brunequilde la Grande, en vez de entretener á sus lectores con los consejos y las calumnias acumuladas sobre la sanguinaria perseguidora de los Francos y la implacable rival de Fredegunda; y tambien entonces España, á la cual se ha hecho por algunos escritores franceses, con exceso apasionados en su odio á aquella reina, como una especie de crimen, de haberle dado movimiento, del todo libre de tener que salir á desvanecer tan absurdo cargo y de tener que defender al primero de sus historiadores, Mariana, acusado de falaz con aquella por haber salido á la defensa la princesa visigoda, podrá inscribir con orgullo en el largo catálogo de sus mugeres ilustres á la que dirigió por espacio de medio siglo los destinos de las Francias orientales, retardando por ventura la caída de la monarquía merovingia y estorbando que, como Hércules á Anteo, ahogara la barbarie germánica lo poco que quedaba de las instituciones y cultura romana.

FIN.

---

nay algunas ruinas que son conocidas por el nombre de *piedras de Brunequilde*. Con el mismo se designa un enorme pedazo de roca de unos treinta piés de largo, y que parece ser una de esas piedras célticas ó *men-hir*, que tanto abundan en la Bretaña, que se halla á poca distancia de aquella ciudad entre los pueblos de Rongy y Hollain.—Permitasenos recordar que esta larga lista de monumentos atribuidos á la reina de Austrasia no es mas que la confirmacion dada por la voz popular al pasage de Aimoin, cronista, como dijimos hostil á la reina, y que escribió en la segunda mitad del siglo x, que dejamos citado mas arriba.

# APÉNDICES.

---

## I.

Fragmentos del epitalámio compuesto por Venancio Fortunato para las bodas de Sigeberto y Brunequilde.

Después de celebrar la continencia del monarca austrasiano, introduce al Amor que dispara uno de sus dardos á su corazón, y que va á contar á su madre Vénus el triunfo que acaba de alcanzar. Después de esto la diosa de la hermosura y el dios del amor se dirigen volando al palacio de Metz para adornar de flores el aposento nupcial, entablado empeñada contienda sobre el mérito de los dos esposos. Está por demás advertir que Vénus se declara por la princesa visigoda y el Amor por el real mañicebo franco. Hé aquí el retrato que de uno y otro hacen las dos deidades.

Sigibertus, amor populi, lux nata parentum  
Qui genus á proavis longo tenet ordine regum,  
Et reges geniturus erit, spes gentis opimæ,  
Quo crevit natale decus, generosa propago:  
Ac melior de stirpe redit, fámamque priorum  
Posteritas excelsa fovet, hic nomen avorum  
Extendit bellanté manus, cui de patre virtus,  
Quam Nabjs esse probat, Thoringia victa fatetur,  
Perficiens unum gemina de gente triumphum.

Cardinis occidui dominans, in flore juventæ,  
Jam gravitate senes, tenerosque supervenit annis.

Legem naturæ meruit præcedere factis.

Perdere plura putat, si non concesserit àmpla;  
 Gaudia diffundit radianti lumine vultus;  
 Nubila nulla gravant populum sub rege sereno,  
 Pectore maturo culpas indulget acerbis.  
 Unde alii peccant, ignoscendo iste triumphat.  
 Doctus enim, quoniam prima est in principe virtus,  
 Esse pium, quia semper habet, qui parcere novit.  
 Corrigit in se prius, quod poscit ut alter emendet.

Incipit inde Venus laudes memorare puellæ:  
 O Virgo miranda mihi, placitura jugali,  
 Clarius ætherea Brunichildis lampade fulgens,  
 Lumina geminarum superasti lumine vultus,  
 Altera nata Venus, regno dotata decoris,  
 Nullaque Nereidum de gurgite talis Hiberno  
 Oceani sub fonte natat, non ulla Napea  
 Pulchrior, ipse suas subdunt tibi flumina nymphas.  
 Lactea cui facies, incocta rubore coruscat.  
 Lilia mixta rosis, aurum si intermiscet ostro,  
 Decertata tuis numquam se vultibus æquant.  
 Saphirus, alba adamas, crystallæ, smaragdus, iaspis,  
 Cedant cuncta, novam genuit Hispania gemmam.  
 Digna fuit species, potuit quoque flectere regem.

Nobilitas excelsa nitet, genus Athanagildi,  
 Longius extremo regno qui porrigit orbi,  
 Divas opum, quas mundus habet, populumque gubernat  
 Hispanum sub jure suo, pietate canenda.  
 Cur tamen egregii genitoris regna renarrem,  
 Quando tuis meritis video crevisse parentes?  
 Tantum virgo micans turbas superare videris  
 Fæmineas, quantum tu, Sigeberte, maritos.  
 Ite duo juncti membris, et corde jugati,  
 Ambo pares genio, meritis et moribus ambo,  
 Sexum quisque suum preciosissis actibus ornans,  
 Cujus amplexu sint colla conexas sub uno,  
 Et totos placidis peragatis lusibus annos.

Auspiciis vestris cunctorum gaudio surgant.  
 Pacem mundus amet, victrix concordia regnet,  
 Sic iterum natis celebretis vota, parentes;  
 Et de natarum teneatis prole nepotes.

## II.

Fragmentos del poema de Venancio Fortunato á la muerte de Galsuinda, que más relacion tienen con los hechos apuntados en el texto.

Tum gemitu fit mœsta domus, strepit aula tumultu,  
 Reginæ fletu plorat et omnis homo,  
 In populi facie lachrymarum flumina sordent,  
 Infans, qui affectum nescit, et ipse gemit.  
 Instant legati, Germanica regna requiri,  
 Narrantes longæ tempora tarda viæ:  
 Sed Matris moti gemitu sua viscera solvunt,  
 Et qui compellunt, dissimulare volunt.  
 Dum natæ amplexu genitrix nodata tenetur,  
 Pretereunt duplices, tertia, quarta dies.  
 Instant legati nota regione reverti:  
 Quos his alloquitur Gassuintha gemens:  
 Si feritate trucis premerer captiva Geloni,  
 Forsan ad has lachrymas et pius hostis erit.

Quæ genui, natæ matrem me non licet esse?  
 Ipsaque naturæ lex mihi tota perit?

Quid rapitis? differte dies, cum disco dolores,  
 Solamenque mali sit mora sola mei.  
 Quando iterum videam, quando hæc mihi lumina laudant,  
 Quando iterum natæ per pia colla cadam?

Post causas, quas regna gerunt, ubi mœsta reclinem?  
 Quis colat affectu, lambat et ore caput?  
 Extensis palmis quis currat ad oscula, vel quæ  
 Cervici insiliant pendula membra mea?  
 Quem teneam gremio, blando sub fasce laborans,  
 Aut levioire manu verberer ipso joco?  
 Nec te ferre sinu, quamquam sis adulta, gravarer,  
 Quæ mihi dulce nimis, et leve pondus eras.

## III.

Plorans perdam oculos, ducens mea lumina tecum,  
 Si tota ire vetor, pars mea te sequitur.  
 Tum proceres, famuli, domus, urbs, rex ipse remugit,  
 Cuaque petisses iter, vox gravis una gemit.  
 Qui audit strepitum, patriam migrare putaret,  
 Et quasi captivum crederet ire solum.  
 Procedunt portis, serraco in ponte retento,  
 Protulit hoc fletu Gelesuintha caput:  
 Sic gremio, Tolete, tuo nutribar, ut ægra,  
 Excludar portis tristis alumna tuis?  
 Quoque magis crucier, prodens mea vulnera luctu,  
 Stas felix regio, cur ego præda trahor?

Crudeles portæ, quæ me laxastis euntem,  
 Clavibus oppositis nec vetuistis iter;  
 Antea vos geminas adamas petra una ligasset.  
 Quam daret huc ullam janua pansa viam:  
 Urbs pia plus fueras, si murus tota fuisses,  
 Me ire ut ne sineres, cingeret alta silex.

Nec minus hic sine te errans, et peregrina videbor,  
 Inque loco proprio civis, et exsul ero.  
 Quæso quid inspiciant oculi, quem, nata, requirant:  
 Quæ mea nunc tecum lumina ducis, amor?

Te fugiente errans aliena per oscula curram,  
 Et super ora gemens ubera sicca premam.  
 De facie infantium plorantia lumina lambam,  
 Et teneras lachrymas insatiata bibam.

Qua rogo, nata, manu chara hæc coma pexa nitebit?  
 Quis sine me placidas lambiat ore genas?  
 Quis gremio foveat, genibus vehat, ambiat ulna?  
 Sed tibi præter me non ibi mater erit.  
 Quod superest, gemebundus amor hoc mandat eunti:  
 Sis præcor, o felix, sed cave valde, vale.

Oscula sic rumpunt, et fixa ori ora repellunt,  
 Dum se non possunt, æra lambit amor.  
 Hinc pilente petens loca Gallica, Gelesuintha  
 Stabat fixa oculis, tristis, eunte rota.

Inter tot comites unam spectabat euntem;  
 Sola videbatur, qua suus ibat amor.



Plus genitrix suspensa animo, quam filia curru,  
 Hæc titubans votis ibat, et illa rotis.  
 Donec longe oculo, spatiumque evanuit amplo,  
 Nec vissum attingit, dum legit umbra diem.  
 Ipsa putat dubios natæ se cernere vultus,  
 Et cum forma fugit, dulcis imago redit.

Illa tamen pergit, qua trita viam orbita sulcat,  
 Quisque suis vacuos fletibus implet agros.  
 Inde Pyrenæas per nubes transilit Alpes,  
 Quaque pruinosis Julius alget aquis.

Excipit hinc Narbo, qua littora plana remordens,  
 Mitis Atax Rhodani molliter intrat aquas.  
 Post aliquas urbes, Pictavas attingit arces,  
 Regali pompa prætereundo viam.

Utque fidelis ei sit gens, armata per arma,  
 Jurat, jure suo se quoque lege ligat.  
 Regnabat placido componens tramite vitam,  
 Pauperibus tribuens advena mater erat.  
 Quoque magis possit regno superesse perenni,  
 Catholicæ fidei conciliata placet.  
 O dolor, insignis quid differs tempora fletus,  
 Lugubresque vices, plura loquendo taces?  
 Improba sors hominum, improvise condita lapsu,  
 Tot bona tam subito sorte volante voras.  
 Nam breve tempus habens, consorti nexa jugalis,  
 Principio vitæ funere rapta fuit.  
 Præcipiti casu, volucris præventa sub ictu,  
 Deficit, et verso lumine lumen obit.

Vix paucas profert, vocem rapit alter ab ore:  
 Nec valet una loqui, quod videt aula gemit.  
 Interea vehitur tristi lachrymosa feretro,  
 Solvit et exequias obsequialis amor:  
 Ducitur, ornatur, deponitur, undique fletur,  
 Conditur et tumulo sic peregrina suo.  
 Nascitur hic subito rerum mirabile signum,  
 Dum pendens lychnus lucet ad obsequium,  
 Decidit in lapidem, nec vergit, et integer arsit;  
 Nec vitrum saxi, nec perit ignis aquis.  
 Fama recens resides germanæ percussit aures.  
 Affectuque pio sic movet ora soror:

Hanc rogo germanæ mandasti, chara, salutem,  
 Scripta tuis digitis hoc mihi chara refert?  
 Sollicitis oculis expectabam, unde venires,  
 Non agis illud iter, quale precata fui.

Cur peregrina tuos non clausi dulcis ocellos?  
 Auribus aut avidis ultima verba bibi?

Nutritas pariter, junctas regionibus isdem,  
 Cur ad mortis iter dividis, alte dolor?

Nuntius hic subito fluvios transcendit, et Alpes,  
 Mœrorisque gravis tam cito penna volat.  
 Optandum fuerat, postquam loca cuncta repletset,  
 Tardius ad matrem hic dolor iret iter.  
 Sed quod fama refert, qui plus amat, et prius audit,  
 Ac dubium credit, dante timore fidem.  
 Mox igitur matris jaculans dolor attigit aures,  
 Anxia succiso poplite lapsa fuit.  
 Audita de morte una mors altera pulsat,  
 Et pene incolumi corpore funus erat.  
 Pallida suffuso tunc Geosuintha rubore,  
 Molliter hæc anima vix redeunte refert:  
 Siccine me tenero natæ solabar amore,  
 Ut mea nunc gravius viscera vulnus aret?  
 Si nostrum jam lumen obit, si nata recessit,  
 Quid me ad has lachrymas, invida vita, tenes?  
 Errasti, mors dura nimis, cum tollere matrem  
 Funere debueris, sors tibi nata fuit.  
 Quando relaxavi te, Gelesuintha, sub Arcto,  
 Ut nec rheda rotis, nos equus isset aquis.  
 Hoc ergo illud erat, quod mens præsaga timebat,  
 Non posse amplexu vellere, nata, meo.  
 Paruimus votis alienis, jussa sequentes,  
 Promissa existi, non reditura mihi.

Partitis lachrymis soror hinc, inde anxia mater,  
 Vocibus hæc Renum pulsat, et illa Tagum.

Affectus si forte potest mitescere, dicam:  
 Non ea flenda jacet, quæ loca læta tenet.  
 Dicite si quid ei nocuit, quam tempore lapsa,  
 Mortis iter rapuit, vita perennis alit.  
 Quæ modo cum Stephano, cælesti consule, pergat,

Fulget Apostolico principe clara Petro.  
Maire simul Domini plaudens radiante Maria,  
Rege sub æterno militat illa Deo.

Vitæ signa tenet, vitreo cum vase cadente,  
Non aqua restrinxit, nec petra fregit humi.  
Tu quoque, mater, habes consultum voce Tonantis,  
De nata et genero, nepte, nepote, viro.  
Credite, Christicolæ, vivam, quia credidit illa  
Non hanc flere decet quàm paradisis habet.

---

III.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LOS DESCENDIENTES DE

CLOTARIO I

Esp. 3.<sup>a</sup> Yngunda.—4.<sup>a</sup> Aregunda.

548

BRUNEGILDE

<p>Cariberto I, Rey de París; nacido 521; † 567. Esp. Ingoberga; nac. 519; † 589. Merofleda, sierva de Ingoberga. Teudegilde; † despues de 570. Marcoefa, hermana de Merofleda, † por los años de 570</p>	<p>S. Gontran, Rey de Orleans y de Borg. nac. 525; † 593. Esp. Veneranda. Marcatrudis, repud. 565; † hácia 566. Austregilde, sierva de Marcatrudis, nac. 548; † 580</p>	<p>Segeberto I, Rey de Austrasia, Nac. 535; † 575. Esp. Brunegilde; † 613.</p>	<p>Chilperico I, Rey de Soissons, nac. 523; † 581, Esp. Andovera, repud. 566; 580. Galsuinta; † 568. Fredegunda sierva, nac. 543 (?) † 597.</p>
<p>Berta; † despues de 596.</p>	<p>Childeberto II, nac. 570; † 596. Esp. Failenba; † 596.</p>	<p>Yngunda † 585. Esposa de S. Hermenegildo.</p>	<p>Clotario II, nac. 584, † 628. Esp. Haldetrudis. Bertrudis † 618. Sichilde.</p>
<p>Teodeberto II, nac. 586; † 613. Esp. Bilichilde † 609. Teudechilde.</p>	<p>Teodorico II, nac. 587; † 613. Esp. Ermemberga, repud. Sigeberto (bastardo), † 613.</p>	<p>Dagoberto I, Nac. 600 (?); † 638. Esp. Gomatrudis, repud. 629. Nautilde, criada de Go- matrudis, † 642. Raguetrudis. Wulfonda. Bertilde.</p>	<p>Emma. Cariberto II.</p>

## IV.

## Pasajes del Turonense relativos al proyectado enlace de Recaredo con Ringunta.

I. Ad an. DLXXXII.—Igitur legati Chilperici regis, id est Ansoualdus et Domegisilus qui ad conspiciendam dotem Hispanias fuerant missi, regressi sunt. His diebus Leuvichildus rex in exercitu contra Hermenegildum filium suum residebat, cui et Emeritam civitatem abstulit.... Nam et legatis hæc causa innexuit moras ut tardius regrederentur.... Y luego se lee más abajo. Accedente autem Ansoualdo ad Chilpericum regem, legatio Hispanorum est subsecuta quæ de Chilperico ad Childebertum accedens, in Hispanias est regressa (1). Lib. VI, § XVIII..

II. Ad an. DLXXXIV. Legati iterum ab Hispania venerunt, deferentes munera, et placitum accipientes cum Chilperico rege, ut filiam suam, secundum conniventiam anteriorem, filio regis Leuvichildi tradere deberet in matrimonium: denique dato placito, et omnibus pertractis, legatus ille reversus est. Sed Chilperico regi egresso de Parisiis, ut in pagum Suessionicum accederet, novus luctus advenit: filius enim ejus quem anno superiore sacro baptismate abluerat, á dysenteria correptus, spiritum exhalavit. Hoc enim fulgor ille quem superius ex nube dilapsus memoravimus, figuravit. Tunc cum immenso fletu regressi Parisios, sepelierunt puerum, mittentes post legatum ut reverteretur, silicet, ut placitum quod posuerat prolongaret, dicente rege: Ecce planetum in domo sustineo, et qualiter nuptias filiae celebrabo? Voluit enim tunc aliam filiam illuc dirigere, quam de Andovera habebat, et eam in monasterio Pictavensi posuerat: sed illa distulit, resistente precipue beata Radegunde, et dicente: Non est enim dignum ut puella Cristo dicata iterum ad seculi voluptates revertatur.—Lib. VI, § XXXIV.

(1) El Turonense vuelve á hablar de esta embajada, citando los nombres de los que la componian en el siguiente pasaje de su obra, *Mirac. S. Martin.* lib. III, cap. VIII. Eo tempore, quo talia apud urbem Turonicam gerebantur, legati de Hispaniis id est Horentius et Exeuperius ad Chilpericum regem veniebant.

III. Ad an. DLXXXIV. Legatus vero, Oppila nomine, de Hispaniis advenit, multa munera Chilperico regi deferens. Timebat enim rex Hispanorum, ne Childebertus exercitum ad ulciscendam sororis suæ injuriam commoveret, quia Leovichildus adprehensum filium suum Hermenegildum, qui sororem Childeberti acceperat, retruserat in custodiam, ipsaque muliere cum Græcis relicta.... Y despues de hablar de una disputa teológica que con este nuevo legado, al igual de la que habia sostenido antes con Agila, tuvo el prelado de Tours á su paso por aquella ciudad, concluye diciendo.... Post hæc dato silentio, ab altercatione cesatum est. Ille quoque ad Chilpericum regem accedens, oblatis muneribus quæ rex Hispanorum miserat in Hispaniam est regresus. Lib. VI, § XL.

IV. Ad an. DLXXXIV. Interim advenientibus calendis Septembris, Gothorum magna legatio ad regem Chilpericum accedit. Ipse vero jam regresus Parisios, familias multas de domibus fiscalibus auferri præcipit, et in plaustris componi. Multos quoque flentes et nolentes abire, in custodiam retrudi jussit, ut eos facilius cum filia transmittere posset.

Nam ferunt multos sibi ob hanc amaritudinem vitam laqueo extorsisse, dum de parentibus propriis auferri metuebant. Separabatur autem filius ac patre, mater ac filio, et cum gravi gemitu ac maledictionibus discedebant: tantusque planctus in urbe Parisiaca erat, ut planctui compararetur Ægyptio. Multi vero meliores natu, qui vi compellebantur abire, testamenta condiderunt, resque suas ecclesiis deputantes, atque petentes ut cum in Hispanias puella introisset statim testamenta illa, tamquam si jam essent sepulti, reserarentur. Interea legati regis Childeberti Parisios advenerunt, contestantes Chilperico regi ut nihil de civitatibus, quas de regno patris sui tenebat, auferret, aut de thesauris ejus in aliquo filiam muneraret, ac non municipia, non equites, non jugaboum, neque aliquid hujusmodi de his auderet attingere. De quibus legatis unum ferunt clam interemtum: sed nescitur a quo, suspicio tamen vertebatur ad regem. Promittens veró Chilpericus rex nihil de his contingere, convocatis melioribus Francis, reliquisque fidelibus nuptias celebravit filiæ suæ. Traditaque legatis Gotthorum, magnus ei thesaurus dedit: sed et mater ejus immensum pondus auri, argenti, que sive vestimentorum protulit, ita ut videns hæc Rex, nihil sibi remansisse putaret. Quem cernens regina, commotum, conversa ad Francos, ita ait: Ne puteris, o viri, quicquam hic de thesauris anteriorum regum haberi omnia: enim qua cernitis, de mea proprietate oblata sunt, quia mihi gloriosissimus rex multa largitus est. Et ego nonnulla de proprio congregavi labores, et de domibus mihi concessis, tam de fructibus, quam de

tributis, plurima reparavi. Sed et vos plerumque me muneribus vestris ditastis, de quibus sunt ista quæ nunc coram videtis; nam hic de thesauris publicis nihil habetur. Et sic animus Regis delusus est. Nam tanta fuit multitudo rerum, ut aurum argentumque, et reliqua ornamenta, quinquaginta plaustra levarent. Franci vero multa munera obtulerunt: alii aurum, alii argentum, non nulli equites, plerique vestimenta, et unusquisque ut potuit, donativum dedit. Jam vero valefaciens puella, post lachrymas et oscula, cum de porta egrederetur, uno carruæ effracto axe, omnes, Mala hora dixerunt, quod à quibusdam pro auspicio susceptum est. Denique hac de Parissis progressa, octavo ab urbe milliario tentoria figi præcepit. Surgentes enim quinquaginta viri de nocte, adprehensis centum equitibus optimis, totidemque frenis aureis, ac duabus catenis magnis, ad Childelbertum regem fuga dilapsi abierunt. Sed et per totum iter cum labi quis potuisset, effugiebat ferens secum quæ arripere potuisset. Adparatus quoque magnus expense de diversis civitatibus in itinere congregatus est: in quo nihil de fisco suo Rex dare precepit, nisi omnia de pauperum conjecturis. Sed quoniam suspicio erat Regi, ne frater aut nepos aliquas insidias puellæ in via pararent, vallatam ab exercitu pergere jussit. Erant autem cum ea viri magnifici, Bobo dux filius Mummoleni cum uxore, quasi paranimphus, Domigisilus, et Ansoualdus, major domus autem Vuaddo qui olim Santonicum rexerat comitatum; reliquum vero vulgus super quator millia erat. Ceteri autem duces et camerarii, qui cum ea properaverant, de Pictavo regressi sunt: isti vero iter conficientes, pergebant ut poterant. Per quam viam tanta spolia, tantæque prædæ factæ sunt, ut vix valeant enarrari; nam hospitio pauperum expoliabant, vineas devastabant: ita ut incisus caudicibus cum uvis auferrent, levantes pecora, vel quidquid invenire potuissent; nihilque per viam qua gradiebantur relinquentes; impletumque est quod dictum est per Johel prophetam: Residuum locustæ comedit eruca, et residuum erucæ comedit bruchus, et residuum bruchi comedit rubigo. Ita et hoc actum est tempore, ut residuum pruinæ protereret tempestas, et residuum tempestatis exureret siccitas, et residuum siccitatis auferret hostilitas. Lib. vi, § XLV.